

UNIVERSIDAD DE CANTABRIA  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
MÁSTER INTERUNIVERSITARIO EN HISTORIA CONTEMPORÁNEA

LA POLÍTICA EXTERIOR DE LA URSS Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA.  
REACCIÓN ANTE EL ESTALLIDO Y RAZONES DE LA INTERVENCIÓN SOVIÉTICA.

Trabajo de Fin de Máster realizado por  
MAYRA LUCIA SÁNCHEZ MORA bajo la  
dirección del Dr. Fidel Gómez Ochoa.

Santander, septiembre de 2012

*“El sonido que persistentemente reverbera a través  
de la historia es el de los tambores de la guerra”.*

Arthur Koestler

A mis padres, ejemplo de sacrificio y perseverancia,  
y a Javi, por acompañarme en este duro camino.



La puerta de Alcalá adornada con retratos de Litvinov, Stalin y Voroshilov con ocasión del vigésimo aniversario de la Revolución de Octubre (Madrid, 1937).

# ÍNDICE

0. INTRODUCCIÓN .....	5
1. ESTADO DE LA CUESTIÓN .....	8
1.1. LA HISTORIOGRAFÍA TRAS LA CAÍDA DE LA URSS Y EL ACCESO A NUEVAS FUENTES ARCHIVÍSTICAS .....	16
1.2. PRINCIPALES TRATAMIENTOS HISTÓRICOS DE LA DECISIÓN SOVIÉTICA RESPECTO DE LA REPÚBLICA ESPAÑOLA .....	20
2. LA POLÍTICA EXTERIOR SOVIÉTICA EN EL PERÍODO ENTREGUERRAS (1917-1935): ADAPTACIÓN A LOS CAMBIOS EN EL ESCENARIO INTERNACIONAL .....	23
3. EL VIRAJE DE 1935: DE LA ESTRATEGIA DE “CLASE CONTRA CLASE” A LA DEL “FRENTE POPULAR” .....	40
4. STALIN BRINDA APOYO A LA REPÚBLICA .....	54
5. CONCLUSIONES .....	73
6. FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA .....	77

## 0. INTRODUCCIÓN.

La Guerra Civil española de 1936 a 1939 es uno de los acontecimientos históricos más relevantes del siglo XX por cuanto tuvo una enorme repercusión en la política internacional del período de entreguerras y porque en ella se produjeron algunos hechos significativos para el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial. La dimensión internacional que pronto adquirió la contienda española con la intervención de distintas potencias europeas es prueba de ello. Los regímenes nazi-fascistas de Hitler y Mussolini decidieron intervenir en favor de los militares sublevados a la semana siguiente de iniciada la guerra, mientras que, el régimen soviético de Stalin, decidió brindar apoyo a la República española dos meses después. En el presente trabajo me detendré a analizar esta última decisión. No expondré la historia de la intervención de la URSS en el desarrollo de los eventos de la Guerra Civil hasta su desenlace, sino la perspectiva soviética de los acontecimientos: su reacción ante el estallido de la contienda, su inicial postura de neutralidad y su posterior cambio favorable a una intervención militar.

El presente estudio se enmarca dentro de la Historia de las Relaciones Internacionales al analizar, a partir de los principales lineamientos de la política exterior soviética, la decisión de Stalin de intervenir a favor de la República española en el otoño de 1936. Dicho análisis lo desarrollaré a través del planteamiento de una serie de hipótesis que intentarán dar explicación a una de las cuestiones más debatidas en la historiografía sobre la Guerra Civil española: las razones que llevaron en su momento al líder soviético y a su cúpula de dirigentes a acudir en apoyo del régimen republicano. Son muchas las explicaciones que se han dado sobre la decisión de Stalin. Estos argumentos a menudo se centran en la idea de que el líder soviético quiso apoyar a los republicanos de una manera desinteresada, como una manifestación de solidaridad con el “proletariado español” en la lucha contra el fascismo que lideraba la Unión Soviética; otros consideran que Stalin deseaba ahogar la causa revolucionaria en la zona republicana, para lo cual inició una campaña de persecución contra los trotskistas españoles; o que el líder soviético aspiraba a crear un satélite soviético en la Península Ibérica. En un intento por entender por qué Stalin tomó dicha decisión, he tenido en cuenta la coyuntura concreta de mediados de 1936, he estudiado la política exterior del régimen soviético desde su misma instauración, he examinado la influencia ideológica y/o estratégica en los líderes soviéticos en la toma de decisiones en materia exterior, he considerado el impacto en la política soviética de la amenaza expansionista de los regímenes nazi-fascistas y he analizado el papel que desempeñaba la Unión Soviética en la lucha por mantener el equilibrio en las relaciones internacionales en la década de los treinta, con su proyecto de seguridad colectiva.

En el primer apartado, referente al estado de la cuestión, el lector podrá realizar un recorrido por los antecedentes del tema, los distintos enfoques desde los que ha sido abordado y su

tratamiento historiográfico como modo de comprobar el interés que ha prevalecido por iluminar este hecho histórico, desde el mismo final de la Guerra Civil, en los protagonistas y observadores de los acontecimientos, así como en los historiadores e investigadores de otras ramas del conocimiento. La lectura del estado de la cuestión permitirá también identificar las distintas líneas de investigación que existen sobre el tema, cuales no se han explorado y los límites que impone la restricción en el acceso a determinados archivos otrora soviéticos, para colmar los vacíos que perduran en la historiografía respecto a las principales decisiones soviéticas en materia exterior. En el segundo apartado, se trazaré un repaso de la política exterior soviética en el período entreguerras (1917-1935), desde la instauración del régimen bolchevique y su inicial concepción revolucionaria leninista de la propagación de la revolución en el resto del mundo, hasta la etapa estalinista de la “construcción del socialismo en un solo país”, para determinar la principal línea de actuación de los líderes soviéticos ante cualquier situación de crisis o cambios en el escenario internacional. El tercer apartado, se ocupará de hacer una breve exposición sobre el cambio profundo de estrategia en la política de la Internacional Comunista (Comintern) en 1935, que propugnaba el establecimiento de Frentes Populares en los países en donde los partidos comunistas tenían cierta influencia, con el fin, desde la perspectiva de los dirigentes soviéticos, de hacer frente a la amenaza fascista. A partir de la lectura de las relaciones de la Comintern con el Partido Comunista de España (PCE) en dicho período, el lector podrá identificar los principales rasgos de la política soviética hacia España. Finalmente, el cuarto apartado, fijará la atención en el fracaso del pronunciamiento militar del 18 de julio de 1936, el posterior estallido de la Guerra Civil española, la reacción internacional ante dichos acontecimientos y la decisión de Stalin y su Politburó de brindar ayuda a la República. Todo ello me permitirá realizar un análisis para intentar determinar las razones y los motivos que pudieron haber animado al máximo dirigente soviético a aventurarse en la contienda española en septiembre de 1936.

La decisión de Stalin de intervenir en la Guerra Civil española sigue planteando interrogantes que no han podido resolverse a causa del cierre de determinados archivos rusos a pesar de que, con el fin de la era soviética, se logró una relativa libertad en la investigación con la desclasificación de algunos documentos importantes, que permitieron obtener una perspectiva mucho más clara de la historia de la política exterior soviética. Como muy bien señala el historiador alemán Frank Schauf, “sigue habiendo territorios sin explorar. Hay que reclamar por ello que se permita definitivamente el acceso a los archivos, pues esta cuestión no solo tiene una importancia puramente histórica sino también actual, sobre todo porque, las ciencias históricas sirven para entender errores del pasado y aprender de ellos, si bien la historia, como es sabido, no se repite sino en forma de farsa”<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> SCHAUFF, Frank, *La victoria frustrada: la Unión Soviética, la Internacional Comunista y la Guerra Civil española*, Debate, Barcelona, 2008, p. 14.

Por razones bastante comprensibles no he consultado ningún archivo en Moscú. Las fuentes primarias soviéticas que he empleado para este estudio son documentos que se han publicado por *Annals of Communism*, mediante la cooperación del *Russian Archive Project* entre el Archivo Ruso Estatal de Historia Social y Política (RGASPI) y la Universidad de Yale. También consulté un minúsculo número de documentos microfilmados (debido a la limitada disponibilidad de lectores de microfilm) en el Archivo Histórico del Partido Comunista de España, ubicado en Madrid, relativos a la Internacional Comunista y el PCE. Sin embargo, y debido a que la finalidad de este trabajo es la realización de una síntesis bibliográfica, las fuentes secundarias publicadas en España, Rusia, Gran Bretaña y Estados Unidos han sido la base de la presente investigación.

El estudio de la historia de la política exterior soviética durante el período leninista y estalinista responde a un interés existente desde hace algunos años cuando me encontraba en Bogotá en el segundo semestre de mi carrera de Relaciones Internacionales y Estudios Políticos, cursando la asignatura “Política Internacional Contemporánea”. Desde allí nació mi deseo de estudiar Historia Contemporánea, y más concretamente, Historia de las Relaciones Internacionales en Europa en la primera mitad del siglo XX. Pero la motivación directa de estudiar el direccionamiento soviético hacia la República española a mediados de 1936, emergió durante mi asistencia al curso del Profesor Ricardo Miralles en la Universidad del País Vasco y las conversaciones que tuve con él y con el Profesor Fidel Gómez que se derivaron de ella. Tuve también la oportunidad de asistir a una clase en la Universidad Complutense de Madrid con el Profesor Ángel Viñas. Aunque la temática principal de dicha asignatura era la política exterior de España en el franquismo y en la transición, el Profesor Viñas no dejó de compartirnos valiosos resultados de sus investigaciones sobre la Guerra Civil española y la Unión Soviética que me animaron a acometer esta investigación. Debo aclarar que mi objetivo, en estos momentos, no es hacer una tesis doctoral sobre este tema. La elaboración de este trabajo ha sido, sin embargo, un buen entrenamiento para las investigaciones que pretendo emprender en un futuro, muy probablemente, sobre temas relacionados con América Latina.

Por último, pero no menos importante, quiero manifestar que nada de lo presentado en este trabajo se hubiese podido llevar a cabo sin la motivación, dedicación y empeño de los Profesores Ricardo Miralles y Fidel Gómez, quienes me conducen por el fascinante mundo de la Historia; por esto les agradezco.

## 1. ESTADO DE LA CUESTIÓN.

En la extensa bibliografía de la Guerra Civil española, sobre la cual se han escrito más de un millar de obras, una de las cuestiones más debatidas ha sido la referida al papel y las intenciones de la Unión Soviética en España. Al poco tiempo de concluida la guerra, escribiría uno de los más importantes desertores del NKVD (Policía política soviética) de los años treinta, Walter Krivitsky<sup>2</sup>, que “La historia de la intervención soviética sigue siendo el principal misterio de la Guerra Civil”. En este sentido, y dado el protagonismo de aquella intervención en la contienda española, desde el mismo final de la Guerra (1939), figuras destacadas y protagonistas de los acontecimientos, tanto del bando franquista como del republicano, empezaron a publicar memorias, obras testimoniales y de recuerdos que pretendían dar su versión sobre los hechos y cuestionar o defender los motivos que llevaron a Stalin a ayudar a la República. En aquellos testimonios de vencedores y vencidos, comprensiblemente permeados por una gran carga ideológica y propagandística, predominaban por un lado el júbilo y la mitologización, presentando la guerra como una lucha por la salvación de España para evitar que ésta fuese a caer en las manos de Moscú; y por el otro, dominaban las duras querellas durante los largos años de exilio y el afán por delimitar los factores que determinaron la derrota republicana, incluyendo entre estos, a la intervención de Stalin a favor de la República.

Algunos de los soviéticos partícipes de la organización del envío de ayuda a la España republicana y de los que participaron en el campo de batalla también decidieron publicar sus recuerdos sobre ciertos aspectos de la intervención soviética en la Guerra Civil española<sup>3</sup>. Entre las diferentes publicaciones, resulta importante hacer referencia al libro de memorias debido al ya mencionado Walter Krivitsky<sup>4</sup>, quién afirmó estar inmerso “en todos los grandes pasos que dio el Kremlin en los asuntos de España”. La obra de Krivitsky ha sido una de las fuentes más citadas y problemáticas en la literatura sobre la intervención soviética en España. Sostenía la tesis de que Stalin se aprovechó despiadadamente de la República española en una guerra de voluntades con los dictadores de Alemania e Italia, e insistía en su deseo obsesivo por apoderarse de las reservas de oro españolas. Asimismo afirmaba que “la idea de Stalin era -y esto era de común conocimiento entre nosotros, quienes le servíamos- incluir a España en la esfera de influencia del Kremlin. Tal dominación aseguraría sus vínculos con París y Londres, y fortalecería, por otra parte, su posición negociadora con Berlín. Una vez que él fuera el amo del Gobierno español -de vital importancia estratégica para Francia y Gran Bretaña- encontraría lo que estaba buscando. Sería una fuerza a tener en cuenta, un aliado codiciado”<sup>5</sup>. Si bien la documentación desclasificada de los archivos

<sup>2</sup> Autodenominado “Jefe del Servicio de Inteligencia Militar Soviético en Europa Occidental”, y calificado así mismo de “único superviviente en el extranjero del grupo de oficiales soviéticos que participaron directamente en la organización de la intervención soviética en España”.

<sup>3</sup> Los libros soviéticos de memorias más citados en la bibliografía son los de los desertores del NKVD Alexander Orlov y Walter Krivitsky.

<sup>4</sup> KRIVITSKY, Walter G., *In Stalin's Secret Service*, Harper & Brothers, Nueva York, 1939.

<sup>5</sup> *Ibíd.*, pp. 75-76.

otrora soviéticos ha revelado que algunos de los argumentos de Krivitsky eran exactos, como el día en que se aprobó la decisión de apoyar a la República (14 de septiembre) y la fecha en que llegó a España el primer cargamento de armas soviético (12 de octubre), lo cierto es que muchas de sus afirmaciones a propósito de los objetivos de Stalin se han desestimado por las recientes investigaciones.

Una de las versiones republicanas no comunistas que solían considerar a la intervención soviética como la causa principal de la derrota de la República, se materializa en las numerosas publicaciones de Luis Araquistáin. Grosso modo, la tesis de quien fue embajador de la República sostenía que la Unión Soviética estuvo motivada a intervenir por tres razones:

1. “La Guerra Civil fue una oportunidad para la estafa y el abuso. El autor compara el crédito concedido por los alemanes e italianos a los franquistas y la petición de pago por adelantado de Stalin a través de las reservas de oro de la República.
2. El conflicto supuso una ocasión ideal para que la Unión Soviética probara en el campo de batalla una nueva generación de armamento del Ejército Rojo.
3. Estratégicamente, el apoyo de Stalin a la República mantuvo ocupada a Alemania en el frente occidental, dando así un respiro a las fronteras soviéticas”<sup>6</sup>.

Muchos años después se publicaron algunas de las obras del socialista Indalecio Prieto<sup>7</sup>, quien consideraba que la Unión Soviética por proporcionarle material de guerra a España –“no de balde, sino a buen precio, sin regatear y a cuenta del oro que anticipadamente le envió Negrín”-hubo de entrometerse en los asuntos españoles<sup>8</sup>. Asimismo sostuvo que España fue una academia militar en vivo donde los soviéticos, así como los italianos y los alemanes, pudieron ensayar su nueva maquinaria bélica con todas las consecuencias que esto pudiera ocasionar. Menos crítico con el apoyo soviético fue el Presidente de la Segunda República Manuel Azaña<sup>9</sup>, cuyos diarios personales, no destinados a la publicación, pero divulgados muy posteriormente a su muerte, observaban que el valor de España para la política internacional de la URSS no dependía de que hubiera en la Península un régimen bolchevique, sino de que el Gobierno español entrara en el sistema de seguridad de las potencias occidentales para reforzarlo, en lugar de disminuirlo y amenazarlo. “Una España bolchevizada habría sido relegada internacionalmente, al lazareto, por todo el tiempo, que no habría sido mucho, que necesitaran las potencias circundantes para aniquilar ese régimen en la Península”. En consecuencia, Azaña consideraba que la Unión Soviética apoyaba la causa de la República en el terreno diplomático, ya que en ningún caso ésta podía ni quería tomar

---

<sup>6</sup> ARAQUISTÁIN, Luis, *La intervención de Rusia en el conflicto español. Revelaciones de un ex-embajador de la República española*, San José, Costa Rica, s.n., 1939; *El comunismo y la guerra de España*, San José, Costa Rica, s.n., 1939, y *La intervención de Rusia en la guerra civil española*, Cuadernos, 1958, citado en: KOWALSKY, Daniel, *La Unión Soviética y la Guerra Civil española: una revisión crítica*, Crítica, Barcelona, 2003, p. 368.

<sup>7</sup> PRIETO, Indalecio, *Convulsiones de España. Pequeños detalles de grandes sucesos*, Ediciones Oasis, México, 1968, y *Cómo y Por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional: intrigas de los rusos en España*, Fundación Indalecio Prieto, Planeta, Barcelona, 1989.

<sup>8</sup> *Ibíd.*, pp. 33-34.

<sup>9</sup> AZAÑA, Manuel, *Obras Completas*, México, Ediciones Oasis, 1967 y *Causas de la guerra de España*, Editorial Crítica, Barcelona, 1986.

una actitud inflexible que causara decisiones peligrosas<sup>10</sup>.

Sólo los comunistas españoles prosoviéticos tenían una idea favorable de la intervención de Moscú en la Guerra Civil. De los exiliados españoles radicados en la URSS, el miembro más destacado del PCE (Partido Comunista de España) y el único que escribió sobre la guerra fue Dolores Ibárruri<sup>11</sup>. La tesis de su obra, caracterizada como la principal interpretación comunista, fue la misma que la de la versión oficial soviética de la guerra<sup>12</sup>. En este sentido, argumentaba que la sublevación de los rebeldes había obedecido a los planes fascistas de tomar la Península y la defensa republicana no fue más que una “guerra nacional-revolucionaria” de liberación. En cuanto al apoyo soviético a la República, sostenía que era un acto de solidaridad democrática y antifascista.

Además de las versiones republicanas no comunistas y de las del PCE, es importante mencionar otra interpretación española que tuvo sus raíces en la misma Guerra Civil. Esto es, la versión comunista antiestalinista, es decir, la del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), la cual culpaba de la derrota de la revolución española de 1936 y 1937 a los crímenes anti-trotskistas llevados a cabo por Stalin en la zona republicana. El principal defensor de esta teoría, Víctor Alba<sup>13</sup>, declaraba que la principal razón de la Unión Soviética para involucrarse en el problema español fue emprender la guerra en contra de los enemigos que tenía por aquellos momentos el máximo dirigente soviético: los comunistas internacionales no conformistas. Por otro lado, los libros del antiguo dirigente del POUM Ignacio Iglesias<sup>14</sup>, planteaban que el objetivo principal de Stalin era consolidar su alianza militar con Francia y reforzar su acuerdo político con Inglaterra, razón por la cual se adhirió en agosto de 1936 al acuerdo de No Intervención. No obstante, la persistencia e intensificación del apoyo alemán e italiano a Franco abrió perspectivas inesperadas a la Unión Soviética que hicieron percibir a Stalin un doble negocio en la Guerra Civil española: comercial-político y estratégico. Sería un negocio de índole comercial respecto a la venta de armas pagadas con las reservas de oro españolas; político, porque se mostraría ante el mundo como el único país que auxiliaba a un régimen democrático acosado por el fascismo; y estratégico, porque la propaganda que giraba en torno a la ayuda soviética serviría para desviar la atención de los procesos de Moscú iniciados en agosto de 1936. Pero, finalmente Iglesias concluye en la misma línea interpretativa de Víctor Alba sobre el verdadero carácter de la ayuda: establecer la

---

<sup>10</sup> *Ibíd.*, pp. 52-53.

<sup>11</sup> IBÁRRURI, Dolores et alii, *Guerra y revolución en España, 1936-1939*, Progreso, Moscú, 1966.

<sup>12</sup> El contexto del apoyo soviético fue el compromiso de la Unión Soviética a la acción colectiva contra la agresión fascista, la política del frente popular y la defensa de la democracia. La base del punto de vista soviético y comunista era que ambos habían hecho lo que tuvieron a su alcance para defender a la República española, pero al final la intervención italo-alemana y el apaciguamiento anglo-francés, favoreció a Franco.

<sup>13</sup> Principales obras: ALBA, Víctor, *El Marxismo en España: 1919-1939. Historia del BOC y del POUM*, Costa-Amic, Ciudad de México, 1973, e *Historia del POUM*, Champ Libre, París, 1975.

<sup>14</sup> IGLESIAS, Ignacio, *Un episodio de la revolución española: el proceso contra el POUM*, Ruedo Ibérico, París, 1974, y *Experiencias de la revolución: el POUM, Trotski y la intervención soviética*, (Madrid: Fundación Andreu Nin), Barcelona, 2003.

preponderancia del partido comunista y a través de éste liquidar definitivamente la revolución<sup>15</sup>.

Según la versión franquista, el pronunciamiento del 18 de julio de 1936 había sido la respuesta necesaria a la conjura de los comunistas que tenían la intención de adueñarse de la República. De este modo, los exponentes de la historiografía franquista no tenían que detenerse a analizar con particularidad la ayuda proporcionada por los soviéticos a la República, pues referían la contienda como una dura campaña para liberar a España de un Ejército Rojo invasor. La dictadura franquista procuró imponer una imagen de su propia visión de la naturaleza de la guerra como “una cruzada religiosa entre las hordas ateas del proletariado y los custodios de los valores cristianos tradicionales”<sup>16</sup>. La obra central de esta escuela es la de Joaquín Arrarás<sup>17</sup>, quien aparte de haber sido testigo de los hechos durante la Guerra Civil, fue uno de los máximos exponentes de la historiografía franquista. La interpretación de Arrarás respecto a la intervención soviética en España, la enmarcaba en un contexto en el que la URSS se sentía cercada y buscaba afanosamente expansión, poniendo su atención en Francia, pero sobre todo en España, un país con las condiciones suficientes para una experiencia revolucionaria. Así, y con la excusa de defender la libertad democrática, los comunistas podrían tomar fuerza y conseguir posiciones jamás conseguidas hasta entonces<sup>18</sup>. El político y periodista Manuel Aznar<sup>19</sup>, otro importante exponente de la historiografía franquista, reforzó esta versión en sus memorias, declarando que a partir del mes de agosto de 1936, la Unión Soviética era dueña absoluta de los destinos de la “España roja”.

La tendencia historiográfica franquista, apoyada en gran parte en la propaganda de derechas previa a la guerra, provocó una escala de respuestas académicas occidentales cuyo objetivo fundamental era reprobado las teorías franquistas que aseguraban que había habido una intervención de la Unión Soviética en España desde antes de la guerra. Dos tesis doctorales de los años cincuenta, escritas por David E. Allen y por Robert Lee Plumb<sup>20</sup>, que trataban de la cuestión general de la intervención soviética en la guerra, se dedicaron en gran parte a refutar la tesis franquista según la cual el alzamiento había respondido a la injerencia soviética en los asuntos internos españoles. A pesar de la imposibilidad de acceder a los archivos en aquella época, Plumb consiguió reunir un importante material respecto a la actividad de los soviéticos en España, logrando así trazar las líneas generales de la intervención; mientras que Allen, empleó la prensa soviética con el fin de reproducir la forma en que Moscú presentó oficialmente los hechos.

---

<sup>15</sup> IGLESIAS, Ignacio, *León Trotski y España (1930-1939)*, Jucar, D.L., Madrid, 1979, pp. 116-119.

<sup>16</sup> PRESTON, Paul, *La Guerra Civil española*, Debate, Barcelona, 2006, p. 23.

<sup>17</sup> ARRARÁS, Joaquín, *Historia de la cruzada española*, Madrid, Españolas, 1939-1943 e *Historia de la Segunda República*, Editora Nacional, Madrid, 1956-1968.

<sup>18</sup> *Ibíd.*, p. 18.

<sup>19</sup> AZNAR, Manuel, *Historia militar de la guerra de España (1936-1939)*, Editora Nacional, Madrid, 1940.

<sup>20</sup> ALLEN, David E., *The Soviet Union and the Spanish Civil War, 1936-1939*, tesis doctoral, Stanford University, 1952 y PLUMB, Robert Lee, *Soviet Participation in the Spanish Civil War*, tesis doctoral, Georgetown University, 1956. (Ninguna de estas tesis fue publicada).

Dos estudios especializados sobre la Unión Soviética y la Guerra Civil española fueron publicados en la misma época por el politólogo norteamericano David Cattell<sup>21</sup>. Su primera obra *Communism and the Spanish Civil War (1955)*, trataba sobre todo del papel de la Comintern y del PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética) en los acontecimientos de la primera mitad de 1937, sin embargo, en su siguiente obra *Soviet Diplomacy and the Spanish Civil War (1957)*, aunque carecía de material primario acerca de las actitudes de los líderes soviéticos y la toma de decisiones, planteó una reconstrucción admirable de las actividades soviéticas en España. Cattell analizaba la decisión de Moscú de intervenir a partir del principal pilar de la política exterior soviética en aquel momento, la doctrina de la “seguridad colectiva”. Se trató de un consistente intento de aplicarla en el suelo español como medio de su propia defensa y en contra de la agresión alemana. En consecuencia, su tesis establecía que la intervención de Stalin en la Guerra Civil española pudo haber obedecido a dos motivos principales: demostrar a Inglaterra y a Francia que la alteración de la paz en cualquier territorio europeo constituía una amenaza a la seguridad de todos los países pacíficos, e involucrar a Hitler en una guerra de desgaste en caso de no contar con la ayuda británica y francesa. Aunque Cattell, en general, ofreció en su estudio la imagen de la intervención soviética bajo una luz un tanto benévola, es de tener en cuenta que su obra era en gran medida una respuesta a la tesis de la propaganda franquista, según la cual la Unión Soviética estaba en el origen de la Guerra Civil española.

La obra publicada en 1972 por la Academia de Ciencias de la URSS, *International Solidarity with the Spanish Republic, 1936-1939*<sup>22</sup>, reprodujo una versión significativa de la manera en que la prensa soviética reflejó la política oficial de la URSS hacia la República española. Como es de esperarse, la obra no explica en modo alguno las motivaciones políticas o geoestratégicas que tuvo Stalin para intervenir, pues bien es sabido que los asuntos del Kremlin se manejaban con total secretismo. Si bien la obra constituye una fuente valiosa por cuanto reproduce importantes pronunciamientos del Gobierno soviético, se debe manejar con suma cautela, pues por lo general las obras soviéticas previas a 1991 acerca de la intervención en la Guerra Civil, presentaban un apoyo incondicional a la política de la URSS. Además, es de tener en cuenta que los especialistas soviéticos interesados en los estudios relacionados con el tema, disponían de pocas ventajas respecto a los investigadores occidentales (como se verá más adelante) a la hora de acceder al material archivístico, aparte de los documentos que el Gobierno soviético había autorizado para su publicación.

---

<sup>21</sup> CATTELL, David, *Communism and the Spanish Civil War*, University of California Press, Berkeley, 1955 y *Soviet diplomacy and the Spanish civil war*, University of California, Berkeley, 1957.

<sup>22</sup> ACADEMIA DE CIENCIAS DE LA URSS, Instituto del Movimiento Obrero Internacional, Comité soviético de veteranos de guerra, *La Solidaridad de los pueblos con la República española: 1936-1939*, Progreso, Moscú, 1974.

Mientras tanto, las contribuciones españolas a la historiografía relacionada con el apoyo soviético a la República fueron sorprendentemente escasas durante la época franquista (1939-1975). Hasta la muerte del general Franco en 1975, las restricciones a las que había de hacer frente la academia eran enormes. Los historiadores que deseaban investigar la documentación oficial del Gobierno republicano tuvieron que esperar en algunos casos hasta principios de los años ochenta tras la reorganización de los archivos generales, pues a lo largo de las décadas de dictadura se había impuesto una restricción en el acceso a dichos documentos. Consecuencia de esto fue que hasta después de la muerte de Franco, la mayor parte del trabajo de escribir la historia de la España de los años treinta recayó en investigadores extranjeros<sup>23</sup>. Los hispanistas tuvieron gran ventaja sobre los españoles, pues gozaron de una investigación libre y del acceso a publicaciones republicanas del exilio prohibidas a los españoles, así como a periódicos de la guerra y la preguerra. En este sentido, hasta que no se desarrollara la historiografía especializada propiamente española desde finales del franquismo y a partir de la transición democrática, predominó la influencia del hispanismo manifestada en el prototipo anglosajón de análisis de la guerra y sus circunstancias<sup>24</sup>.

A partir de 1975, algunos estudiosos españoles<sup>25</sup> observaron la ausencia bibliográfica relacionada con la intervención soviética en la contienda española y abordaron de alguna forma dicha cuestión. No obstante, muchos de esos estudios, publicados en revistas como *Historia 16* y *Tiempo de Historia*<sup>26</sup>, no lograron sobrepasar del mero artículo breve, adolecieron de una enorme ausencia de documentación primaria y se apoyaron principalmente en memorias bastante debatibles de partidarios de la República. Una gran excepción fue la publicación de las obras del economista e historiador Ángel Viñas<sup>27</sup>, sobre uno de los temas más discutidos con respecto a la ayuda soviética: el envío de las reservas de oro del Banco de España a Moscú como forma de financiación en la compra de armamento bélico para la República. Viñas presentó una historia documentada y rica en sugerentes explicaciones que ayudó a desestimar muchos de los mitos fundados por el régimen franquista, puesto que trabajó con los documentos inéditos de Juan Negrín sobre la contabilidad detallada del envío de oro, entregados en 1956 al Gobierno de Franco por Mariano Ansó, el hombre de confianza de quien fue el Presidente del Consejo de Ministros de la República, pero como es de suponer, no habían sido publicados.

---

<sup>23</sup> Las versiones española y soviética de la intervención de la URSS en la Guerra Civil española fueron superadas durante muchos años por investigaciones realizadas en otros países occidentales, especialmente en Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos.

<sup>24</sup> BLANCO, Juan Andrés, “La historiografía de la guerra civil española”, *Hispania Nova: Revista de historia contemporánea* (en línea), 2007, Número 7, p. 3.

<sup>25</sup> El más destacado: GARCÍA Durán, Juan, “El hundimiento del Komsomol”, *Tiempo de Historia*, septiembre de 1977, y “Por qué y cómo intervino Rusia en la guerra civil española”, *Tiempo de Historia*, febrero de 1979.

<sup>26</sup> Revistas cuyas publicaciones tenían como objetivo principal la revisión de la versión franquista de la historia de España del siglo XX.

<sup>27</sup> VIÑAS, Ángel, *El oro español en la guerra civil*, Instituto de Estudios Fiscales, Ministerio de Hacienda, Madrid, 1976, y *El oro de Moscú: Alfa y omega de un mito franquista*, Grijalbo, Barcelona, 1979.

Una interpretación muy crítica respecto a la intervención de la Unión Soviética en España la ofreció el hispanista Burnett Bolloten<sup>28</sup>, cuya publicación de 1980 sostenía que la URSS había sido la causa fundamental de la incapacidad de aplastar la rebelión y de invertir el curso de la guerra, en consecuencia, relacionaba la aniquilación de la revolución por el partido comunista en interés de un esfuerzo bélico con la política exterior soviética. A pesar de que a la interpretación revisada de Bolloten se le incorporaron algunas fuentes soviéticas publicadas, ésta no es ajena a algún prejuicio, además, se le ha reprochado en el mundo académico el hecho de elaborar sus planteamientos con base en el polémico relato de Krivitsky y otros desertores soviéticos.

Varias obras occidentales publicadas en la década de los ochenta centradas en el estudio de la política exterior soviética contribuyeron en buena parte a iluminar aspectos relacionados con la política de Stalin en la Guerra Civil española. Entre los enfoques más interesantes, pese a que cada uno llega a conclusiones totalmente opuestas, están los de Jonathan Haslam<sup>29</sup> y Jiri Hochman<sup>30</sup>. Ambas obras ejemplificaron los dos extremos de un extenso debate historiográfico. Un artículo que analiza las dos obras, escrito por Peter B. Kaufman<sup>31</sup>, sugiere que Haslam representaba la interpretación tradicional que afirmaba que los soviéticos se habían comprometido a aplicar la seguridad colectiva al lado de Europa occidental, y si aquel cometido fracasó, fue en buena parte por culpa de las potencias occidentales. Mientras que Hochman, por su lado, desaprobaba la posición de Haslam y respaldaba la interpretación radical, que sostenía que los soviéticos nunca consideraron a Alemania sólo como una segunda opción, sino que por el contrario entorpecieron los acuerdos con las potencias occidentales con el principal objetivo de lograr una alianza con los nazis. Lo que resulta interesante del libro de Hochman es la idea, entonces innovadora, de que la razón que se escondía tras la política exterior soviética no era la revolución mundial, sino la “preocupación de la élite por conservar el poder”. En este sentido, la política exterior era dictaminada por la seguridad interna, basada en la *Realpolitik* y en las necesidades inmediatas, pero sobre todo en la preservación del poder. En cuanto a la tesis de Haslam, si bien aportó ideas interesantes, apenas ofreció aspectos innovadores, pues ya había sido defendida en buena parte por autores como Cattell, Plumb y Allen en los años cincuenta.

En esta línea interpretativa cabe destacar el trabajo póstumo de Edward H. Carr<sup>32</sup>, que en su momento abrió nuevas perspectivas en torno a los motivos que perfilaron la política española de

---

<sup>28</sup> BOLLOTEN, Burnett, *The Spanish Civil War, revolution and counterrevolution*, 1980. Publicación en español: *La Guerra Civil española, revolución y contrarrevolución*, Alianza Editorial, Madrid, 1997.

<sup>29</sup> HASLAM, Jonathan, *The Soviet Union and the Struggle for Collective Security in Europe: 1933-1939*, St. Martin's, Nueva York, 1984.

<sup>30</sup> HOCHMAN, Jiri, *The Soviet Union and the Failure of Collective Security*, Ithaca, Cornell University Press, 1984.

<sup>31</sup> KAUFMAN, Peter B, “Soviet attitudes towards collective security in Europe. 1936-38”, *Russian History*, 1988, citado en: KOWALSKY, Daniel, *La Unión Soviética...*, p. 373.

<sup>32</sup> CARR, Edward H., *The Comintern and the Spanish Civil War*, Macmillan, London, 1984. Publicación en español: *La Comintern y la Guerra Civil española*, Versión española de Fernando Reigosa Blanco, Alianza, D.L., Madrid, 1986.

Stalin. La conclusión de su estudio es que el apoyo de Moscú al Gobierno republicano no se basó tanto en las aspiraciones de fortalecer el movimiento revolucionario, como en razones de Estado. En ese aspecto, Carr sostenía que la actitud del Kremlin hacia España se fue orientando cada vez menos por la “*raison de la révolution*” y cada vez más por la “*raison d'état*”, apoyando su planteamiento en el hecho de que junto a instructores y asesores, Stalin trasladó a España agentes de su policía secreta, desplazando la lucha sin cuartel de Moscú a Madrid, Barcelona y Valencia.

Una explicación muy sólida y concluyente de la intervención soviética se encuentra en el breve ensayo de 1985 de Denis Smyth<sup>33</sup>, quien sostuvo que la Unión Soviética necesitaba estabilidad y paz en Europa occidental para desarrollar sus planes internos y mejorar su capacidad militar. Para lograr esto, le beneficiaba más la existencia de una España republicana y no un Estado comunista o fascista. El apoyo a la República española permitía a la política soviética obtener más tiempo antes de llegar al distanciamiento definitivo de Hitler. Así, el factor determinante de la política llevada a cabo por Stalin era la ilusión de poder firmar un acuerdo militar con Francia. En consecuencia, Smyth enfatizó sobre todo las consideraciones geoestratégicas y geopolíticas. Por otro lado, el autor sugería que, no siendo objetivo de la política exterior en la URSS en 1936 el fomento de la revolución mundial, sino el “socialismo en un solo país”, la cuestión de España no fue la excepción. La decisión de Stalin de contener y reprimir la causa revolucionaria en la zona republicana se debió al interés que tenía en que el régimen vigente en la Península Ibérica demostrara a las potencias occidentales un aspecto moderado, democrático y burgués, pues una España comunista o radical hubiera alarmado a los conservadores ingleses y franceses y hubiera detenido la cooperación de estos con la formación del bloque antifascista esbozado por los soviéticos.

Llama la atención la oleada de interés por investigar la política soviética, y en particular, su papel desempeñado durante la Guerra Civil española, en los años ochenta. Esta tendencia, visible sobre todo en los investigadores anglosajones, se puede explicar por dos razones: primero, por el renovado interés del público por la historia de España con motivo del 50 aniversario de la guerra, y segundo, por las exigencias políticas, ideológicas y militares que imponía el contexto de la Guerra Fría. Esta última indujo a un gran número de historiadores, politólogos y propagandistas a presentar la contienda española no como un precedente de la Segunda Guerra Mundial sino como una evidencia (fracasada) del enfrentamiento sistémico, teniendo en cuenta que el inicio de la década de los ochenta estuvo marcado por un aumento de las tensiones entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

---

<sup>33</sup> SMITH, Denis, “We are with you: solidarity and self-interest in Soviet Policy towards Republican Spain, 1936-1939”, en CORISH, Patrick J. (ed.), *Radicals, Rebels and Stablishments*, Belfast, 1985. Publicación en español: “Estamos con vosotros: solidaridad y egoísmo en la política soviética hacia la España republicana” en PRESTON, Paul (ed.), *La República asediada: hostilidad internacional y conflictos internos durante la guerra civil*, Península, Barcelona, 1999. pp. 155-183.

## 1.1. LA HISTORIOGRAFÍA TRAS LA CAÍDA DE LA URSS Y EL ACCESO A NUEVAS FUENTES ARCHIVÍSTICAS.

A pesar de los avances alcanzados en los años setenta y ochenta, hubo que esperar hasta la desintegración de la URSS en 1991 para que se pudieran producir estudios verdaderamente independientes sobre España<sup>34</sup>, y sobre todo, sustentados por la reciente documentación desclasificada en los principales archivos ex-soviéticos, combinada con las fuentes primarias republicanas. Ese mismo año se presentó una tesis doctoral en la Universidad Estatal de Leningrado que evidenció el cambio post-soviético en la manera de abordar el estudio de la política soviética respecto a España. Su autor, Vladimir Aleksandrovich Tolmachaev<sup>35</sup>, fue el primer ruso que consultó la documentación de los archivos y que se atrevió a criticar algunos aspectos del papel ejercido por los soviéticos en el suelo español. Otra tesis doctoral presentada en 1992 y publicada en forma de libro en Moscú en el año 2000 por el teniente coronel Yuri Ribalkin<sup>36</sup>, desveló por primera vez la riqueza de los documentos todavía sin explotar. Su estudio se ha destacado por iluminar algunos de los hitos del proceso por el cual Stalin tomó la decisión de ayudar a la República. Uno de sus grandes descubrimientos fue el primer signo de interés de la dirección soviética en los asuntos españoles: la decisión, adoptada por el Politburó el 22 de julio de 1936, consistente en suministrar combustible a la República en las cantidades necesarias, en buenas condiciones y a un buen precio. Decisión que se tomó tres días antes de que el Gobierno de José Giral enviara a la embajada soviética en París un telegrama considerando la posibilidad de que la URSS le suministrara material armamentístico.

En España también se publicaron monografías aunque dedicadas en gran parte a temas de carácter más general vinculados de alguna forma con la intervención soviética. No obstante, algunos de los investigadores renunciaron a consultar y emplear las fuentes soviéticas a pesar de ser conscientes de su reciente desclasificación. Tres obras españolas sobre el tema ilustran claramente dicha deficiencia: dos libros de Francisco Olaya Morales<sup>37</sup> y uno de Ricardo de la Cierva<sup>38</sup>. Por otro lado, uno de los trabajos más importantes y originales de la década de los noventa a cargo de

---

<sup>34</sup> Especialmente en los estudios soviéticos.

<sup>35</sup> TOLMACHAEV, V. A., *Sovietskii Soyuz i Ispaniia: Opyt i uroki internatsionalnoi pomoshchi (1936-1939)*, tesis doctoral, Leningrado, 1991.

<sup>36</sup> RYBALKIN, Yuri, *Voennaia Pomoshch Sovetskogo Soyuzu Ispankomu narodu v natsionalno-revolutsionnoi voine 1936-1939*, tesis doctoral, Instituto de Historia Militar, Moscú, 1992. Publicación en forma de libro: *Operatsia "X": Sovetskaya voennaya pomoshch respublikanskoi Ispanii (1936-1939)*, "AIRO-XX", Moscú, 2000. Publicación en español: *Stalin y España: la ayuda militar soviética a la República*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2007.

<sup>37</sup> OLAYA Morales, Francisco, *La intervención extranjera en la Guerra Civil*, Ediciones Madre Tierra, Móstoles, 1990, y *El oro de Negrín*, Nossa y Jara, Madrid, 1998.

<sup>38</sup> DE LA CIERVA, Ricardo, *Brigadas internacionales, 1936-1996: La verdadera historia, Mentira histórica y error de Estado*, Editorial Fénix, Madrid, 1997. Además, es de tener en cuenta que la actualización de la historiografía oficial del franquismo llevada a cabo en los años sesenta con el objetivo de modernizar la imagen del régimen, estuvo a cargo de Ricardo de La Cierva. Para tal fin, se fundó el Centro de Estudios de la Guerra Civil dirigido por de La Cierva, y también como respuesta al éxito obtenido por la casa editorial exiliada de izquierdas, Ruedo Ibérico.

Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo<sup>39</sup>, empleó sistemáticamente los principales documentos de la Comintern. A partir de una sólida investigación en los archivos de Moscú, los autores lograron reconstruir las relaciones entre los comunistas españoles (PCE) y la Comintern desde 1919 hasta el final de la Guerra Civil. Los historiadores señalaron que Stalin apoyó, en un principio, a la República española por su interés en detener el auge del fascismo en Europa. Pero de ese inicial apoyo, se pasó a la persecución de trotskistas, principalmente a los miembros POUM. Más adelante, en el transcurso de la guerra se hizo un intento de instaurar una democracia popular, sin embargo, desde 1938 y hasta el final de la contienda, cuando los republicanos tenían casi perdida la guerra, Stalin se limitó a promover la continuación del combate con el objetivo de mantener distraídas a las potencias fascistas. Sin duda alguna, esta obra significó una importante renovación en la historiografía española, puesto que sus autores fueron los primeros españoles en explorar la documentación de los archivos moscovitas.

Los documentos soviéticos también fueron empleados para estudiar otros temas como el suministro de armas a la República española por parte de la URSS. La obra publicada en 1998 por el historiador británico Gerald Howson<sup>40</sup>, ofreció una amplia y sólida descripción de los esfuerzos de la República para obtener armas en el extranjero. El descubrimiento más destacado de Howson fue que los soviéticos cobraron un precio desmesurado por las armas enviadas a la Península, además de que, algunas estaban en mal estado o eran antiguas. Respecto a cuándo y por qué tomó Stalin la decisión de ayudar a la República, Howson no ahonda mucho en el tema afirmando que: “Ni las ideas particulares de Stalin al respecto ni las actas de las sesiones del Politburó, suponiendo que se redactaran, han sido publicadas, y a lo único a lo que podemos recurrir es a las memorias de dos funcionarios del NKVD que más tarde hicieron defección”<sup>41</sup>.

La tesis de Denis Smyth (autor analizado anteriormente) fue respaldada luego por un artículo escrito por Geoffrey Roberts<sup>42</sup>. Aunque este historiador no se ciñó exclusivamente a la teoría estratégica, como propuso Smyth, respecto a la política soviética en España, aseguró que la reacción de Moscú ante los acontecimientos españoles “vino determinada por varios objetivos estratégicos: el antifascismo, la seguridad colectiva, el frentepopularismo [y la] prioridad concedida a la defensa y construcción del socialismo en la URSS”<sup>43</sup>. Roberts, sin embargo, sostuvo que entre todos los objetivos que ayudaron a determinar la elaboración de la política soviética respecto a España, el que más influyó fue la defensa del socialismo en la propia URSS y la promoción de la

---

<sup>39</sup> ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas. La internacional comunista y España, 1919-1939*, Planeta, Barcelona, 1999.

<sup>40</sup> HOWSON, Gerald, *Arms for Spain: The Untold Story of the Spanish Civil War*, Murray, New York, 1998. Publicación en español: *Armas para España: la historia no contada de la Guerra Civil española*, Península, Barcelona, 2000.

<sup>41</sup> *Ibíd.*, p. 124.

<sup>42</sup> GEOFFREY, Roberts, “Soviet Foreign Policy and the Spanish Civil War” en LEITZ, Christian y DUNTHORN, David (eds.), *Spain in an International Context, 1936-1959*, Berghahn Books, Nueva York, 1999, pp. 81-103.

<sup>43</sup> *Ibíd.*, p. 84.

ideología estalinista. A su vez rechazó la tesis de que la decisión de la URSS estuvo impulsada en gran parte por la búsqueda de la seguridad colectiva de la mano de Gran Bretaña y Francia. De hecho, el autor sostuvo que a mediados de 1936 la política exterior de la Unión Soviética tenía un “carácter aislacionista”<sup>44</sup>.

Una versión que ha generado gran debate entre los académicos españoles ha sido la del escritor y publicista Pío Moa<sup>45</sup>. Su obra, condenada por muchos como una “reproducción acrítica de las líneas argumentales de la propaganda franquista y la historiografía afecta, así como una radicalización de las tesis de autores franquistas o conservadores”<sup>46</sup>, analiza los motivos del apoyo soviético a la República como un “interés en darle a la Guerra Civil española el mayor relieve y extenderla por el oeste europeo”. De acuerdo con lo dicho, afirma que los planes de Stalin eran fomentar la revolución social mediante la instauración de un satélite bolchevique en España y la provocación de una guerra general europea. Lo cierto es que Moa no se ha interesado demasiado en la búsqueda de pruebas documentales que corroboren sus planteamientos, ni tampoco en la consulta de la producción historiográfica especializada disponible hasta entonces.

La obra de 2001 firmada conjuntamente<sup>47</sup> por Mary Habeck y Ronald Radosh ha sido uno de los libros más importantes por cuanto publica una serie de documentos, en su mayoría militares soviéticos, traducidos y comentados. No obstante, ha despertado un gran debate en el mundo académico debido a su tesis general, que en una visión global es semejante a las interpretaciones críticas de Bolloten, Stanley Payne y otros autores, quienes culpan a la intervención soviética de la derrota republicana, y quienes consideran que Stalin pretendió controlar los acontecimientos en España para impedir la propagación de la revolución social allí iniciada. En último término, la obra concluye que el líder soviético perseguía establecer un Estado satélite denominado “república popular” en la Península Ibérica. En varias ocasiones Radosh ha sido acusado de manchar su obra con sesgos ideológicos. Lo cierto es que su interpretación ha tomado como base las controvertidas memorias de Krivitsky. Es así que a pesar de la importante renovación que implica el conjunto de su trabajo, éste no es ajeno a algún prejuicio, sobre todo frente a las interpretaciones que la historiografía ya había desestimado en anteriores investigaciones.

Dos investigaciones monográficas muy novedosas sobre las relaciones entre la Unión Soviética y la República en guerra, debidas a Daniel Kowalsky<sup>48</sup> y Frank Schauff<sup>49</sup>, aunque han

---

<sup>44</sup> *Ibíd.*, p. 89.

<sup>45</sup> MOA, Pío, *El derrumbe de la segunda República y la Guerra Civil*, Encuentro, Madrid, 2001, y *Los mitos de la Guerra Civil*, La Esfera de los libros, Madrid, 2005.

<sup>46</sup> MORADIELLOS, Enrique, “La intervención extranjera en la Guerra Civil: un ejercicio de crítica historiográfica”, *Ayer*, Universidad de Extremadura, 2003.

<sup>47</sup> RADOSH, Ronald y HABECK, Mary, *Spain Betrayed: The Soviet Union in the Spanish Civil War*, Yale university Press, New Haven, 2001. Publicación en español: *España traicionada: Stalin y la guerra civil*, Planeta, Barcelona, 2002.

<sup>48</sup> KOWALSKY, Daniel, *The Soviet Union and the Spanish Civil War*, 2003. Publicación en español: *La Unión Soviética y la Guerra Civil española: una revisión crítica*, Crítica, Barcelona, 2003.

<sup>49</sup> SCHAUFF, Frank, *Der verspielte Sieg. Sowjetunion, Kommunistische Internationales und Spanischer Bürgerkrieg*,

permitido desmontar viejas versiones sobre el tema, no han brindado mucho espacio a analizar el momento en el cuál Stalin tomó su decisión. El estudio de Schauff gira en torno a las relaciones entre la Comintern y España durante la Guerra Civil, mientras que Kowalsky estudia tres aspectos de las relaciones bilaterales: diplomáticos, culturales y militares. Una de las conclusiones de la investigación de Kowalsky, muy relacionada con la línea interpretativa de Hochman, es que “en la Guerra Civil española los dirigentes soviéticos encontraron la ocasión de promover la seguridad exterior y de proteger al mismo tiempo el apoyo interno al régimen que empezaba a flaquear. Las numerosas actividades organizadas dentro de la URSS, con la finalidad de fortalecer la idea de que los rebeldes españoles hacían parte de un gran contubernio fascista internacional que amenazaba la soberanía de la URSS”<sup>50</sup>, hacen patente aquella idea. Por otro lado, el autor afirma que no existen pruebas de que Stalin pretendiera sabotear la lucha republicana con el fin de alargar la contienda y hacer de ella una guerra de desgaste para las potencias fascistas.

El hispanista Stanley Payne también se ha dedicado a analizar las motivaciones y objetivos fundamentales de la intervención soviética en la Guerra Civil española. En su obra de 2003<sup>51</sup> sostiene que los objetivos de la intervención fueron diversos y conexos: en principio eran simplemente los que se habían declarado, “ayudar a la República a alcanzar la victoria y defender la causa de la izquierda en general”, pero a medida que la guerra fue avanzando, Payne establece que surgieron una serie de objetivos interrelacionados:

- a) “la victoria política y militar en España;
- b) el desarrollo geoestratégico de los intereses soviéticos en la Europa occidental, y
- c) los beneficios colaterales en varias áreas, como la propaganda, la movilización política, y la comprobación y mejora de los sistemas de inteligencia y militar”<sup>52</sup>.

Finalmente, una investigación de reciente publicación y uno de los trabajos más satisfactorios y documentados, tanto de los archivos soviéticos como españoles, a cargo de Ángel Viñas<sup>53</sup>, ha iluminado aspectos que no habían sido tomados en cuenta por otros investigadores y aportado sugerentes explicaciones que hoy por hoy ayudan a esclarecer de alguna manera este debatido tema, así como a desestimar muchas de las viejas tesis e interpretaciones que se siguen planteando en la literatura. La interpretación de Viñas respecto a las consideraciones que pudieron motivar a Stalin a apoyar la República, es la siguiente:

“En las reflexiones de Stalin hubieron de pesar consideraciones geoestratégicas y geopolíticas. Si España se hundía en manos del fascismo, ello representaría un peligro para Francia, la cual constituía

---

1936-1939, Campus Verlag, Frankfurt, 2004. Publicación en español: *La victoria frustrada: la Unión Soviética, la Internacional Comunista y la Guerra Civil española*, Debate, Barcelona, 2008.

<sup>50</sup> KOWALSKY, Daniel, *La Unión Soviética...*, p. 374.

<sup>51</sup> PAYNE, Stanley, *Unión Soviética, comunismo y revolución en España (1931-1939)*, Plaza y Janés, Barcelona, 2003.

<sup>52</sup> *Ibíd.*, p. 191.

<sup>53</sup> Trilogía de VIÑAS, Ángel, *La soledad de la República: el abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética*, Crítica, Barcelona, 2006; *El escudo de la República: el oro de España, la apuesta soviética y los hechos de mayo de 1937*, Crítica, Barcelona, 2007; y *El honor de la República: entre el acoso fascista, la hostilidad británica y la política de Stalin*, Crítica, Barcelona, 2009.

el primer eslabón de la cadena que debía cercar las ansias expansionistas del Tercer Reich. Si Francia se veía en peligro, la estrategia de seguridad soviética que en 1936 pivotaba sobre Francia quedaría amenazada. Ahora bien, si el elemento político-estratégico dominó la decisión de Stalin ello no significa que no hubiese otros. El dictador soviético tenía preocupaciones adicionales muy básicas en los meses de agosto y septiembre de 1936. Había lanzado un combate sin cuartel contra el desviacionismo trotskista. De cara a España creo que es posible sostener que el plano estratégico e ideológico se entrecruzaban perfectamente”<sup>54</sup>.

## 1.2. PRINCIPALES TRATAMIENTOS HISTÓRICOS DE LA DECISIÓN SOVIÉTICA RESPECTO DE LA REPÚBLICA ESPAÑOLA.

Una vez analizados los antecedentes del tema, su tratamiento historiográfico y los diferentes enfoques desde los que ha sido abordada la intervención soviética en la Guerra Civil española, y más específicamente las razones y motivaciones que influyeron en la decisión de Stalin, se hace posible, en términos generales, clasificarlos en cuatro principales categorías: La primera, corresponde a las obras escritas desde dentro de las tradiciones comunistas, cuyo tema principal es la defensa de las políticas soviéticas y la exaltación de su apoyo como un acto de solidaridad internacional con el pueblo español, la democracia y la resistencia frente a la agresión fascista. Dicho apoyo se enmarcaba, según los autores, dentro del contexto de los esfuerzos y el compromiso de la Unión Soviética con la doctrina de la seguridad colectiva y la política del Frente Popular, encaminada a contener el expansionismo fascista. Tales argumentos correspondieron, como cabe suponer, a las versiones soviéticas y a las memorias de algunos de los participantes comunistas en la Guerra Civil española.

La segunda categoría de los tratamientos históricos, deriva de las versiones izquierdistas enfocadas principalmente en la crítica de la política exterior soviética. El planteamiento común es que la decisión soviética no estuvo motivada por un internacionalismo desinteresado, sino todo lo contrario, primaron en ella intereses políticos y diplomáticos del Estado soviético completamente ajenos a la cuestión española. Por consiguiente, el deseo de la Unión Soviética fue mantener buenas relaciones con Francia y Gran Bretaña, para lo cual prestó la ayuda necesaria para mantener la Guerra Civil, pero no la suficiente para asegurar la victoria republicana, pues ésta habría entorpecido las relaciones con las potencias occidentales que tanto le interesaban. Por otro lado, algunas obras sugieren que la decisión soviética se vio motivada por el temor de Stalin de que una revolución triunfante en España amenazara su poder en la URSS, por tanto se vio en la necesidad de reprimir la causa revolucionaria en la zona republicana.

La historiografía franquista corresponde a la tercera categoría. El discurso de esta escuela atribuía a la política soviética las más perversas intenciones, declarando que su objetivo fundamental era el establecimiento de un opresivo régimen comunista bajo la influencia de Moscú.

---

<sup>54</sup> VIÑAS, Ángel, “La decisión de Stalin de ayudar a la República: un aspecto controvertido en la historiografía de la guerra civil”, *Historia y política: ideas, procesos y movimientos sociales* (en línea), 2006, pp. 22-23.

Por último, la cuarta categoría de los tratamientos históricos cabe asignarla a los análisis académicos especializados en la política exterior de la Unión Soviética. En general, estos estudios se han situado entre las versiones de las categorías anteriores, aunque sin lograr un consenso acerca de las razones y motivos que llevaron al máximo líder soviético a decidir intervenir a favor de la República. Tal como observa el historiador Geoffrey Roberts, la imagen dibujada en estos trabajos especializados es que la política soviética era compleja, contradictoria e incierta, impulsada tanto por las circunstancias como cualquier otra cosa, y contenía elementos de auténtico idealismo y altruismo, así como de interés personal<sup>55</sup>.

En este orden de ideas, es posible concluir que, si bien el tema no ha sido ignorado en absoluto por la literatura, sino que por el contrario ha sido objeto de mucha atención por parte de los investigadores, la revisión de cada uno de los planteamientos y de las interpretaciones permite inferir que aún hoy el tema sigue despertando pasiones en ciertos círculos, tanto en España como en el extranjero. Lo cierto es que la afirmación de Krivitsky, presentada al inicio de esta exposición, sigue generando confusiones y preguntas en torno a las verdaderas razones del apoyo soviético a la República. La enorme complejidad de la política soviética continúa desorientando a los historiadores. A pesar de los grandes descubrimientos proporcionados por la desclasificación de documentos, que bien cabe mencionar han ayudado en el proceso de entendimiento de las acciones soviéticas, siguen existiendo elementos que aún se ignoran en la literatura.

El secretismo que rodeaba a las decisiones soviéticas sigue activo hoy por hoy, pues el acceso a los documentos de alto nivel del Gobierno de Stalin (el Archivo de la Presidencia del Gobierno) está prohibido, lo mismo sucede con determinados expedientes del Comisariado para la Defensa. Sólo a principios de los años noventa se le autorizó a un reducido número de historiadores rusos el estudio del archivo personal de Stalin. Además, en el Centro de Documentación donde se conservan los archivos de la Comintern, no reposan los documentos que contienen el proceso de adopción de las principales decisiones sobre la actuación del PCUS en la República, pues la gran mayoría sufrió depuraciones en los mismos años de la URSS con el propósito de desaparecer del escenario a Stalin. Según Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, a partir de 1994 el bloque documental de la Comintern tuvo una segunda oleada de cierres y de eliminación de documentos que dejan en la sombra el verdadero papel desempeñado por el Kremlin en la actuación del PCE<sup>56</sup>.

Cabe esperar que una futura apertura de los archivos antes citados sirvan para actualizar o aclarar los últimos estudios sobre la intervención soviética en la Guerra Civil española. El acto de volver la mirada sobre cuestiones ya investigadas, no sólo es permitido, sino necesario, pues

---

<sup>55</sup> GEOFFREY, Roberts, "Soviet Foreign Policy and the Spanish Civil War" en LEITZ, Christian y DUNTHORN, David (eds.), *Spain in an International Context, 1936-1959*, Berghahn Books, Nueva York, 1999, p. 83.

<sup>56</sup> ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, "Los archivos de Moscú y España", *El País*, 7 de noviembre de 2000.

siempre habrán aspectos ignorados o aún siendo tomados en cuenta pueden ser analizados e interpretados desde distintos enfoques. La historia es siempre revisionista, se replantea incógnitas con diversas perspectivas y nuevo apoyo documental.

## 2. LA POLÍTICA EXTERIOR SOVIÉTICA EN EL PERÍODO ENTREGUERRAS (1917-1935): ADAPTACIÓN A LOS CAMBIOS EN EL ESCENARIO INTERNACIONAL.

En este apartado se estudiarán los principales lineamientos de la política exterior soviética durante la etapa idealista esbozada por Vladímir Lenin tras la victoria de los bolcheviques en la Revolución de Octubre de 1917 y la posterior etapa estalinista de orientación pragmática hasta mediados de la década de los treinta. El objetivo fundamental es demostrar cómo desde la inicial concepción revolucionaria leninista, cuyo propósito primordial era la propagación de la revolución en el resto del mundo, hasta la etapa estalinista de la construcción del socialismo en un solo país, el principio básico de la política exterior soviética fue responder a las dinámicas del escenario internacional. Los líderes soviéticos adoptaban diversas estrategias como reflejo de los riesgos y oportunidades que presentaba la coyuntura mundial, después de todo, el régimen soviético era un Estado aislado cuya estructura política y económica significaba una amenaza y un desafío para el mundo capitalista. La hostilidad hacia el Estado soviético se hizo evidente desde su misma instauración, cuando las potencias aliadas intervinieron en favor de los “blancos” antibolcheviques en la guerra civil rusa de 1917 a 1922. Este hecho fue determinante para que la Unión Soviética no pudiera sentirse segura jamás. El resto del mundo era una amenaza para su supervivencia; la historia, la experiencia y la ideología lo confirmaban. Esto mantuvo al Politburó del PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética) prevenido ante la posibilidad de que dicha tesitura se repitiera. En consecuencia, intentar sobrevivir en un mundo peligroso infestado de amenazas fue la base de la política soviética para abordar las relaciones internacionales.

Las diferentes estrategias en materia de política exterior adoptadas durante el período entreguerras, iban acompañadas de una constante redefinición de sus aliados en función de sus enemigos. La aplicación de la línea política de “clase contra clase”, propiciada por la Comintern en 1928 en los diversos partidos comunistas del mundo, condujo a establecer alianzas tácticas entre los comunistas y los nacionalsocialistas en Alemania con el fin de debilitar a los socialdemócratas alemanes, su enemigo principal, y minar la fuerza de los Estados burgueses. Luego, cuando Hitler ascendió al poder en Alemania y se convirtió en una amenaza evidente para el Estado soviético y para la paz, Stalin ordenó un cambio en la estrategia exterior. La Comintern dio el gran viraje de 1935 hacia la creación de “Frentes Populares” con los partidos y los Gobiernos burgueses (antiguos enemigos) que estuvieran dispuestos a colaborar con el Kremlin. El Politburó aprobó la política de seguridad colectiva, que buscaba el establecimiento de alianzas estratégicas bilaterales con las potencias occidentales y permitía la utilización de la diplomacia multilateral mediante el ingreso de la URSS en la Sociedad de Naciones. Todo con la finalidad de hacer frente a la percibida amenaza fascista que invadía al concierto internacional, pero sobre todo a la propia existencia y la seguridad del régimen soviético. El historiador Ronald Powaski ha señalado que la política soviética tenía una

ambigüedad que era muy suya<sup>57</sup>. Pese a apoyar la seguridad colectiva de los años treinta, a la Unión Soviética, al igual que a las potencias occidentales, no le interesaba tanto derrocar a Hitler o expulsar a los japoneses de China como evitar a todo trance la guerra. Por esta razón, practicó paralelamente otra línea de defensa. Mientras los representantes soviéticos clamaban en público contra los planes bélicos de Alemania y Japón, mantenían en secreto relaciones diplomáticas con las dos potencias. Stalin, a lo largo del período de la seguridad colectiva, buscó en repetidas ocasiones un acercamiento con la Alemania nazi, después de todo, la orientación alemana era una tradición en la política exterior soviética; había sido una creación de Lenin cuando por su oposición inquebrantable a la solución de Versalles, llevó al Estado soviético a alinearse con la Alemania de Weimar a través del Tratado de Rapallo (1922).

Tras la Revolución de Octubre de 1917, mediante la cual los bolcheviques derrocaron al Gobierno provisional y se establecieron en el poder, el nuevo régimen consideró que la única política exterior que necesitaría sería la promoción de la revolución internacional. Entendiendo que uno de los pilares de dicha revolución fue finalizar la participación de Rusia en la Primera Guerra Mundial, los bolcheviques firmaron el Tratado de Brest-Litovsk<sup>58</sup> en 1918, acto que se interpretó por muchos observadores como el abandono de las metas revolucionarias; pero no fue hasta 1920, con la invasión del Ejército Rojo de Polonia, que se ratificó la política exterior bolchevique orientada a la “guerra revolucionaria”. Además, la consolidación del régimen soviético mediante la guerra civil, impulsó teóricamente la expansión del proceso revolucionario en todo el mundo. Lenin sostenía que en 1917 el mundo entero se había incorporado a la esfera capitalista, por tanto, una parte importante de él no tardaría en adquirir el potencial de la revolución socialista, iniciando lo que el historiador Arno Mayer designó como la era de la “guerra civil internacional”<sup>59</sup>.

El 10 febrero de 1918, tras la adopción de una actitud poco flexible, los bolcheviques se negaron a reconocer todas las deudas que los anteriores Gobiernos rusos habían contraído con los aliados, entre ellas los créditos concedidos por Estados Unidos al Gobierno provisional. De hecho, ese mismo mes los bolcheviques trasladaron desde el importante puerto de Arkángel el armamento aliado que el Gobierno provisional no alcanzó a pagar, antes de que los aliados intentaran recuperarlo. A su vez, las negociaciones entre los bolcheviques y las potencias centrales en Brest-Litovsk tropezaban con dificultades. El imperio alemán exigía al nuevo Gobierno soviético renunciar a la soberanía rusa sobre Polonia, Lituania y gran parte de Letonia, y que reconociera la

---

<sup>57</sup> POWASKI, Ronald, *La guerra fría: Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*, Crítica, Barcelona, 2000, pp. 55-56.

<sup>58</sup> Tratado de paz firmado el 3 de marzo de 1918 entre la Rusia bolchevique y las potencias centrales, que puso fin a las hostilidades entre dichos países a través de ingentes concesiones territoriales y económicas por parte de Rusia, en el contexto de la Primera Guerra Mundial.

<sup>59</sup> MAYER, Arno, *Dynamics of Counter-Revolution in Europe, 1870-1956*, Nueva York, 1971, (tomado de PAYNE, Stanley G., *Unión Soviética, comunismo y revolución en España (1931-1939)*, Plaza y Janés, Barcelona, 2003, p. 9).

independencia de Finlandia y Ucrania<sup>60</sup>. El mismo 10 de febrero, Lev Trotski, por aquel entonces Comisario de Asuntos Exteriores, anunció que el Gobierno soviético pensaba dejar de combatir en la guerra así como abandonar las conversaciones de Brest-Litovsk ante la imposibilidad de aceptar las difíciles condiciones que le exigían los alemanes. Estos últimos no tardaron en romper el armisticio firmado el 15 de diciembre de 1917 y, el 18 de febrero de 1918, reanudaron su ofensiva avanzando hacia Petrogrado y Kiev, prácticamente sin encontrar resistencia. Los bolcheviques se colmaron de pánico y anunciaron un día después que estaban dispuestos a aceptar las condiciones de paz de los alemanes. En consecuencia, firmaron el tratado de Brest-Litovsk el 3 de marzo de 1918, con lo cual aceptaron la pérdida de 780.000 kilómetros cuadrados de territorio que había hecho parte del imperio ruso.

Pese a ello, la firma del tratado de paz por el nuevo Gobierno bolchevique no puso fin a las hostilidades alemanas en el territorio soviético. La ofensiva militar continuó avanzando a lo largo del mes de marzo, abril y mayo, tomando más territorios que antes pertenecieron al imperio ruso. Una vez conquistada Ucrania por parte de los alemanes, e invadida Finlandia, el frente meridional y septentrional de la Gran Rusia quedaron vulnerables al ataque alemán. Debido a ello, los representantes aliados en Rusia estudiaron la posibilidad de que Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos cooperaran militarmente con los bolcheviques, a fin de que estos reactivaran la lucha contra las potencias centrales en el frente oriental, hecho que favorecería a las potencias aliadas por cuanto impediría el traslado de un gran número de soldados alemanes a Francia (frente occidental). Pero ante la negativa del Presidente Wilson de prestar ayuda directa a los bolcheviques de la mano de los aliados, para contener la ofensiva alemana, el Congreso soviético aprobó la resolución del 15 de marzo que abogaba por “el derrocamiento de todos los Gobiernos burgueses, incluido el de Estados Unidos”<sup>61</sup> y, el 17 de marzo el mismo organismo ratificó el tratado de Brest-Litovsk. Sin embargo, los aliados terminaron interviniendo en el norte de Rusia a mediados de 1918, principalmente porque consideraban que era necesario reactivar el frente oriental para impedir el inminente derrumbamiento del frente occidental. Wilson consideraba que con la ayuda de los japoneses (quienes habían enviado tropas a Siberia) y los aliados, se podría luchar contra los alemanes, así como contra los bolcheviques, quienes representaban el segundo peligro para las potencias aliadas. Aunque la guerra con Alemania terminó al firmarse un armisticio el 11 de noviembre de 1918, en Rusia se siguió luchando. El mismo día del cese de hostilidades en Europa occidental, tropas aliadas en apoyo a los “blancos” antibolcheviques, libraron una cruel batalla con destacamentos del Ejército Rojo.

Poco después, en el transcurso de la guerra civil rusa, se convocó a una conferencia de paz en la isla de Prínkipo que empezaría el 15 de febrero de 1919, con el objetivo de que asistieran las

---

<sup>60</sup> POWASKI, Ronald, *La guerra fría...*, p. 21.

<sup>61</sup> *Ibíd.*, p. 24.

partes enfrentadas en Rusia, esto es, los bolcheviques y las fuerzas “blancas” ayudadas por las potencias aliadas. Aunque Lenin aceptó la invitación, pues llegó a creer que los aliados estarían dispuestos a reconocer al régimen bolchevique, no tenía la intención de abandonar su programa revolucionario en pro de alcanzar la paz con los aliados. Al día siguiente de recibir la invitación a la conferencia, es decir, el 23 de enero de 1919, Lenin pidió la fundación de la Internacional Comunista o, de forma abreviada, Comintern, una organización que reflejaría las estructuras centralizadas del partido bolchevique impuestas por Lenin desde un primer momento y que asumiría la tarea de dirigir el movimiento comunista internacional con el objeto de derrocar el mundo capitalista a través de la iniciativa de los trabajadores revolucionarios de todos los países. Con ese fin, el 4 de marzo de 1919 se celebró en Moscú el primer Congreso de la Comintern, donde se trazaron los planes para incrementar la propaganda y la agitación revolucionarias en el resto del mundo. El manifiesto fundacional declaraba que “nuestra tarea consiste en generalizar la experiencia revolucionaria de la clase obrera, desembarazar al movimiento de las impuras mezclas del oportunismo y del socialpatriotismo, unir las fuerzas de todos los partidos verdaderamente revolucionarios del proletariado mundial y apresurar la victoria de la revolución comunista en el mundo entero”<sup>62</sup>. Entre las actividades destacadas de esta organización sobresalieron la fallida ofensiva en Polonia de 1920, los esfuerzos por alentar la revolución principalmente en Alemania, patria del partido comunista más fuerte de Europa occidental (el KPD), y la ayuda a Chiang Kai-Shek para construir el Kuomintang en Asia. En el mismo mes de marzo, Gobiernos de tipo soviético subieron al poder en Hungría y en Baviera, lo cual hizo que Lenin se sintiera aún más convencido de que la revolución no tardaría en producirse en el resto de Europa<sup>63</sup>, declarando que “nuestra victoria a escala internacional es hoy completamente segura” a pesar de que en gran parte del territorio ruso aún no había triunfado militarmente la revolución. Además, poco tiempo después, en el verano de 1919 se hundía el Gobierno comunista-socialista de Béla Kun en Hungría.

La idea de la revolución resultaba más fácil de proclamar que de materializar y ya en 1920 Lenin apelaba a la “coexistencia pacífica” en las relaciones exteriores soviéticas. Esta política, que iría acompañada de una acción revolucionaria algo reducida por parte de la Comintern, obedecía a los cambios impuestos en la política interna con la promulgación en 1921 de la Nueva Política Económica (NPE). El objetivo de la NPE era salvar al país del desastre económico fomentando por un tiempo determinado el desarrollo de la empresa privada y la atracción de inversión y tecnología extranjera. Un pacto comercial anglo-soviético marcó el inicio de las relaciones con un país capitalista importante y la diplomacia regular pasó a constituir una prioridad. En función de esto, se

---

<sup>62</sup> “Manifieste de l'IC aux prolétaires du monde entier”, en *Quatre premiers Congrès mondiaux de l'Internationale Communiste, 1919-1923*, La Brèche, 1984, p. 31, (tomado de ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas. La internacional comunista y España, 1919-1939*, Planeta, Barcelona, 1999, p. 114).

<sup>63</sup> POWASKI, Ronald, *La guerra fría...*, p. 37.

adoptó un enfoque menos ideológico en las relaciones con el resto del mundo; la idea de la revolución mundial, aunque seguía vigente, dejó de ser la principal prioridad para los dirigentes soviéticos. Convencidos de que la revolución socialista no iba a estallar en otros países en el futuro cercano, el establecimiento de relaciones normales con el mundo capitalista pareció ser la vía fundamental para su supervivencia; además, unas buenas relaciones comerciales con países industrializados favorecerían los objetivos de la NPE, consagrados a la reconstrucción, el desarrollo y la seguridad interna. Según sostiene el Profesor Stanley Payne<sup>64</sup>, la coexistencia pacífica era una política de dos niveles: por un lado, de relaciones diplomáticas y económicas normales y pacíficas, y por el otro, de esfuerzos indirectos de infiltrar, subvertir y fomentar la actividad revolucionaria. El ejemplo de ello fue que en 1922 la Unión Soviética estableció por primera vez relaciones normales con una potencia extranjera a través de la firma del Tratado de Rapallo con Alemania. Este pacto fijaba la cancelación de las deudas y la cooperación comercial y militar clandestina entre los dos Estados “parias” de Europa. A los ojos de la Unión Soviética, Alemania también contaba con las condiciones apropiadas para iniciar una acción revolucionaria con la idea de que ésta se propagase a toda Europa occidental. Pero al siguiente año, se produjo la última oportunidad significativa para la Comintern en medio de la confusión de la invasión de Francia - la crisis del Ruhr<sup>65</sup>- de Alemania, cuando el KPD inició una cooperación limitada con el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán. El objetivo era sacar provecho de aquella situación para tomar el poder, sin embargo, los comunistas no la supieron explotar y la revuelta final fracasó, en consecuencia, la Unión Soviética se vio en la necesidad de reconocer que el capitalismo mundial se había estabilizado para un futuro indefinido<sup>66</sup>.

Tras la muerte de Lenin, la política exterior soviética se hizo poco activa en el extranjero durante 1924, cuando Iósif Stalin, bajo el cargo de Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética, abandonó el dogma tradicional bolchevique de la revolución internacional e implementó la doctrina del “socialismo en un solo país”. El líder soviético, se convenció de que los bolcheviques no podían esperar el triunfo de la revolución fuera de sus fronteras. Los peligros que se cernían en el escenario internacional incluían la hostilidad de las potencias imperiales que querían acabar con la revolución. Por eso, debían “consolidar la dictadura del proletariado en un país, convirtiéndolo en una base desde la que derrotar al imperialismo en el resto de países”<sup>67</sup>. Su preocupación por el desarrollo económico interno y la consolidación política de la Unión Soviética

---

<sup>64</sup> PAYNE, Stanley G., *Unión Soviética, comunismo...*, p. 10.

<sup>65</sup> Ocupación de la Región del Ruhr (Alemania) en 1923 y 1924 por las tropas francesas y belgas ante el incumplimiento de la República de Weimar en asumir las indemnizaciones económicas a los aliados, tras su derrota en la Primera Guerra Mundial.

<sup>66</sup> MALIA, Martin, *The Soviet tragedy: a history of socialism in Russia, 1917-1991*, Free Press, New York, 2004, p. 276.

<sup>67</sup> LEFFLER, Melvyn P., *La guerra después de la guerra: Estados Unidos, la Unión Soviética y la Guerra Fría*, Crítica, Barcelona, 2008, p. 28.

apartaron su atención de los asuntos internacionales, y pese a que Stalin declaraba que para la “victoria completa del socialismo [...] se necesitan los esfuerzos unidos de los proletarios de varios países”<sup>68</sup>, la construcción del socialismo en la Unión Soviética representaba su mayor consigna e interés. La revolución mundial era una fase dialéctica a la que había jurado obediencia ideológica, aunque en la práctica había dejado de ser su objetivo primordial. La tarea principal de los comunistas en el extranjero consistía ahora en defender al Estado soviético y, el objetivo de fomentar la revolución en el resto del mundo, se dejaba en un segundo plano. Así lo manifestaba el férreo opositor del líder soviético, Lev Trotski, quien hacía hincapié en la propagación internacional del comunismo y quien acusaba a Stalin y a su Politburó de abandonar los principales preceptos de la ideología marxista-leninista y de sepultar el proyecto de la revolución socialista mundial. Si bien Stalin prestó atención principalmente a las cuestiones internas de la URSS, esto no significó que ignorara por completo la política exterior y las relaciones internacionales; de hecho, intervino activamente en su formulación y le brindó un lugar destacado durante el resto de la década de los años veinte. Su interés por los asuntos internacionales y la seguridad externa había quedado demostrado durante la guerra civil rusa, al ser el responsable de la política en el Cáucaso y en la región del Báltico. También lo demostró en sus diversas discusiones con Lenin durante 1920 respecto a la campaña del Ejército Rojo en Polonia y al futuro de una Europa bajo administración socialista.

Entre tanto, las relaciones de la Comintern con los partidos obreros de otros países se regían bajo la táctica recién implementada del “frente unido desde arriba”<sup>69</sup>. Esta estrategia, adoptada en 1924, permitía la acción común con otras fuerzas obreras y abría la posibilidad de alcanzar fusiones negociadas antes que intentar tomar el poder por medios subversivos. Pese a que la Italia fascista de Mussolini fue la primera potencia relevante en reconocer oficialmente al Gobierno soviético aquel mismo año, el “fascismo” en general, ya constituía para el régimen un importante enemigo, y a pesar de los limitados acercamientos en Alemania con los nazis, el antifascismo se convirtió en el tema clave de la propaganda de la Comintern. En consecuencia, los comunistas emprendieron la campaña de imputar el término fascista indiscriminadamente, tildando a cualquier militante de otros partidos como “fascistoide”, especialmente a los socialdemócratas, a quienes se les llegó a definir como “objetivamente el ala moderada del fascismo”<sup>70</sup>. Ya en noviembre de 1922, unos días después del desfile de Mussolini por Roma, el diario *Izvestia* empleaba el término “socialfascista” para referirse al Partido Socialista Italiano. Aquella práctica conduciría más adelante a la fase más perjudicial en la historia de la política exterior soviética.

---

<sup>68</sup> Citado en: MCDERMOTT, Kevin y AGNEW, Jeremy, *The Comintern: A History of International Communism from Lenin to Stalin*, Londres, 1996, p. 51.

<sup>69</sup> PAYNE, Stanley G., *Unión Soviética, comunismo...*, p. 16.

<sup>70</sup> Frase adoptada en 1924 por Grigori Zinóviev, secretario de la Comintern, y posteriormente repetida por Stalin.

Hacia 1925, el escenario internacional manifestó, desde el punto de vista de Stalin, una “estabilización transitoria del capitalismo en Norteamérica y en la Europa occidental”, fundamentada principalmente en el crecimiento económico y en los avances tecnológicos. Esto hizo que la coexistencia pacífica resultara aún más apropiada para el líder soviético, por lo menos a corto plazo. En el V Pleno del Comité Ejecutivo de la Comintern (o CEIC), llevado a cabo en marzo-abril de ese mismo año, se “reconocía tácitamente [...] una etapa de transición entre revoluciones”<sup>71</sup>, aunque, por entonces, no se divisaba ninguna oportunidad revolucionaria a corto plazo. No obstante, el peligro de guerra continuaba siendo inevitable. Así lo había analizado Lenin, argumentando que, en tanto el capitalismo siguiera existiendo en el mundo, las rivalidades imperialistas seguirían rigiendo el sistema internacional y la competencia económica y política entre las grandes potencias industriales, generaría un ambiente hostil desembocando inevitablemente en conflictos diplomáticos y guerras abiertas. Con la llamada “estabilización transitoria” del capitalismo empezó a emerger la doctrina de una futura “segunda guerra imperialista”, desde la perspectiva de Stalin, y apoyándose en los pronósticos de Lenin, el imperialismo capitalista provocaba la guerra de forma ineludible. La Primera Guerra Mundial así lo había confirmado y la herencia que ésta había dejado provocaría una segunda guerra o posiblemente muchas más. Desde este punto de vista, los tratados firmados al final de la Gran Guerra preveían futuros estallidos militares. La humillación de Alemania en el Tratado de Versalles en 1919 y su decisión de reafirmarse ocasionaría constantes problemas. Los Estados Unidos, grandes vencedores de la guerra, tenían interés en dismantelar el imperio británico y en reducir la influencia japonesa en el Pacífico; en Europa y en Asia no tardarían en reabrirse las heridas en las relaciones internacionales, generando así tensiones y posteriormente guerras; y la URSS por su parte, continuaba siendo un Estado paria y hostil para la gran mayoría de los Estados. Dicho lo anterior, los dirigentes soviéticos consideraban que el problema residía en la persistencia de la economía capitalista mundial y advertían el peligro de que esta inestable coyuntura podría de algún modo derivar en una cruzada contra la Unión Soviética<sup>72</sup>.

El primer objetivo de la política exterior de Stalin era, como había sucedido con Lenin, mantenerse al margen de los conflictos entre las potencias capitalistas. Y aunque insistía en la necesidad de construir el “socialismo en un solo país”, esto no significaba que promoviera el pacifismo ni que vaticinara una permanente abstención militar. En 1925 Stalin declaró que la Unión Soviética acabaría por participar en el gran conflicto latente entre las potencias capitalistas, “pero deberíamos ser los últimos en hacerlo. Y deberíamos salir a poner el peso decisivo en la balanza, el

---

<sup>71</sup> PAYNE, Stanley G., *Unión Soviética, comunismo...*, p. 17. Ambas citas las tomó Payne de MCDERMOTT, Kevin y AGNEW, Jeremy, *The Comintern...*, p. 52.

<sup>72</sup> SERVICE, Robert, *Stalin: una biografía*, Siglo XXI de España, Madrid, 2006, p. 379.

peso que debería inclinar la balanza”<sup>73</sup>. En este sentido, ansiaba que el Ejército Rojo tuviera la oportunidad de intervenir y tomar ventaja de la débil situación entre las potencias capitalistas por causa de sus guerras.

En 1928, después de que Stalin saliera triunfante de la lucha por la sucesión del poder con Trotski (el infatigable defensor de la revolución permanente) y los denominados “revisionistas de derechas” (quienes abogaban por la preservación de algunos de los rasgos capitalistas de la NPE<sup>74</sup>), abandonó la NPE y puso en marcha el Primer Plan Quinquenal, promoviendo paralelamente una política de ultraizquierdismo<sup>75</sup>. El máximo dirigente soviético declaró que la estabilización del capitalismo había llegado a su fin y alertó al movimiento comunista tanto en la Unión Soviética como en el extranjero de la inapelable crisis y su posterior lucha. Entre tanto, en el VI Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en Moscú entre julio y septiembre de 1928, se anunció el llamado “tercer período” en la política oficial de la Comintern. Éste vendría acompañado no de un cambio en la diplomacia regular, sino de un progresivo énfasis en la actividad revolucionaria, insistiendo en que la nueva crisis del capitalismo haría la coyuntura mundial “objetivamente revolucionaria”. Stalin por su parte se identificó plenamente con la estrategia del “tercer período” e instó a que se reemplazara la antigua táctica de la Comintern del “frente único por arriba”, adoptada en 1925, por una nueva que sólo permitiera acuerdos de coalición entre los partidos comunistas nacionales y otros partidos de izquierdas y, de este modo, participar activamente en la política de cada uno de los países de Europa occidental. Este planteamiento supuso, a su vez, el énfasis en la idea de la identificación de la socialdemocracia como “socialfascismo”, término que en sus inicios se empleó para referir a los socialistas italianos, como ya se ha mencionado. Esta postura encontró su base en la vieja creencia que tenían los bolcheviques de que los socialistas moderados (mencheviques), representaban una mayor amenaza que los abiertamente reaccionarios. Dicha táctica se aplicaría con una proyección en los asuntos internacionales de acuerdo al izquierdismo militante del Primer Plan Quinquenal. El entonces Comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores, Georgi Chicherin, advirtió el desacierto de dicha noción y manifestó en una carta escrita a Stalin que, a su modo de ver, tarde o temprano ésta resultaría destructiva para el Estado soviético. Sin embargo, el concepto de socialfascismo y la política de “clase contra clase” fueron aprobados oficialmente en el X Pleno del CEIC, celebrado en el mes de julio de 1929.

---

<sup>73</sup> STALIN, J. V., *Sochineniya*, Moscú, 1946-1955, VII, p. 14, citado en: PAYNE, Stanley G., *Unión Soviética, comunismo...*, p. 17.

<sup>74</sup> Los principales rasgos capitalistas de la NPE eran el fomento del desarrollo de la empresa privada y la atracción de inversiones y tecnologías extranjeras, así como el establecimiento de un programa de concesiones. Después de su implementación, el Estado llevó a cabo la modernización de la economía de una forma más libre, dejando en un segundo plano la idea de nacionalizar determinadas partes de la industria. Lenin determinó que una vez Rusia recuperase su economía sería posible reanudar el sistema de socialización económica.

<sup>75</sup> MALIA, Martin, *The Soviet tragedy...*, p. 277.

En aquel mismo año, la crisis coyuntural de la Gran Depresión creó un nuevo patrón en la situación revolucionaria en Alemania<sup>76</sup>. A lo largo de la década de 1920, los partidos comunistas europeos habían sido políticamente débiles, pero ante la recesión económica, el Partido Comunista de Alemania (KPD) empezó a resurgir y se manifestó como el primer partido comunista de masas en Europa. Este hecho lo convirtió en la ficha clave de la nueva política de la Comintern, la cual determinaba que el enemigo número uno era el Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD), que cooperaba plenamente con el parlamentarismo democrático y defendía a ultranza una política exterior orientada hacia las democracias occidentales. Paralelamente a estos hechos, el Partido Nacionalsocialista también se había convertido en un importante movimiento de masas. Esto impulsó al KPD a concertar, en algunas ocasiones, alianzas tácticas con los nazis con el fin de hacer frente a los socialdemócratas y hacerse con el poder para destruir la República democrática de Weimar. Los comunistas consideraban que el nazismo no representaba una amenaza real para ellos; por el contrario, pensaban que podría contribuir al debilitamiento del sistema burgués en Alemania. De esta forma, la hegemonía sobre la izquierda política tenía prioridad sobre la lucha contra el nazismo<sup>77</sup>. El 16 de septiembre de 1930, el periódico *Pravda* declaraba que, pese a que “los nacionalsocialistas representaban a la burguesía, habían utilizado con éxito eslóganes anticapitalistas y estaban convenciendo a los votantes especialmente a los jóvenes. De ahí que se les debiera considerar combatientes por la liberación social de las masas, por el desbaratamiento del tratado de Versalles y el yugo del plan Young”<sup>78</sup>, objetivos por los que también luchaba el programa político comunista. En el supuesto de que los nazis llegaran al poder, consideraban los comunistas, estos no podrían mantenerse por mucho tiempo, pues las masas no tardarían en radicalizarse hacia el comunismo. Por otro lado, el auge del nazismo no representaba mayor preocupación. Por el contrario se consideraba como un hecho positivo en tanto que contribuiría a debilitar la influencia de Francia y un futuro acercamiento franco-germánico.

A lo largo del período 1932-1933 se mantuvieron en vigor las políticas inherentes al “tercer período”. Los dirigentes soviéticos estaban cada día más convencidos de que la Gran Depresión seguiría empeorando y que la “crisis general capitalista” no tardaría en estallar, desatando paralelamente el gran conflicto pronosticado algunos años antes. La socialdemocracia continuaba siendo el enemigo número uno a pesar de que algunos comunistas alemanes de a pié manifestaron su descontento ante aquella “política grotesca”. En Alemania, de hecho, algunos militantes intentaron cooperar y establecer en diversas ocasiones acuerdos antifascistas con los

---

<sup>76</sup> En ningún país el desastre económico fue tan profundo como en Alemania. Los comunistas alemanes se aprovecharon políticamente de esa situación y aseguraron que la crisis económica mundial revelaba la quiebra y el posterior fin del capitalismo en el mundo.

<sup>77</sup> SERVICE, Robert, *Stalin: una biografía...*, p. 382.

<sup>78</sup> Citado así en: PAYNE, Stanley G., *Unión Soviética, comunismo...*, p. 44. También en: HASLAM, Jonathan, *Soviet Foreign Policy, 1930-33: the impact of the Depression*, MacMillan, London, 1983, p. 61.

socialdemócratas, aunque por supuesto sin el apoyo oficial del KPD y arriesgándose a contradecir los mandatos de Moscú. No obstante, los esfuerzos fueron en vano. Stalin ignoró o no supo interpretar la situación que se estaba tejiendo en Alemania. Ya a principios de los años treinta el exiliado Trotski había insistido en que el verdadero fascismo (aludiendo a los nazis) se estaba convirtiendo en la principal amenaza, pero tal idea resultaba una herejía a los ojos del Kremlin<sup>79</sup>.

Así, y obedeciendo las estrictas órdenes de la Comintern de considerar a los socialdemócratas su principal enemigo, las divididas fuerzas socialistas y comunistas se debilitaron y en algunos países, como fue el caso de Alemania, prepararon el terreno a las dictaduras de derechas. En las cruciales elecciones al Reichstag (Parlamento alemán) de noviembre de 1932, el Partido Nacionalsocialista se convirtió en la primera fuerza política de Alemania al obtener más de once millones de votos, mientras que los socialdemócratas recibieron más de siete millones y los comunistas seis millones. El voto conjunto de los dos partidos de izquierdas superaba al de los nazis por un millón y medio, si hubieran unido sus fuerzas, probablemente habrían derrotado a Hitler en las urnas y habrían evitado de este modo que asumiera la cancillería. En suma, la alianza tácita entre los comunistas y los nacionalsocialistas fue determinante en el ascenso de Hitler al poder y en el colapso de la democracia en la República de Weimar<sup>80</sup>. Un frente unido alemán podría haber cambiado el curso de la historia, pero la intransigencia de Stalin lo impidió. En cuanto a la política de la Comintern, sin duda alguna resultó contraproducente para los intereses del Estado soviético y demostró de forma amplia que “la ideología planeaba visiones estratégicas encontradas y soluciones inciertas”<sup>81</sup>.

Lo cierto es que a principios de la década de los treinta Stalin no tenía un programa definido en política exterior aparte del objetivo invariable del régimen consistente en que la Unión Soviética pudiera sobrevivir. El historiador británico Robert Service afirma que el líder soviético no influía en los acontecimientos, sino que más bien reaccionaba ante ellos<sup>82</sup>. Esta orientación persistiría mientras Stalin siguiera jugando, según sostenía David Cattell<sup>83</sup>, al “lobo solitario” en las relaciones internacionales. Su aislamiento, pese a que mantenía abierta la posibilidad a sus detractores de concertar alianzas, se debía en parte a que su misma existencia significaba un desafío para las democracias occidentales. Por tal razón, centraba su atención ante cualquier eventualidad con el fin de poder neutralizar la amenaza de un conflicto contra la URSS. Le intranquilizaban sobre todo los propósitos expansionistas en sus fronteras. El norte y el sur no suponían una amenaza, pero el oriente y el occidente deparaban los peores presagios, pues allí se estaban gestando regímenes militares hostiles al sistema comunista respaldados por potencias industriales muy superiores a la

---

<sup>79</sup> PAYNE, Stanley G., *Unión Soviética, comunismo...*, pp. 52-53.

<sup>80</sup> PIPES, Richard, *Historia del Comunismo*, Mondadori, Barcelona, 2002, p. 126.

<sup>81</sup> LEFFLER, Melvyn P., *La guerra después de la guerra...*, p. 32.

<sup>82</sup> SERVICE, Robert, *Stalin: una biografía...*, p. 381.

<sup>83</sup> CATTELL, David, *Soviet diplomacy and the Spanish civil war*, University of California, Berkeley, 1957, Prefacio.

Unión Soviética.

Por un lado, en diciembre de 1931, el ejército japonés había invadido Manchuria e instaurado el Estado títere de Manchukuo bajo el dominio del ejército de Kwantung. Este hecho, sin lugar a dudas, encendió la alarma en el Kremlin, que llegó a considerar una posible agresión al territorio soviético a través de Siberia. Por otro lado, el resurgir del poder alemán encabezado por Hitler generó una gran ansiedad en Moscú. El líder nazi, fortalecido por su éxito electoral, se convirtió en Canciller alemán en enero de 1933, demostrando así a Stalin que sus intenciones políticas podrían resultar más agresivas y efectivas de lo que él había llegado a suponer. La primera muestra de animosidad del Führer se hizo evidente con la anulación del Tratado de Rapallo y la consiguiente suspensión de la cooperación de la Wehrmacht con el Ejército Rojo. Adicional a eso, condenó a los soviéticos como una amenaza política e ideológica para la estabilidad europea. El rumbo que tomaron los acontecimientos empezó a advertir a Stalin del advenimiento de tiempos difíciles en la arena internacional y del peligro irrefragable que representaba la Alemania de Hitler para la supervivencia del régimen soviético. Por primera vez, la URSS se veía enfrentada a una auténtica amenaza expansionista muy cerca de sus fronteras.

La naciente amenaza japonesa por el flanco oriental y la alemana por el flanco occidental, provocaron un cambio drástico en la elaboración y ejecución de la política exterior soviética. A finales de aquel año lleno de acontecimientos (1933), la Unión Soviética dio un viraje sin precedentes en la dirección y en la dinámica de las relaciones exteriores. Un cambio en la orientación diplomática marcó el comienzo de la etapa más pro-occidental jamás vista en Moscú: la era Litvinov de la diplomacia soviética<sup>84</sup>. En opinión de Stalin, sólo Estados Unidos poseía el potencial necesario para detener las ambiciones japonesas. Por esa razón, una vez abandonada la política aislacionista practicada desde principios de la década de los veinte, Stalin aceptó animosamente la invitación que hizo el Presidente Franklin Roosevelt, el 10 de octubre de 1933, a poner fin a las “actuales relaciones anormales” entre los dos países<sup>85</sup>. Pese a los numerosos intentos diplomáticos de ambos Gobiernos por establecer relaciones bilaterales, no se había logrado llegar nunca a un acuerdo. Desde los tiempos de la presidencia de Woodrow Wilson, Estados Unidos había adoptado una posición irreconciliable respecto al carácter beligerante e ideológico del nuevo régimen. Además, sostenía que para otorgar reconocimiento al Gobierno bolchevique era imprescindible el pago de las deudas contraídas por los Gobiernos rusos antes de octubre de 1917. La Unión Soviética, por su parte, se negaba a reconocer dichos empréstitos y a abandonar sus objetivos revolucionarios en todo el mundo. De este modo, los esfuerzos de los diplomáticos a través de los años habían quedado frustrados ante la negativa de ambos Gobiernos a hacer las

---

<sup>84</sup> HASLAM, Jonathan, *The Soviet Union and the Struggle for Collective Security in Europe: 1933-1939*, St. Martin's, Nueva York, 1984, p. 1.

<sup>85</sup> POWASKI, Ronald, *La guerra fría...*, p. 52.

concesiones que cada uno exigía al otro. Finalmente, el 17 de noviembre de 1933, se consiguió firmar el acuerdo que establecía relaciones diplomáticas entre los dos países. Este acontecimiento sin duda significó para la Unión Soviética un importante avance en la búsqueda de su seguridad.

Aunque España no ocupaba un lugar de importancia primordial en la política soviética, ni representaba una fuerza predominante capaz de contener las amenazas del sistema, los soviéticos hicieron varios intentos diplomáticos para entablar relaciones normales con el Estado español. Ya en febrero de 1918, el Comisario de Asuntos Exteriores, Chicherin, hizo un llamamiento a España en favor del establecimiento de “relaciones cordiales” entre los dos países. Tanto la monarquía de los Borbones como la dictadura de Primo de Rivera, se negaron tajantemente a reconocer al Gobierno de los bolcheviques en sus sucesivos intentos diplomáticos de obtener el favor español. Fue sólo la necesidad de petróleo soviético a buen precio lo que forzó a Primo de Rivera a aprobar la firma de un tratado comercial con Moscú en 1928<sup>86</sup>. Por lo demás, hubo que esperar hasta la caída de la monarquía y de la dictadura para que se ablandara la actitud española hacia el régimen soviético.

Con la proclamación de la Segunda República española el 14 de abril de 1931, muchos españoles pro-soviéticos creyeron que el establecimiento de las relaciones con Moscú no tardaría mucho. Se esperaba que en poco tiempo el nuevo Gobierno republicano reconociera al régimen soviético -España era uno de los pocos Estados occidentales que no lo había hecho-<sup>87</sup>. Además, los principales impedimentos a la normalización diplomática con los soviéticos ya habían desaparecido de la arena política española. Moscú, al tanto de los acontecimientos en Madrid, planteó en junio de 1931 al Gobierno republicano la normalización de sus relaciones diplomáticas; le interesaba sobre todo mantener vínculos amistosos con los países que seguían considerando a la URSS un régimen agresor. Una señal del gran valor que Stalin concedía al establecimiento de lazos diplomáticos con España fue el hecho de que autorizara a Maxim Litvinov, delegado soviético ante la Sociedad de Naciones, a representar al Gobierno soviético en la reunión acordada en Ginebra con el Ministro de Asuntos Exteriores español, Alejandro Lerroux<sup>88</sup>. A pesar de que la reunión concluyó con la voluntad favorable de ambas partes a entablar vínculos diplomáticos y comerciales, la extrema derecha de las Cortes españolas se opuso categóricamente al reconocimiento del régimen soviético y al establecimiento de relaciones bilaterales. Los soviéticos, sin embargo, continuaron presionando desde su embajada en París a algunos funcionarios españoles que respondían a sus peticiones, pero cada esfuerzo constituyó un fracaso.

Ante la desilusión por el estancamiento de las relaciones diplomáticas de la República con la Unión Soviética, algunos españoles partidarios del acercamiento a Moscú fundaron en abril de 1933

---

<sup>86</sup> KOWALSKY, Daniel, *La Unión Soviética y la Guerra Civil española: una revisión crítica*, Crítica, Barcelona, 2003, p. 13.

<sup>87</sup> Entre los Estados occidentales que habían reconocido al Gobierno soviético durante la primera mitad de los años veinte estaban: Italia, Francia, Gran Bretaña, Alemania, Suiza y Dinamarca.

<sup>88</sup> KOWALSKY, Daniel, *La Unión Soviética...*, p. 14.

un movimiento en favor del reconocimiento oficial de la URSS. Los integrantes, en su gran mayoría, giraban en torno a las delegaciones recién organizadas de la asociación de Amigos de la Unión Soviética (AUS). Fue en el verano de ese mismo año, cuando la situación española giró finalmente a favor de los que defendían las buenas relaciones con los soviéticos. De acuerdo a lo señalado por el historiador Daniel Kowalsky, cuatro factores distintos se combinaron para que el Gobierno republicano volviera a considerar el asunto: en primer lugar, las actividades propagandísticas de los AUS; en segundo lugar, la llegada a Madrid del representante soviético Nicolai Ostrovskii, cuyo cometido en un principio era la venta de petróleo, pero quien pronto se consagró a abogar en favor del establecimiento de los lazos entre los dos Estados; en tercer lugar, el nombramiento de Fernando de los Ríos -admirador de la cultura soviética- como Ministro de Asuntos Exteriores; y en cuarto lugar, el interés que brindó a la cuestión el Ministro socialista Indalecio Prieto<sup>89</sup>.

Finalmente y justo antes del giro a la derecha en las elecciones de 1933, el Gobierno de Manuel Azaña intercambió notas con el Kremlin de reconocimiento *de jure y de facto*<sup>90</sup>, asegurando el intercambio de embajadores y comprometiéndose a mantener relaciones diplomáticas y comerciales. Las partes acordaron que Julio Alvarez del Vayo, anteriormente embajador de España en México, se convertiría en el embajador en Moscú, y que Anatoli Lunacharsky, hombre amante de la literatura de Europa occidental y antiguo embajador en Francia, fuera el representante soviético en Madrid. No obstante, dos acontecimientos definitivos impidieron que los nuevos embajadores ocuparan sus puestos de trabajo: Del Vayo presentó su dimisión del cargo debido a la victoria de los partidos de derecha en España a finales de 1933, y Lunacharsky murió el 26 de diciembre de 1933. Aunque el Gobierno republicano no retiró el reconocimiento oficial al régimen soviético, las relaciones no se normalizaron hasta la victoria del Frente Popular en febrero de 1936. Y el tan esperado intercambio de embajadores no se produjo hasta finales de agosto de ese mismo año, después de que estallara la Guerra Civil española.

Entretanto, el nuevo Gobierno alemán se había ido convirtiendo en una amenaza para la paz y la estabilidad europea e implícitamente para la seguridad de la URSS. La paz representaba para Stalin una condición vital en el proceso de la industrialización. Pese a haber concluido el Primer Plan Quinquenal (1928-1932), cuyos avances habían permitido a la URSS ponerse casi al día con las potencias occidentales, aún no se habían logrado progresos de industrialización en el sector militar. Stalin necesitaba tiempo para prepararse adecuadamente frente al expansionismo nazi. Necesitaba también estabilidad y seguridad en aquel mundo incierto y volátil, “una ironía para un régimen cuya razón de ser había sido desde sus inicios la revolución internacional”<sup>91</sup>. En este

---

<sup>89</sup> Ibíd., p. 16.

<sup>90</sup> CATTELL, David, *Soviet diplomacy...*, pp. 1-2.

<sup>91</sup> HASLAM, Jonathan, *The Soviet Union and the Struggle...*, pp. 1-2.

contexto, su respuesta a la amenaza de guerra evidenció un cambio dramático en el legado de la Revolución de Octubre y en el soporte dinámico de la política exterior soviética. El Politburó dio la orden de evitar iniciativas revolucionarias arriesgadas y la producción de armamento se convirtió en la prioridad fundamental, mientras en Moscú, se discutía la elaboración de una política exterior adecuada para enfrentar los nuevos desafíos.

Respecto al expansionismo japonés, se reforzaron las guarniciones del Ejército Rojo en el extremo oriente en el caso de que los nipones trataran de utilizar el territorio invadido de Manchuria como base para una invasión a la Unión Soviética. En cuanto a Alemania, se pensó en diversas opciones. El entonces Comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores, Maxim Litvinov<sup>92</sup>, manifestó que una política de acercamiento a todos los partidos antifascistas europeos y la creación de frentes populares contribuirían en gran medida a la seguridad y a los intereses de la URSS. En este sentido, en la XIII sesión plenaria del CEIC, que tuvo lugar del 8 de noviembre al 12 de diciembre de 1933, se discutieron las estrategias y los medios para combatir el fascismo y la amenaza de una guerra imperialista. Se aprobó la tesis de “Fascismo, el Peligro de Guerra y las Tareas que debían afrontar los Partidos Comunistas”, definiendo al fascismo como “una dictadura terrorista con los elementos más reaccionarios, chovinistas e imperialistas del capital financiero y calificando a la Alemania nazi como la principal traficante de guerra europea”<sup>93</sup>.

De otro lado, la búsqueda de la paz y la seguridad encontró su materialización en la formulación y ejecución de la llamada “Política de Seguridad Colectiva”, una política que necesariamente tuvo que ir en contra de los preceptos leninistas. Su firme e infatigable defensor fue Litvinov, un hombre que apreciaba, a diferencia de su antecesor, la política occidental y que a lo largo de su carrera diplomática intentó evitar cualquier confrontación que supusiese un peligro de agresión contra el régimen soviético e intentó prevenir el aislamiento internacional defendiendo la participación de la URSS en foros y pactos internacionales<sup>94</sup>. Stalin y sus colaboradores sostenían que sólo el desarme universal y total garantizaría la paz; para tal fin, llevaron dicha propuesta a la Conferencia Internacional de Desarme en Ginebra (1932-1933). No obstante, ésta fue rechazada ante la renuencia de Francia a acordar cualquier tipo de limitación militar temiendo por su seguridad y ante la negativa de Alemania a detener el rearme y a cumplir lo estipulado al respecto en el Tratado de Versalles. En consecuencia, las potencias fascistas de Alemania e Italia pusieron en marcha una agresiva carrera armamentística, corroborando que el peligro de guerra estaba cada vez más cerca. En ese contexto, el Gobierno soviético se vio empujado a buscar nuevos medios para contener las desenfrenadas ambiciones de Hitler, aprobando, por resolución del Comité Central del

---

<sup>92</sup> Cuando el anterior Comisario Georgi Chicherin se retiró en 1930 por motivos de salud, Maxim Litvinov ocupó su lugar a pesar de no pertenecer a los círculos cercanos de Stalin.

<sup>93</sup> Las dos citas proceden de: ZEMSKOV, I. N., e IVASHIN, I. F. (contribuyentes), *Soviet foreign policy: 1917-1945*, Progress Publishers, Moscú, 1981, p. 281.

<sup>94</sup> HASLAM, Jonathan, *Soviet Foreign Policy...*, pp. 12-13.

PCUS en diciembre de 1933, el desarrollo de un sistema eficaz de seguridad colectiva, cuyo objetivo principal era la defensa conjunta, tanto de Estados capitalistas como socialistas, de una “paz indivisible”<sup>95</sup> y el establecimiento de un orden internacional que le protegiera.

De conformidad con lo dispuesto en la resolución del Comité Central, Litvinov elaboró un plan pormenorizado para el sistema europeo de seguridad colectiva, siendo aprobado el 20 de diciembre de ese mismo año por el Politburó. El programa estipulaba lo siguiente:

1. “La URSS esta de acuerdo a unirse a la Sociedad de Naciones a condición de que se cumplan determinados requisitos.
2. La URSS no tiene objeciones a un acuerdo regional para la defensa mutua en contra de las agresiones alemanas, a ser realizado dentro de un marco de trabajo en la Sociedad de Naciones.
3. La URSS accede a que Bélgica, Francia, Checoslovaquia, Polonia, Lituania, Letonia, Estonia y Finlandia, o varios de los anteriores, sean firmantes de dicho tratado, siempre que Francia y Polonia participen.
4. Como un patrocinador del proyecto, Francia puede abrir negociaciones para especificar las obligaciones de la futura Convención de mutua defensa, sometiendo un borrador del tratado.
5. Prescindiendo de las obligaciones contenidas dentro de dicho tratado, y en el caso de un ataque armado imprevisto, los participantes están obligados a darse mutuamente asistencia diplomática, moral y si es posible material, así como a ejercer la influencia adecuada sobre sus respectivos órganos.
6. La URSS insistirá en que todos los miembros de la Sociedad extiendan el reconocimiento *de jure*, si es que no lo han hecho, o cuando menos la carta de la Sociedad sea corregida para incluir una resolución con el fin de que todos los países miembros sean considerados para restablecer relaciones diplomáticas normales entre ellos, o que esta resolución sea adoptada en una sesión de la Sociedad. Este punto estipulaba además algunas modificaciones a los artículos 12 y 13 de la Sociedad de Naciones, oponiéndose, particularmente, al apartado que aprobaba la guerra como medio de resolver las disputas internacionales”<sup>96</sup>.

Litvinov pensaba que sólo mediante un compromiso de la URSS a la defensa de los demás países, los soviéticos podrían asegurarse aliados en caso de una agresión a su territorio. Stalin, quien en último término sancionaba las decisiones más importantes, aceptó el plan propuesto por Litvinov. Consideró que era acertado suponer que una reconciliación entre la Unión Soviética y Francia convendría a ambos países, teniendo en cuenta que Francia, al igual que la URSS, se sentía amenazada por la política exterior hitleriana. En el XVII Congreso del partido, celebrado en enero de 1934, el máximo dirigente soviético manifestó su satisfacción ante los logros diplomáticos alcanzados especialmente con Polonia y Francia. Aunque aseguró que esto no implicaría que la Unión Soviética abandonara su oposición al Tratado de Versalles, criticó las posturas antisoviéticas de los líderes nazis y no ofreció la paz a Alemania:

“Estamos a favor de la paz y de la causa de la paz. Pero no tememos las amenazas y estamos dispuestos a responder golpe por golpe a los agresores. Todo el que quiera la paz e intente establecer negociaciones con nosotros, siempre contará con nuestro apoyo. Pero aquellos que tratan de atacar nuestro país, serán objeto de aplastantes represalias que les enseñarán a no meter sus hocicos de cerdo en nuestro jardín soviético en el futuro.  
Ésta es nuestra política exterior”<sup>97</sup>.

<sup>95</sup> ZEMSKOV, I. N., e IVASHIN, I. F. (contribuyentes), *Soviet foreign policy...*, p. 300.

<sup>96</sup> Citado en: ZEMSKOV, I. N., e IVASHIN, I. F. (contribuyentes), *Soviet foreign policy...*, p. 300.

<sup>97</sup> *Semnadtsatyi siezd Vsesoiuznoi Kommunisticheskoi partii (b)*, 26 yanvaria-10 fevralia 1934, Stenograficheskii

Quedaba claro que los dirigentes soviéticos estaban dispuestos a salir de su aislamiento, por tal razón, no limitaron sus esfuerzos en las relaciones internacionales sólo a las negociaciones con los partidos de centro-izquierda, objeto de estudio en el siguiente apartado, sino que se orientaron paulatinamente hacia una política fundada en tratados de “seguridad colectiva”<sup>98</sup>. Con ese propósito, Stalin autorizó a su servicio diplomático para que solicitara el ingreso de la Unión Soviética en la Sociedad de Naciones en septiembre de 1934. “Su adhesión fue aceptada como un medio para sustentar el sistema de alianzas contra la Alemania nazi, así como para enlazar a Hitler en una red de garantías multilaterales”<sup>99</sup>.

Entretanto, el temor en el Kremlin se hizo mayúsculo cuando el objeto de preocupación que había mantenido el régimen desde principios de la década de los treinta, se hizo palpable. Hitler se retiró de la Sociedad de Naciones para prepararse para la guerra a un ritmo acelerado. En marzo de 1935 infringió las cláusulas del Tratado de Versalles concernientes al desarme, decretó el servicio militar obligatorio y anunció la formación de las fuerzas aéreas alemanas -la Luftwaffe-, así como su propósito de aumentar el ejército alemán hasta que contara con 550.000 hombres<sup>100</sup>. El miedo generalizado al resurgimiento alemán favoreció a Stalin, quien firmó acuerdos bilaterales de defensa mutua en mayo de 1935 con Francia y con Checoslovaquia de aplicación en el evento de que cualquiera de los firmantes sufriera una agresión tal como lo estipulaba la Sociedad de Naciones<sup>101</sup>. La amenaza que suponía la existencia del Tercer Reich, contribuyó a que estos Estados cambiaran su actitud hostil y su renuencia a vincularse con el régimen soviético, hecho que sin lugar a dudas marcó un importante precedente en la historia de la política exterior soviética, pues fue la primera vez que el régimen soviético suscribió una alianza con potencias capitalistas. No obstante, nunca se llegó a establecer un acuerdo militar con Francia, que en últimas, era lo que más le interesaba a la dirección soviética.

Pero lo peor de la crisis estaba por llegar. En marzo de 1936, cuando el líder nazi había logrado consolidar su poder internamente, anuló los acuerdos de Locarno<sup>102</sup> y, ante la ausencia de cualquier resistencia por parte de Francia y Gran Bretaña, volvió a quebrantar el Tratado de Versalles al enviar fuerzas alemanas a la desmilitarizada Renania. Mientras tanto, el extremo oriente se estaba convirtiendo en el polvorín de los japoneses: la intensificación de su armamento reveló al Gobierno soviético la posibilidad de guerra en el futuro próximo a través de un ataque directo al territorio soviético y chino. Por otro lado, el dictador fascista Benito Mussolini se embarcaba en una campaña de agresión en África. Sus tropas habían invadido a Etiopía el 3 de octubre de 1935 y sin

---

otchet, Moscú, 1934, pp. 13-14, (tomado de SERVICE, Robert, *Stalin: una biografía...*, p. 383).

<sup>98</sup> SERVICE, Robert, *Stalin: una biografía...*, p. 384.

<sup>99</sup> HASLAM, Jonathan, *The Soviet Union and the Struggle...*, pp. 1-2.

<sup>100</sup> POWASKI, Ronald, *La guerra fría...*, p. 56.

<sup>101</sup> PAYNE, Stanley G., *Unión Soviética, comunismo...*, p. 83.

<sup>102</sup> Conjunto de 8 acuerdos por los que Francia, Alemania, Bélgica, Checoslovaquia, Italia, Gran Bretaña y Polonia se comprometían a reforzar la paz en Europa después de la Primera Guerra Mundial.

encontrar ninguna oposición eficaz por parte de las potencias occidentales ni del país agredido, terminaron su conquista en mayo de 1936. “Era la primera fase de una tentativa de volver a crear un imperio italiano en la lejana África”<sup>103</sup>. Apenas dos meses después de concluida la guerra en Etiopía, estalló otra crisis, esta vez en la Península Ibérica: el 18 de julio de 1936 un golpe de Estado fallido llevado a cabo por una gran parte del alto mando militar contra el Gobierno de la Segunda República, dio inicio a la Guerra Civil española. El primer escenario en donde se enfrentarían las principales ideologías políticas de carácter revolucionario y reaccionario desarrolladas en Europa, así como el lugar en donde la Unión Soviética decidió intervenir con la premisa de aplicar la doctrina de la seguridad colectiva como un medio de su propia defensa y como medio para hacer frente al auge del fascismo en Europa, razones que constituyen el objetivo primario de este estudio.

---

<sup>103</sup> POWASKI, Ronald, *La guerra fría...*, p. 56.

### 3. EL VIRAJE DE 1935: DE LA ESTRATEGIA DE “CLASE CONTRA CLASE” A LA DEL “FRENTE POPULAR”.

El objetivo principal de este apartado es estudiar el cambio profundo de estrategia en la política de la Comintern de cara a la coyuntura internacional caracterizada, desde la perspectiva de los comunistas, por una creciente amenaza fascista. Para una adecuada comprensión de la posterior política soviética respecto a España, se considera importante examinar las decisiones de la Comintern que abrieron el camino a la creación de la estrategia de Frentes Populares. En el caso español, se ha de prestar especial atención a los diversos cambios tácticos en la política del Partido Comunista de España (PCE) de acuerdo a las líneas estratégicas impuestas por la Comintern: cómo de la línea adoptada con la proclamación de la Segunda República española, la cual tenía como meta final lograr la revolución proletaria y campesina en la Península Ibérica equiparable a la Revolución de Octubre de 1917, se pasó a la estrategia de frente único con los socialistas, antes denominados “socialfascistas”, para defender la democracia y hacer frente a la amenaza fascista y a la indiferencia de las potencias democráticas.

La política de la Internacional Comunista llevaba a su lado una compleja historia de variaciones y giros estratégicos más o menos profundos. Según sostiene el historiador Ángel Viñas<sup>104</sup>, una lectura posible de las diferentes tácticas adoptadas por la Comintern sugiere que en 1921, recién creada la organización, se adoptó como principal medida la estrategia del “frente único por arriba”, la cual consistía en la búsqueda de un acuerdo con la socialdemocracia con el fin de realizar la unidad de acción. Aquel intento de colaboración con los partidos socialistas se enmarcaba en la coyuntura de la lucha por extender la revolución hacia Hungría y Baviera, como se mencionó en el apartado anterior. Sin embargo, ante el fracaso y el aplastamiento de los propósitos revolucionarios en Alemania por parte de los Gobiernos constituidos por socialdemócratas, los dirigentes soviéticos determinaron en 1923 romper cualquier forma de colaboración con éstos. La ruptura se materializó en la adopción de nuevos estatutos al año siguiente en el V Congreso de la Comintern. La nueva estrategia se fundaba en un “frente único por abajo”, que continuaría la unidad de acción bajo la dirección comunista pero con las bases socialistas, es decir, dejando de lado a sus dirigentes, a quienes se les empezó a denominar “socialtraidores”. Poco tiempo después, en 1925, se evidenció un nuevo giro estratégico. El denominado “frente único por arriba” se volvió a poner en marcha debido a la alianza coyuntural dentro del PCUS entre Stalin y Bujarin tras la muerte de Lenin, en contra de la “oposición de izquierda” liderada por Zinoviev y Trotsky. Esta estrategia finalizó con la derrota de estos últimos y habiendo Stalin consolidado su poder personal, se dedicó a desarrollar su proyecto político del “socialismo en un solo país”. Por último, un nuevo viraje, que como se verá en este apartado, resultó contraproducente para la seguridad y los intereses del Estado

---

<sup>104</sup> VIÑAS, Ángel, *La soledad de la República: el abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética*, Crítica, Barcelona, 2006, pp. 98-99.

soviético, fue aprobado en el VI Congreso de la Comintern, realizado en Moscú en 1928, a la vez que se lanzaba la campaña “anti Bujarin”, para eliminarlo de la escena política por representar una supuesta amenaza para la supervivencia del régimen, se procedía a una lucha sin cuartel contra el trotskismo y se iniciaba la colectivización forzosa. Aquel viraje “ultraizquierdista”, de acuerdo a lo señalado por el Profesor Viñas, vino acompañado de un renovado énfasis en la identificación de la socialdemocracia como “socialfascismo” y promovió la consigna del “frente único por la base”. A partir de ese momento se propugnó la rígida estrategia de la lucha de “clase contra clase”, principal característica de lo que Stalin denominó el “tercer período” del capitalismo<sup>105</sup>.

Dado que para la Comintern el principal campo de batalla en Europa occidental seguía siendo Alemania, donde el Partido Comunista de Alemania (KPD) había adoptado una postura revolucionaria inflexible, España no ocupaba un lugar prioritario en las consideraciones de los dirigentes cominternianos. La situación cambió con el derrumbamiento en 1930 de la dictadura del general Primo de Rivera, que abrió en España un período lleno de agitaciones y de movilizaciones políticas ante la oportunidad de un cambio político y una transformación social. Este acontecimiento coincidió con la celebración del X Pleno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (CEIC), el cual llegó a la conclusión de que la Comintern reconociera oficialmente que España hacía parte entonces de los cinco países europeos (Alemania, Bulgaria, Hungría y Polonia) en los que se estaba poniendo en marcha la revolución<sup>106</sup>. Sin embargo, los dirigentes de la Comintern parecían ignorar por completo las débiles condiciones del ente designado a poner en marcha la revolución: el aislado PCE; y la situación española. El pronóstico cominterniano tropezaba fuertemente con la realidad, pues la revolución no era el objetivo político de la gran mayoría de los españoles, quienes concentraban sus fuerzas en la construcción democrática de la naciente República.

Por aquel momento, el PCE se configuraba como una organización poco o nada influyente en la arena política. A lo largo de los años de dictadura, se fue debilitando como producto de la represión del régimen y de las disputas internas, hasta llegar a tener sólo unos cientos de afiliados. Tampoco tuvo entonces mucho éxito el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), a pesar de ser una de las organizaciones obreras con mayor influencia. Aunque permaneció en la legalidad, su colaboración con el régimen para mejorar de posición le causó desprestigio; y los anarcosindicalistas, ofrecían un panorama de profunda división interna, tras años de indecisión entre el proyecto insurreccional y la adaptación al marco legal de la dictadura<sup>107</sup>.

---

<sup>105</sup> Este era el período en el que se produciría la crisis del capitalismo, después de su fase de implementación a lo largo del siglo XIX y de su fase monopolista-imperialista.

<sup>106</sup> PAYNE, Stanley G., *Unión Soviética, comunismo...*, p. 46.

<sup>107</sup> ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas...*, p. 142.

La proclamación de la Segunda República española anunció sorpresiva e inesperadamente a la Comintern, que se encontraba sumergida en las tribulaciones del período de “clase contra clase”, la llegada de la hora de la revolución española<sup>108</sup>. Desde 1923<sup>109</sup>, el escenario europeo no había mostrado condiciones oportunas para emprender un proceso revolucionario, por tanto, la coyuntura española fue considerada en Moscú una circunstancia ideal para crear un foco revolucionario y, a diferencia de lo que se intentaría durante la contienda española, se pretendía hacerlo a espaldas de las grandes democracias europeas. Así lo explicó Dmitri Manuilski<sup>110</sup> a los dirigentes comunistas españoles en el Secretariado de la Comintern, en octubre de 1931:

“La revolución española tiene una gran importancia internacional. Ella amenaza al imperialismo francés, que está enclavado entre el movimiento revolucionario de España y de Alemania. Al otro lado del canal de la Mancha se halla el movimiento revolucionario que se desencadena en Inglaterra. Por tanto, la suerte de la revolución española se halla estrechamente ligada con los problemas de todo el movimiento revolucionario internacional. La revolución española presenta también un interés capital desde el punto de vista de la experiencia internacional”<sup>111</sup>.

Los historiadores Elorza y Bizcarrondo<sup>112</sup> traen a colación una imagen significativa del 14 de abril de 1931: los pasajeros de un camión que recorría Madrid gritaban “¡Vivan los soviets!”, mientras que todo el mundo en las calles daba vivas a la República. Esta situación da cuenta de que en España realmente no existían las condiciones para lanzarse al camino de una revolución de tipo soviético. No obstante, a lo largo de ese año y del siguiente se siguieron discutiendo en el seno de la Comintern todas las posibles variantes de revolución democrático-burguesa, democracia de tipo soviético, dictadura democrática, revolución burguesa y revolución proletaria que se pudieran ajustar al caso español. De hecho, desde 1929, ante el inminente desplome de la dictadura y el aumento de las movilizaciones, preludeo del cambio de régimen, la Comintern había preparado un esquema teórico que conducía a la “transformación revolucionaria y anticapitalista de España”. Los dirigentes cominternianos aseguraban que las masas inevitablemente se revelarían contra todo signo capitalista y, dada la coyuntura, no habría otro camino que tomar sino el de la lucha revolucionaria:

“Existe en España una situación política muy tensa, una situación en que el descontento de las amplias masas obreras y pequeñoburguesas de la ciudad y del campo podría rápidamente, desde una primera fase de seria lucha contra la dictadura de Primo, degenerar en una verdadera gran lucha revolucionaria contra la monarquía, contra el alto clero y los terratenientes, contra la alta burguesía bancaria, industrial y comercial, en suma, contra todo el régimen político existente y contra el mismo orden capitalista”<sup>113</sup>.

---

<sup>108</sup> *Ibíd.*, p. 142.

<sup>109</sup> Año en que se dio la última oportunidad de revolución en Alemania en medio de la crisis del Ruhr.

<sup>110</sup> Uno de los principales dirigentes de la Comintern durante las décadas de los veinte y treinta y firme defensor de la política de Stalin a partir de 1929, relativa a la Teoría del Socialfacismo.

<sup>111</sup> MANUILSKI, “La revolución española y la necesidad del viraje del Partido Comunista”, *Bolchevismo*, Madrid, 1932, núm. 1, p. 38, (tomado de ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas...*, p. 142).

<sup>112</sup> ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas...*, p. 143.

<sup>113</sup> “Protokoll Nr. 33 der Sitzung des Politsekr. Vom 3. Mai 1929”, en Centro Ruso de Conservación y Estudio de la Documentación de Historia Contemporánea (antiguo Instituto de Marxismo-leninismo) CRCEDHC, 495-3-137, (tomado de ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas...*, p. 146).

A partir de este esquema teórico se empezaron a delinear los objetivos políticos y las tareas que debía desarrollar el PCE, principal conductor de la revolución, para organizar y poner en acción a las masas; todo esto, por supuesto, bajo la estricta dirección y vigilancia de la Comintern, a la cual debían demostrar una adhesión incondicional y estar dispuestos, ocurriera lo que ocurriera, a acatar sus decisiones. El objetivo político más destacable era que se debía instaurar en la Península Ibérica no una dictadura del proletariado, sino algo denominado “dictadura democrática obrera y campesina, dadas las supervivencias feudales y asiáticas [sic] en la sociedad española”<sup>114</sup>. El cambio de régimen no debía considerarse como el momento de apertura a una fase democrática, sino como la oportunidad de poner en marcha un proceso revolucionario contra las clases dominantes. Y esto incluía oponerse al recién establecido régimen republicano, al igual que hicieron los bolcheviques en octubre de 1917. Por tanto, el PCE no debía brindar ningún tipo de apoyo a la República “capitalista pseudo-democrática” ni aliarse bajo ninguna circunstancia con los socialistas españoles. En lugar de ello, había de ocuparse de la agitación revolucionaria entre los obreros y los campesinos con el fin de prepararse lo antes posible para una “España soviética”<sup>115</sup>. El PCE se encargaría de lanzar a las masas contra las fuerzas del antiguo régimen, por aquello del feudalismo, y enlazar esa lucha con la creación de soviets; en ningún caso debía defender la República ni conceder el menor crédito a las “ilusiones democráticas”<sup>116</sup>. En términos generales, la revolución española debía reproducir el patrón de la revolución rusa, inspirándose en el ejemplo de los bolcheviques que lucharon como una fuerza independiente, pero también como la vanguardia revolucionaria. Por otro lado, y teniendo en cuenta que la estrategia de “clase contra clase” imperaba por aquel entonces, a los líderes socialistas y anarquistas se les empezó a calificar como los traidores de la revolución:

“El Partido Comunista debe también hacer comprender a las masas trabajadoras que los jefes socialistas y anarquistas de España están precisamente contra los soviets, porque los soviets son los verdaderos órganos de la revolución, la verdadera expresión de la democracia revolucionaria de obreros y campesinos”<sup>117</sup>.

De acuerdo con esta estrategia, el PCE debía tener claro que la Asamblea Constituyente que estaba a punto de ser elegida por medios democráticos no representaba más que una “tentativa de estrangular la revolución”. A este respecto, el Secretario General del PCE, José Bullejos, afirmó en las reuniones celebradas en Moscú el 17 y 19 de mayo de 1931 entre los dirigentes de la Comintern y la delegación española: “El primer papel de nuestro partido consiste en demostrar a la clase obrera y campesina el verdadero carácter de esta República y de este modo movilizar a las masas contra la

---

<sup>114</sup> “Projet de lettre de l'IC au Parti Communiste d'Espagne”, mayo de 1929, en CRCEDHC, 495-3-137, (tomado de ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas...*, p. 146).

<sup>115</sup> MCDERMOTT, Kevin y AGNEW, Jeremy, *The Comintern...*, pp. 106-107.

<sup>116</sup> ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas...*, p. 147.

<sup>117</sup> COMÍN, Eduardo, *Historia del Partido Comunista de España*, I, Madrid, 1967, p. 293, (tomado de ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas...*, p. 147).

República”<sup>118</sup>. A esta última se le acusaba de ser un mero instrumento político de la burguesía bajo la dirección del capital financiero, industrial y comercial, incapaz de solventar los problemas que preocupaban al país. Con este argumento, quedó demostrado que el PCE se oponía firmemente a la República apenas proclamada. Aunque para Manuilski y los otros dirigentes cominternianos no cabía ningún tipo de complacencia hacia la República, tampoco estaban de acuerdo en que los comunistas españoles hicieran proclamas como “¡Abajo la República!”; por el contrario, debían hacer ver que defendían una República de otro tipo, la de los obreros y los campesinos.

Según Manuilski, la revolución española tenía una gran importancia geopolítica para la URSS, pues España estaba a la espalda de Francia y enlazaba con el supuesto proceso revolucionario en marcha en Alemania, y la responsabilidad de los tímidos progresos del PCE no se debían a unos u otros errores, sino a la dirección del partido. En términos del dirigente soviético, la fórmula a aplicar era la de siempre: “la revolución democrático-burguesa había de transformarse en proletaria, pero el principal obstáculo para lograrlo era la dirección del partido”<sup>119</sup>:

“[...] tenemos en España un partido que yo podría llamar un partido sin organización, es decir, sin comités regionales, sin sesiones de comité de dirección, etc. Hay un grupo que detenta el poder en nombre de la revolución, de la tradición y que nunca ha consultado a los miembros de la base”<sup>120</sup>.

Los continuos enfrentamientos y desacuerdos entre los dirigentes de la Comintern, encabezados por Manuilski, y la delegación española, presidida por Bullejos, no supuso en modo alguno que la Comintern abandonara sus propósitos revolucionarios en España. El movimiento huelguístico y en particular el levantamiento anarquista que se llevó a cabo en enero de 1932 hicieron que los cominternianos volvieran la mirada hacia la Península y se despertara su interés por poner en marcha la tan esperada lucha revolucionaria. Para eso, se hacía necesario redefinir los objetivos políticos y las tareas del PCE, comenzando por una reorganización de los cuadros dirigentes del partido. De acuerdo con esto, se preparó el relevo en la dirección española. La presidida por Bullejos estaba causando muchos disgustos en Moscú, principalmente por su “enfrentamiento” a la línea política y su “desacato” a las instrucciones de la Comintern. Acusándolo de tener “tendencias sectarias y métodos de acción anarquistas”<sup>121</sup>, la Comintern lo removió de la dirección. Fue sucedido por José Díaz y Dolores Ibárruri en septiembre de ese mismo año.

En el ya clásico trabajo de Elorza y Bizcarrondo se indica que el período que sigue a la expulsión del grupo de Bullejos se identifica en el Archivo de la Comintern en Moscú como la “perestroika del PCE”. Según la historia oficial comunista, en 1932 se inició la etapa de transformación del PCE, cuando su nueva dirección empezó a mostrar mejoras en el desarrollo y

<sup>118</sup> “Secrétariat Romain. Question espagnole” (Informe de Bullejos), 17 de mayo de 1931, p. 2, en CRCEDHC, 495-32-76, (tomado de ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas...*, p. 148).

<sup>119</sup> ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas...*, p. 154.

<sup>120</sup> “Protokoll (A) Nr. 121 der ausserordentlichen Sitzung des EKKI 21.X.1931”, intervención de Manuilski, p. 5, en CRCEDHC, 495-3-291, (tomado de ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas...*, p. 154).

<sup>121</sup> ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas...*, p. 155.

fortalecimiento del partido, especialmente en el acercamiento a las masas, corrigiendo la orientación estrecha y dogmática que frenaba el desarrollo de la organización<sup>122</sup>. Aunque esta historiografía hable del comienzo de un período lleno de cambios, lo cierto es que la línea política del PCE no cambió sustancialmente con la señalada depuración de los cuadros dirigentes. La lucha a muerte contra la “República contrarrevolucionaria” y el “desenmascaramiento a sangre y fuego de los socialfascistas” y de los jefes anarquistas fue la versión española de la estrategia de “clase contra clase”:

“Son los jefes socialistas y los dirigentes de la UGT los que organizan luchas fratricidas entre obreros de distintas ideologías, los que forman bandas de esquirols, los que contribuyen con su política al fusilamiento de obreros y campesinos, los que aplauden todas las medidas gubernamentales de represión sangrienta del movimiento revolucionario, los que organizan actos de provocación y luego incitan a la exterminación del Partido Comunista”<sup>123</sup>.

Los duros ataques al PSOE y el radicalismo verbal no cesaban. Se hacían evidentes sobretodo en los titulares del diario comunista *Mundo Obrero*, en donde se acusaba a los jefes socialistas de servir a la contrarrevolución y al fascismo. Aunque en el Pleno del Comité Central del PCE celebrado en abril de 1933 se habló de frente único contra la dictadura fascista, temor reforzado por la ascensión de Hitler al poder, se decidió guardar fidelidad a la línea política de la Comintern, pues lo contrario daría lugar a ser acusado de trotskista. Habiendo quedado demostrado que la idea de los soviets había fracasado en el modelo revolucionario español, el Secretariado Romano de la Comintern<sup>124</sup> dio instrucciones de crear comités en los diferentes lugares de trabajo. Estos podrían ser comités de taller, de fábrica, de cortijo o de buque, siempre y cuando fueran comités de lucha que condujeran a la gestación de una “dualidad de poderes enfrente al poder burgués-latifundista”<sup>125</sup>. Según el Presidente de la sección española en el Secretariado, Stepanov, la creación de los comités de fábrica y de campesinos sería el remedio perfecto para la división del proletariado español: de este modo, los obreros de cada fábrica organizarían la toma del poder, luego se crearían los soviets y con ellos, vendría la victoria de la revolución.

La reiterada insistencia de los comunistas en culpar a los socialistas y criticar a la democracia dejó poco espacio para consolidar los primeros intentos de hacer frente unitariamente al fascismo tras la subida de Hitler al poder y a la publicación en Madrid del primer semanario fascista el 16 de marzo de 1933. Cuando los socialistas madrileños convocaron a una reunión el día anterior para unificar esfuerzos contra el fascismo, los comunistas mostraron voluntad de colaborar. De

<sup>122</sup> IBÁRRURI, Dolores, dir., *Historia del Partido Comunista de España*, Varsovia, 1969, p. 79.

<sup>123</sup> “Resolución del Buró Político del Comité Central del PCE (SE de la IC), sobre la situación internacional y nacional y las tareas del Partido”, en *Mundo Obrero*, 4 de febrero de 1933. Publicado como folleto, *¡Por la tierra, el pan y la libertad!*, Barcelona, s. a., p. 15, (tomado de ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas...*, p. 173).

<sup>124</sup> Secretariado latino-europeo de la Comintern. El Presidente de la sección española del Secretariado Romano era el búlgaro Stoian Mineev, alias Stepanov.

<sup>125</sup> Carta a “Queridos Camaradas”, 7 de enero de 1933, p. 3, en CRCEDHC, 495-32-214, (tomado de ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas...*, p. 174).

hecho, presentaron una serie de propuestas para la formación de comités y milicias antifascistas con el fin de crear un frente único contra el peligro de una dictadura fascista en España. No obstante, la acción unitaria no llegó más allá de la quema de los ejemplares del semanario *El fascio* al salir éste a la calle. Las conversaciones entabladas entre los comunistas y el dirigente socialista Trifón Gómez no concluyeron positivamente. En todo caso, los comunistas no esperaron demasiado para poner en marcha el trabajo por su cuenta. A los pocos días de divulgar la consigna antifascista, celebraron un mitin en Madrid destinado a lanzar el “frente único proletario antifascista”, en el que el único protagonista real era el PCE; y aunque el objetivo era organizar el antifascismo, al final se centraron, como usualmente habían hecho, en la condena de los jefes socialistas como aliados de la oposición<sup>126</sup>.

En diciembre de 1933, durante la celebración en Moscú del XIII Pleno de la Comintern, se discutió el tema español, llegándose a la conclusión de que los planteamientos políticos del PCE no habían cambiado, con excepción de aquellos referidos a cuestiones de organización. De aquella actitud en el seno de la Comintern se puede interpretar que, en términos generales, los teóricos moscovitas seguían tomando en consideración las posibilidades de una evolución española equiparable al esquema de la Revolución de Octubre de 1917. Según su visión, el país estaba preparado para el paso al socialismo. Es evidente que la rigidez de la estrategia de “clase contra clase” cedía paso a un total pragmatismo.

El golpe contundente de la derecha católica contra las organizaciones socialistas en Austria, acaecido en febrero de 1934, fue percibido por los socialistas españoles como un verdadero llamado de advertencia ante la proximidad del peligro fascista. Probablemente los comunistas lo percibieron de la misma manera, pero la inflexibilidad de la política cominterniana impidió cualquier acción conjunta. Aunque se alertó a las masas trabajadoras del peligro de reacción, la solución siguió siendo la misma de siempre: crear comités de fábricas, de campesinos, milicias, etc, y denunciar al PSOE y a la CNT (Confederación Nacional del Trabajo). La Comintern, por su parte, se dio a la tarea de culpar a la socialdemocracia austriaca por la derrota de la izquierda. Según ésta, los socialdemócratas habían sometido a los obreros a la explotación burguesa; en consecuencia, los únicos que habían actuado correctamente habían sido los comunistas. Tras estas acusaciones, la dirección cominterniana hizo un llamado a los partidos comunistas de todos los países a movilizarse, a protestar y a reforzar la lucha contra la socialdemocracia. La línea política de la Internacional Comunista alcanzaba cotas máximas de estancamiento<sup>127</sup>.

En el interior del PCE, no obstante, sí se llegó a plantear la urgente necesidad de un acuerdo con las direcciones del partido socialista y de los partidos republicanos para una unidad de acción

---

<sup>126</sup> ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas...*, pp. 175-176. En aquel mitin se aprobó el nacimiento de las MAOC (Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas de Madrid).

<sup>127</sup> *Ibíd.*, pp. 187-188.

contra el fascismo. Quien lo hizo, el líder comunista José Antonio Balbontín, abandonó consecuentemente el partido tras ser informado por el delegado de la Comintern en España, Victorio Codovilla, “que semejante posibilidad no existía entonces y quizá nunca existiría”<sup>128</sup>. En uno de sus recuerdos, expuesto en el trabajo de Elorza y Bizcarrondo, Balbontín manifiesta cómo los pensamientos dentro del PCE diferían en cierta medida de la línea política impuesta por la Comintern:

“Mucho antes de que la Tercera Internacional recomendase -por la autorizada voz de Dimitrov- a los comunistas de todo el mundo la formación del frente único con los demás sectores proletarios, y no sólo “por la base”, como antes se decía, sino también por arriba y por en medio, especialmente por arriba, ya que los trabajadores de todas las tendencias y, en primer término los comunistas, habían comprendido esta necesidad apremiante.

Cuando yo propuse, a raíz del triunfo electoral de las derechas en noviembre de 1933, que el Partido Comunista conversara directamente con la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista para concertar con ella una acción común, la mayoría de los comunistas españoles participaba de mi pensamiento. Se me dijo entonces que semejante pretensión constituía una abominable herejía antimarxista”<sup>129</sup>.

El lento deslizamiento hacia el cambio en la línea estratégica de la Comintern dio su primera señal con la leve revisión de la política sindical española de “clase contra clase” en una reunión de la Comisión Política de la Comintern, presidida por Manuisky en abril de 1934, a instancias de Dolores Ibárruri. El principal motivo expuesto por la líder comunista en Moscú para revisar la estrategia sindical fue que aquella táctica no lograba otra cosa más que el aislamiento total. De este modo, y por iniciativa de Manuisky, se anularon algunos acuerdos establecidos en años anteriores y se convocó a nuevas reuniones en Moscú para acometer una revisión más crítica. Pese a que se empezó a percibir un ambiente de cambio en el círculo comunista español, el planteamiento de considerar a los socialistas el enemigo principal seguía más que vigente. Cuando la coyuntura política se hizo especialmente difícil a comienzos del verano de 1934, los comunistas consideraron una unidad de acción con los socialistas, pero sólo desde el punto de vista de la captación. Las instrucciones que envió el Secretariado Romano para que el PCE propusiera un frente único al partido socialista, sugerían que dicho acercamiento se podría aprovechar para conseguir la hegemonía del PCE a través del desgaste político del PSOE y así ganar militantes para la esperada revolución de tipo soviético:

“El objeto es tomar contacto con las organizaciones socialistas revolucionarizadas [sic] y, dada la situación actual en que casi todas las organizaciones sindicales están en la ilegalidad, nos será fácil hacer comprender a los obreros socialistas la necesidad de organizar los comités en los lugares de trabajo”<sup>130</sup>.

<sup>128</sup> BALBONTÍN, J. A., *La España de mi experiencia*, pp. 279-280, citado en: ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas...*, p. 188.

<sup>129</sup> BALBONTÍN, J. A., “Azaña y el proletariado, III. Azaña y los comunistas”, *Heraldo de Madrid*, 23 de noviembre de 1935, (tomado de ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas...*, pp. 188-189).

<sup>130</sup> “Quelques questions à poser dans la lettre ouverte aux ouvriers socialistes et à la direction du Parti Socialiste d'Espagne”, pp. 6-7, en CRCEDHC, 495-32-222, (tomado de ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas...*, p. 191).

Así pues, la táctica no había cambiado mucho y los objetivos seguían siendo los mismos aun cuando la tarea del momento fuera la lucha contra el fascismo. La valoración que los dirigentes cominternianos seguían manteniendo de la sociedad y la evolución política españolas era incoherente y contradictoria. Este hecho, junto a la rigidez de su estrategia política, no tardaron en ocasionar graves consecuencias en el seno del PCE. Contrariamente a lo que se esperaba en Moscú, el partido español no sólo había dejado de crecer, sino que empezaba a perder efectivos en preocupantes cantidades. Ese inesperado declive a lo largo y ancho del territorio español revelaba, en términos generales, un indudable estancamiento del PCE. Y no es de extrañar; la coyuntura política había sufrido un cambio de ciento ochenta grados con la llegada del nuevo Gobierno republicano de centro-derecha, surgido de las elecciones de noviembre de 1933. Los obreros y los trabajadores habían comprendido que no era lo mismo un Gobierno con participación del PSOE, que uno sin él. Por tanto, si surgía una nueva preocupación en la izquierda, reforzada por la desconfianza que provocaban los acontecimientos en Alemania y Austria, la radicalización que se estaba produciendo en el partido socialista<sup>131</sup> y las Alianzas Obreras en formación constituían referentes más seguros que un PCE aislado para la resistencia armada contra la amenaza de una toma fascista del poder<sup>132</sup>. En estas circunstancias, el único camino posible para que el PCE se convirtiera en la fuerza revolucionaria vanguardista que deseaba ser, era abandonar su política sectaria y su continuo enfrentamiento con las otras fuerzas de izquierda.

Por aquel entonces, se empezaron a sentir aires de cambio en la capital soviética. Los historiadores Elorza y Bizcarrondo sugieren que esto se debió no sólo a la triunfal llegada del búlgaro Georgi Dimitrov<sup>133</sup> a Moscú, tras su encarcelamiento en Alemania por la quema del Reichstag y el inicio de su campaña contra el sectarismo como nuevo Secretario General de la Comintern, sino a la misma autorización de cambio dada por Stalin, tras los rápidos progresos en la política de amistad entre la URSS y Francia, establecida a modo de contrapeso al pacto de no agresión germano-polaco de 26 de enero de 1934<sup>134</sup>. Fuera como fuera, en el seno de la Comintern se dispusieron a adoptar una nueva estrategia más unitaria encabezada por Dimitrov, quien se convirtió en el responsable de la comisión encargada de preparar el punto del orden del día sobre el antifascismo para el siguiente Congreso Mundial de la Comintern en agosto de 1935. El líder búlgaro advertía que con la denominación de la socialdemocracia como socialfascismo “nos hemos cerrado a nosotros mismos el camino hacia los obreros socialdemócratas”; por tanto, el camino del

---

<sup>131</sup> El historiador Frank Schauf consideraba que tras la llegada de Hitler al poder se produjo en una serie de partidos socialistas una radicalización que reunió esfuerzos revolucionarios para la resistencia armada contra la amenaza fascista. Ver SCHAUFF, Frank, *La victoria frustrada...*, pp. 87-88.

<sup>132</sup> ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas...*, p. 210.

<sup>133</sup> Dimitrov había sido jefe de la oficina de la Comintern para Europa occidental, con sede en Berlín. Fue arrestado tras el incendio del Reichstag, pero su firme autodefensa durante el juicio y el haber logrado humillar a Göring durante el mismo, lo convirtió en un héroe comunista. En: PAYNE, Stanley G., *Unión Soviética, comunismo...*, p. 83.

<sup>134</sup> ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas...*, pp. 210-211.

frente único debía consistir en un “factor real del desarrollo de la lucha de masas contra el avance del fascismo”<sup>135</sup> y no en una oportunidad para destrozarse a la socialdemocracia, tal como lo establecía el planteamiento de “clase contra clase”. Quién mejor que Dimitrov para afirmar con precisión que el nuevo peligro lo representaba el expansionismo nazi. El tiempo que estuvo viviendo en Alemania le fue suficiente para conocer a los nazis y hablar del alto riesgo de expansionismo según los planes de conquista de Hitler, que incluían a la URSS<sup>136</sup>.

Para el PCE había llegado la hora de cambiar y Codovilla, el delegado de la Comintern en España, no tardó en transformar su discurso excluyendo las viejas tácticas, en especial el insistente plan de crear comités de fábricas y de campesinos impuesto por el Secretariado Romano, y anunciando las nuevas tareas a ejecutar en España. Prueba de ello fue su intervención ante la comisión Dimitrov, el 15 de julio de 1934:

“[...] las masas trabajadoras de España se apoderaron de esta idea: es preciso reunir en un solo bloque a todas las fuerzas obreras que existen, a todos los partidos que luchan contra el fascismo, hay que alzar un dique contra el fascismo, hay que impedir su marcha ascendente, sin discusiones sobre la táctica y el programa, sin ver si se crean o no comités de fábrica y comités de campesinos; lo que hay que hacer ahora es crear un bloque antifascista y reunir a todas las fuerzas para alcanzar este objetivo”<sup>137</sup>.

A mediados de septiembre de ese mismo año, el PCE ya había hecho público su ingreso en las Alianzas Obreras<sup>138</sup>, las mismas que dirigirían la revolución de octubre de 1934 en Asturias. Cuando llegaron a Moscú las noticias de la insurrección, la sede de la Comintern no tardó en mostrar su entusiasmo; sin embargo, la prensa soviética, con el objeto de tranquilizar a las democracias de Europa occidental, insistió en que se trataba únicamente de una lucha defensiva contra el fascismo<sup>139</sup>. Aunque la toma de posición general ante los acontecimientos revolucionarios fue asumida por instancias superiores a la Comintern de acuerdo a los intereses de la política exterior soviética, las decisiones políticas adoptadas por la Internacional respecto a la actuación del PCE a lo largo de los hechos fueron fluctuantes. En los primeros días, ante la imagen de una posible revolución se dieron instrucciones de entorpecer alianzas que se extendieran hasta la pequeña burguesía republicana. Sin embargo, una vez constatada la derrota del levantamiento, el interés se situó en aprovechar el fracaso, al atribuirlo a los socialistas, con el consecuente ensalzamiento del valor revolucionario del PCE. El cambio en el discurso también se observó en la prensa: *Izvestia* declaró una vez confirmado el fracaso que “la insurrección había sido un avance significativo en el

<sup>135</sup> Cita de: ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas...*, p. 211.

<sup>136</sup> *Ibíd.*, p. 212.

<sup>137</sup> Intervención de Codovilla ante la Comisión Dimitrov, 15 de julio de 1934, p. 37, en CRCEDHC, 494-1-105, (tomado de ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas...*, p. 214).

<sup>138</sup> Las Alianzas Obreras se constituyeron a través de pactos firmados por distintas fuerzas obreras españolas, durante el segundo bienio de la Segunda República, con el fin de hacerle frente a la amenaza “contrarrevolucionaria” del nuevo Gobierno de centro-derecha elegido en noviembre de 1933.

<sup>139</sup> PAYNE, Stanley G., *Unión Soviética, comunismo...*, p. 82.

camino a la liberación del proletariado español”<sup>140</sup>.

Para finales de 1934, el tono en la crítica a la socialdemocracia recuperaba el duro acento de 1931-1933, propio del período de “clase contra clase”. La prioridad de los comunistas españoles era nuevamente lanzar ataques a los socialistas principalmente por dos razones: de un lado, porque la Segunda Internacional había rechazado los llamamientos comunistas a la acción unitaria; de otro, porque el fracaso del levantamiento de octubre proporcionaba la ocasión perfecta para criticar a sus promotores y para exhibir la dureza comunista en la lucha, logrando así la captación de los trabajadores socialistas revolucionarios.

El comportamiento del PCE respondía, consecuentemente, a las instrucciones emanadas de la Comintern, quien había decidido endurecer la crítica contra las organizaciones socialistas. El rechazo mayoritario de la Segunda Internacional a toda acción unificada con los comunistas motivó, desde el 18 de noviembre, un regreso a la “política de desenmascaramiento”<sup>141</sup>. Pero la actitud hostil hacia los socialistas venía de antes. Las recomendaciones iniciales de la Comintern al PCE a mediados del mes de octubre, es decir, en el transcurso de la revolución de Asturias, se encaminaban a arremeter únicamente contra los anarcosindicalistas y los socialistas moderados. Luego, tras la derrota del pronunciamiento, se dieron instrucciones de evitar que las organizaciones socialistas mantuvieran su prestigio de fuerza revolucionaria. En consecuencia, los dirigentes cominternianos ordenaron “desenmascarar ante las masas hechos concretos de sabotaje por parte de los jefes socialistas [...] y demostrar que el objetivo del partido socialista era de utilizar el potencial revolucionario de las masas para llegar hacia una nueva coalición gubernamental republicano-socialista”<sup>142</sup>. Los líderes hablaban a su vez de la necesidad de intensificar el frente único pero bajo la hegemonía del PCE. Y el medio propuesto para lograrlo fue el de lanzar críticas a la línea política del partido socialista, acusándolo de ser el causante de la derrota de la clase obrera.

La táctica comunista consistió, pues, desde fines de 1934, en el intento de alcanzar una alianza con el PSOE y de erosionar paralelamente a las organizaciones socialistas. Aprovechando la unidad de acción y las buenas relaciones con estos, la meta final del PCE seguía siendo el desgaste político y la absorción de sus supuestos aliados. Todas las líneas de actuación convergían hacia un mismo objetivo: explotar el impulso unitario de octubre para invertir la relación de fuerza con el mundo socialista (PSOE, Unión General de Trabajadores UGT y juventudes)<sup>143</sup>. Así pues, la coyuntura política española se dejó en un segundo plano después de los acontecimientos de octubre.

---

<sup>140</sup> ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas...*, p. 221.

<sup>141</sup> Telegrama de la Comisión Política al Comité Central del PCE y Delegación, 18 de noviembre de 1934, en CRCEDHC, 495-184-16, isj. 1933-1934, pp. 92-93, citado en: ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas...*, p. 225.

<sup>142</sup> Telegrama de la Comisión Política al Comité Central del PCE y a la Delegación de España, 22 de diciembre de 1934, en CRCEDHC, 495-184-16, isj. 1933-1934, p. 124, citado en: ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas...*, p. 225.

<sup>143</sup> ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas...*, p. 231.

El discurso en la Comintern empezó a mostrar leves cambios de actitud hacia la socialdemocracia cuando el tema de la amenaza fascista se situó en el primer punto de su agenda. En los análisis del dirigente comunista Palmiro Togliatti respecto a la situación española, aunque se hablaba con frecuencia del proletariado, de la lucha de masas o del PCE, se insistía en que la lucha debía direccionarse hacia la defensa contra el fascismo. El problema no residía ya en cómo favorecer el desarrollo de la revolución en España, sino en construir una barrera eficaz contra el avance del fascismo “anclado en los terratenientes y la Iglesia”<sup>144</sup>.

La exposición de la nueva política en España corrió a cargo del Secretario General del PCE, José Díaz, en un discurso pronunciado en Madrid el 2 de junio de 1935. Debido a que el “peligro fascista” asumía el protagonismo de una situación política que no bastaba resolver sólo con el entusiasmo de los comunistas, la fórmula que se propuso para hacer frente a la amenaza consistía en una alianza de fuerzas más allá de las clases trabajadoras. Su llamamiento para la creación de una Concentración Popular Antifascista o, como lo llamaba el dirigente comunista, de un Bloque Popular, se dirigió “en el plano social a los obreros y campesinos, a los empleados y funcionarios, a los intelectuales honrados, a los artesanos y a los pequeños industriales y comerciales y, en el plano político, a los obreros, campesinos, hombres libres, antifascistas y republicanos de izquierda”. En un momento determinado del discurso la convocatoria tomó rasgos aun más concretos, llegándose a invitar al PSOE, a los anarquistas, a los sindicalistas y a los republicanos de izquierda<sup>145</sup>.

La política soviética en general estaba experimentando un cambio significativo. Por una parte, Stalin había emprendido el camino opuesto al aislacionismo característico de su política, desarrollando la política de “seguridad colectiva”; por la otra, se estaba produciendo un proceso acumulativo de cambio en la política de la Comintern<sup>146</sup>. Dimitrov abogó por una nueva estrategia basada en la cooperación con los socialdemócratas para frenar al fascismo. Asimismo, sugirió la creación de un frente único con los socialistas y con las distintas organizaciones de la pequeña burguesía. Puesto que en aquel momento el líder búlgaro gozaba de gran prestigio entre los dirigentes cominternianos y más aun, contaba con el respeto de Stalin, su planteamiento empezó a tomar fuerza, aunque luego de librar una lucha interna con la vieja guardia, bastión de la “clase contra clase”. Además, ya estaba más que demostrado que los planes del movimiento comunista mundial habían fracasado tanto en Alemania como en China. Una evolución similar se manifestaba en Francia, a pesar de que había sido posible impedir un golpe de Estado de la extrema derecha en febrero de 1934. Y en Austria, los combates de los obreros socialdemócratas habían culminado sin éxito<sup>147</sup>.

---

<sup>144</sup> *Ibíd.*, p. 245.

<sup>145</sup> DÍAZ, José, *Nuestra bandera del Frente Popular*, Madrid-Barcelona, 1936, pp. 9,17 y 26, citado en: ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas...*, pp. 245-246.

<sup>146</sup> PAYNE, Stanley G., *Unión Soviética, comunismo...*, p. 83.

<sup>147</sup> SCHAUFF, Frank, *La victoria frustrada...*, p. 75.

Según el historiador Frank Schauf<sup>148</sup>, el punto de partida de la nueva orientación estratégica de la política de la Comintern fue la serie de acontecimientos desarrollados en varios países de Europa occidental tras el ascenso de Hitler al poder en enero de 1933 y la consecuente radicalización de la socialdemocracia, que se hizo manifiesta en los acontecimientos en París y especialmente de Viena a mediados de febrero de 1934, en el levantamiento español en octubre de 1934 y en el plebiscito sobre la pertenencia estatal del Sarre en enero de 1935. En estas circunstancias, Stalin y el Politburó tomaron en cuenta las propuestas de Dimitrov, aunque con determinadas condiciones, pues los dirigentes soviéticos se mostraban escépticos en cuanto a la eficacia de las nuevas tácticas. Debido a que el Partido Comunista francés (PCF) había pasado a desempeñar un papel crucial en la política de la Comintern tras los disturbios organizados por la extrema derecha el 6 de febrero de 1934 en París, se consideró que dicho escenario podría ser el campo de prueba de las estrategias planteadas por Dimitrov. Así, desde Moscú, Dimitrov y Manuilsky instaron al PCF a poner en marcha la táctica del frente único, lográndose finalmente el acuerdo entre comunistas y socialistas el 27 de julio de 1934<sup>149</sup>. Pero fue en el VII y último Congreso Mundial de la Comintern de agosto de 1935 cuando se dio el giro dramático en el plano conceptual<sup>150</sup>: se adoptó oficialmente la estrategia del Frente Popular. Formaban parte de ella una serie de innovaciones teóricas y tácticas. Dimitrov oficializó la nueva línea hacia la socialdemocracia, que ya no sería considerada el enemigo número uno; los comunistas eran consientes de que por sí solos no podían hacer frente a la emergencia de amenazas no desdeñables, y de que, por tanto, necesitaban buscar aliados donde pudieran encontrarlos. Además, se analizó y definió el fascismo como una “dictadura abiertamente terrorista de los elementos más reaccionarios, chovinistas e imperialistas del capitalismo financiero”<sup>151</sup>, dando, de esta forma, un giro a la dura crítica que hasta mediados de los años treinta se había dirigido a los socialdemócratas.

El informe de Dimitrov sobre el fascismo buscaba, además, cambiar la mentalidad de los comunistas con respecto a la democracia. Consideraba que la resistencia al fascismo exigía situarse en el terreno de la democracia y defenderla<sup>152</sup>; por tanto, hablar en aquellos momentos de una revolución proletaria equivalía a incurrir en un gravísimo error. La meta final seguiría siendo la democracia soviética, pero de momento el sentido antifascista debía llevar a la aceptación “momentánea” de la democracia burguesa y a la lucha por su conservación. Elorza y Bizcarrondo señalan que así nacía una corriente ideológica hasta entonces desconocida: el comunismo

---

<sup>148</sup> *Ibíd.*, p. 85.

<sup>149</sup> HASLAM, Jonathan, *The Soviet Union and the Struggle...*, p. 55.

El acuerdo entre el PCF y la SFIO (Partido Socialista francés) fue el precedente más importante de la estrategia de Frentes Populares aunque el primer frente único había surgido en junio de 1934 ante el referéndum sobre el estatus del Sarre y luego, a mediados de septiembre, el PCE había ingresado en las Alianzas Obreras, poco antes del levantamiento de octubre.

<sup>150</sup> VIÑAS, Ángel, *La soledad de la República...*, p. 99.

<sup>151</sup> Cita de: SCHAUFF, Frank, *La victoria frustrada...*, p. 76.

<sup>152</sup> ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas...*, p. 248.

democrático<sup>153</sup>. En definitiva, se iniciaba la estrategia que abrió el camino a la creación de Frentes Populares, con especial éxito en Francia en el verano de 1935, en España a principios de 1936 y en Chile en 1937.

La política de seguridad colectiva, acompañada de la estrategia del Frente Popular, se convertiría así en la solución coyuntural a las amenazas para la supervivencia del régimen soviético. La URSS, ante la frialdad de las potencias democráticas frente a las provocaciones alemanas, italianas y japonesas, se vio en la necesidad de buscar apoyo y consuelo en los movimientos favorables a la causa antifascista, llegando a concertar alianzas con fuerzas que antiguamente se consideraban sus enemigos acérrimos. El historiador Jonathan Haslam comenta con acierto esta evolución:

“El movimiento comunista internacional pasó de una rigidez sectaria total a la completa improvisación. Los viejos dogmas y los principios considerados anteriormente sagrados fueron destruidos sin contemplaciones como si fuesen iconos arcaicos representativos de tiempos superados ampliamente y barridos del suelo del congreso en una atmósfera de desesperación inducida por la gran amenaza que emergía de la Alemania nazi. El movimiento comunista internacional debía movilizarse en su totalidad para la guerra, en alianza con antiguos y futuros enemigos”<sup>154</sup>.

---

<sup>153</sup> *Ibíd.*, p. 248.

<sup>154</sup> HASLAM, Jonathan, *The Soviet Union and the Struggle...*, p. 58.

#### 4. STALIN BRINDA APOYO A LA REPÚBLICA.

Una de las preguntas más difíciles de resolver referidas a la dimensión internacional de la Guerra Civil española, ha sido el por qué Stalin decidió brindar apoyo a la República en el otoño de 1936. A diferencia de la intervención ítalo-germana a favor de los sublevados, hasta hace algunos años se tenía muy poca información documental de la ayuda soviética al Gobierno republicano. Con motivo de la apertura de algunos archivos otrora soviéticos, un gran número de investigadores se ha dado en los últimos años a la tarea de indagar en algunos de los documentos secretos relacionados con el proceso de la toma de decisión de Stalin de intervenir en la Guerra Civil. A pesar de los enormes avances hechos en la reconstrucción de dicho proceso, habrá que esperar a que las autoridades rusas autoricen la apertura del Archivo de la Presidencia, que contiene los expedientes de Stalin referentes a la Guerra Civil española, para avanzar en la explicación o aclarar las diversas preguntas en torno a las decisiones soviéticas.

La remilitarización de Renania en marzo de 1936 por las tropas del Tercer Reich demostró a Moscú la línea agresiva del nazismo. Esta violación al Tratado de Versalles y a los acuerdos de Locarno por parte de Alemania encendió la alarma en el Kremlin ante la desconfianza de una posible guerra. Fue en esta coyuntura cuando estalló la Guerra Civil española. Aquella no tardó en convertirse en una cuestión internacional. Los temores de Stalin se reforzaron cuando Hitler decidió ayudar al líder de los sublevados el 25 de julio de 1936 y Mussolini el 28 del mismo mes. Este hecho hizo pensar al máximo dirigente soviético y a sus más cercanos colaboradores que si el pronunciamiento contra el Gobierno republicano triunfaba, el equilibrio en Europa occidental se alteraría notablemente a favor de los regímenes fascistas, beneficiando el objetivo general de la política exterior nazi: el expansionismo. Por eso, no resultaba del todo erróneo pensar que dejar el camino libre a los agresores en la Península Ibérica podría constituir una desventaja para los intereses de la URSS y su proyecto antifascista<sup>155</sup>. Las circunstancias empujaban a contrarrestar la fuerza agresiva alemana. Sin embargo, Stalin actuaba con suma cautela en el escenario internacional. Una decisión en política exterior tomada a la ligera podría traer graves consecuencias para el desarrollo del socialismo en la URSS o para la propia supervivencia del régimen. Uno de los principales biógrafos del líder soviético escribe que “lo más destacable es la lentitud con la que se adaptaba a las crisis y a los cambios. Su primera reacción en los momentos clave era temporizar, darle vueltas a las cosas y, solamente después, adecuarse a la nueva tesitura”<sup>156</sup>.

Por otro lado, una victoria por parte de los sublevados apoyados por las potencias fascistas dejaría a Francia, única aliada de la URSS en Europa occidental y por tanto importante eslabón dentro del sistema de seguridad colectiva diseñado por los soviéticos, cercada en sus fronteras por tres vecinos hostiles; además, el consecuente colapso del Frente Popular en España establecería un

<sup>155</sup> VIÑAS, Ángel, *La soledad de la República...*, p. 20.

<sup>156</sup> CONQUEST, Robert, *Stalin: Breaker of Nations*, Penguin, New York, 1991, p. 69.

precedente peligroso para su homólogo francés. Según apunta el historiador J. Haslam, esto significaba que la Unión Soviética no podía permanecer mucho tiempo al margen<sup>157</sup>. Ante la negativa del Gobierno frentepopulista francés, encabezado por León Blum, a apoyar a la República y ante la ineficacia de la política de No Intervención en la Guerra Civil propuesta por el mismo Gobierno, el máximo dirigente soviético se vio empujado a tomar una decisión definitiva respecto a los acontecimientos españoles. Tras un cambio progresivo, según sostiene el Profesor A. Viñas<sup>158</sup>, Stalin consideró necesario brindar apoyo a la acosada República española.

Como se mencionó en el apartado anterior, a comienzos de 1936 se estableció en España el Frente Popular, que agrupó a diferentes partidos y organizaciones de izquierda<sup>159</sup> con el fin de luchar, desde su punto de vista, contra la amenaza fascista. En las elecciones a Cortes celebradas el 16 de febrero de 1936, el Frente Popular obtuvo 269 escaños de un total de 473<sup>160</sup>. Esta fue la primera vez que las fuerzas contrarias a la República conocieron una victoria política de la izquierda española. El triunfo del Frente Popular impidió, pues, avanzar hacia el poder a través del sufragio a las derechas antirrepublicanas, por esta razón, constituyó un acontecimiento de gran envergadura tanto a nivel nacional como internacional. Ante esta perspectiva, las fuerzas antirrepublicanas se organizaron e iniciaron un alzamiento militar para producir un cambio de régimen. Pero el pronunciamiento falló y el intento de golpe de Estado derivó en una guerra civil. En Madrid, los defensores de la República aplastaron la rebelión y, al cabo de unos días de fuertes combates, pudieron frenar el avance de las tropas sublevadas procedentes del norte. Los planes de la derecha antirrepublicana se vieron frustrados en poco tiempo, de no haber sido por el apoyo que le brindó Alemania e Italia desde finales de julio de 1936, probablemente los pro-republicanos habrían ahogado el levantamiento y evitado la guerra<sup>161</sup>. Todos estos acontecimientos llamaron inmediatamente la atención internacional. De acuerdo a lo señalado por el Profesor Viñas<sup>162</sup>, las consecuencias del golpe militar semifracasado y semiexitoso en la Península Ibérica afectaron en gran medida el equilibrio en las relaciones internacionales europeas. Aspectos estratégicos, políticos e ideológicos se vieron comprometidos principalmente por tres dinámicas relacionadas con el escenario europeo: la retracción inmediata de las potencias democráticas occidentales a ayudar al Gobierno republicano, el rápido apoyo de las potencias fascistas a los líderes militares sublevados y, al cabo de dos meses, la decisión de Stalin de intervenir a favor de la República<sup>163</sup>.

<sup>157</sup> HASLAM, Jonathan, *The Soviet Union and the Struggle...*, p. 107.

<sup>158</sup> VIÑAS, Ángel, *La soledad de la República...*, p. 21.

<sup>159</sup> El Frente Popular era integrado por las siguientes organizaciones: PCE, PSOE, UGT, POUM, Izquierda Republicana, Unión Republicana, Esquerra Republicana de Catalunya, Juventudes Socialistas y Comunistas y el Partido Sindicalista.

<sup>160</sup> Archivo de la Política Exterior de la Federación de Rusia (AVP RF), fondo 05, inventario 16, asunto 63, carpeta 119, p. 7, (tomado de RYBALKIN, Yuri, *Stalin y España...*, p. 32).

<sup>161</sup> Archivo Estatal de la Federación de Rusia (GARF), fondo 4459, inventario 12, asunto 2, p. 2, asunto 11, p. 101, (tomado de RYBALKIN, Yuri, *Stalin y España...*, p. 34).

<sup>162</sup> VIÑAS, Ángel, *La soledad de la República...*, p. 22.

<sup>163</sup> VIÑAS, Ángel, *El escudo de la República: el oro de España, la apuesta soviética y los hechos de mayo de 1937*,

Pese a que todavía no se han logrado documentar las reflexiones iniciales que se hicieron en el Politburó o en el Sovnarkom<sup>164</sup> sobre el golpe militar, sí se conocen las de la Comintern, reveladas por los historiadores Elorza y Bizcarrondo. Como se apuntó en el anterior apartado, la Comintern disponía de agentes o representantes en España con quienes mantenían una comunicación constante. La sublevación militar puso a la Comintern frente a una situación difícil. La primera comunicación enviada desde Moscú al PCE, el 17 de julio de 1936, contenía consejos e instrucciones, así como los principios básicos de la política que debían adoptar los comunistas frente a la crisis. Lo más importante continuaba siendo la conservación “al precio que fuera” de las filas del Frente Popular, ya que cualquier escisión sería utilizada por los sublevados a su favor. Las instrucciones incluían, además, la depuración de “los enemigos del pueblo”, en el Ejército, en la Policía y en las organizaciones responsables del pronunciamiento, así como la confiscación de propiedades de la aristocracia, que, según los cominternianos, estaba “oculta tras los conspiradores”; la formación junto a los partidos del Frente Popular, de milicias de obreros y campesinos; y la adopción de medidas preventivas contra los intentos saboteadores de los anarquistas “tras los cuales se ocultaba la mano de los fascistas”, según sostenían los dirigentes en Moscú<sup>165</sup>.

En la reunión del 23 de julio, cuando se abordó el tema español en el Secretariado de la Comintern, Dimitrov sentó las bases de lo que sería la política de la organización durante un largo período. Para ellos, la situación en España no debía aprovecharse para tratar de establecer una dictadura del proletariado ni, mucho menos, para crear soviets, como se propugnaba en el llamado “Tercer Período”; eso constituiría un error fatal. Las recomendaciones, por el contrario, versaban en torno a la defensa de la República democrática, la democracia y el orden republicano, frente al fascismo, la anarquía y la contrarrevolución<sup>166</sup>. Aconsejaban a los comunistas hacer causa común con la pequeña burguesía, con los campesinos y los intelectuales con el fin de fortalecer el régimen democrático. Dimitrov advirtió a los comunistas, además, de los excesos revolucionarios que, para entonces, ya estaban practicando los anarquistas. Cambiando el carácter radical de la anterior comunicación, el líder cominterniano aconsejó evitar la confiscación de fábricas y empresas, puesto que estas acciones podrían distanciar a la pequeña burguesía, a los intelectuales y a una parte del campesinado de los comunistas en la lucha contra los rebeldes<sup>167</sup>.

---

Crítica, Barcelona, 2007, p. 419.

<sup>164</sup> Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS. Máxima autoridad gubernamental del poder ejecutivo.

<sup>165</sup> Documento 1, Máximo Secreto, número 6485/Sp, fecha: 22 de julio de 1936, de: Moscú, a: España, número 266-275, fecha: 17 de julio de 1936, en: RADOSH, Ronald y HABECK, Mary, *España traicionada...*, pp. 41-43.

<sup>166</sup> Los mismos planteamientos que tenía la Comintern antes del golpe militar.

<sup>167</sup> Archivo Estatal de Historia Social y Política (RGASPI), colección 495, inventario 18, documento 1101, pp. 21-23, Secretariado del CEIC, 23-7-36 y Documento 7, Máximo Secreto, número 6595/Sp, fecha: 4 de agosto de 1936, de: Moscú, a: España, número 297-300, fecha: 31 de julio de 1936, en: RADOSH, Ronald y HABECK, Mary, *España traicionada...*, pp. 45-47 y 49.

Para entonces, la Comintern se había convertido en un instrumento de la política exterior soviética. Las instrucciones que la organización enviaba a los partidos comunistas de los diferentes países estaban subordinadas a las exigencias de la política de seguridad colectiva. El órgano encargado de definir la política exterior era el Politburó del PCUS, pero Stalin tenía la primera y la última palabra en todas las cuestiones<sup>168</sup>. El Sovnarkom la ejecutaba en gran medida y la Comintern aseguraba el enlace con los partidos comunistas nacionales a los que trataba de mantener en un línea coherente con las necesidades e intereses soviéticos. Es de destacar que, ante el estallido de la guerra en España, Stalin no tardó en alentar el debate sobre dicho tema en las esferas del Politburó y del Sovnarkom. El máximo dirigente soviético requería información y claridad sobre la situación, pues un movimiento en falso podía dañar los intereses de su política exterior y de seguridad<sup>169</sup>.

El impacto en Moscú del estallido de la Guerra Civil se puede analizar, con cierta cautela, desde el punto de vista de los informes que los diplomáticos occidentales enviaron a sus Gobiernos desde la capital soviética. Los italianos, británicos, franceses y norteamericanos tuvieron efectos muy significativos en particular. El encargado de negocios italiano, Vincenzo Berardis, informó a Roma el 23 de julio que la coyuntura española empujaba a la Comintern a ayudar al PCE, pues una eventual victoria de los sublevados podría tener graves repercusiones sobre Francia y, consecuentemente, afectaría la política de apoyo a los Frentes Populares. Según sostenía el diplomático, no se tenía una perspectiva muy clara en caso de que triunfaran los defensores de la República. Ello conduciría a una rápida soviétización de España, lo cual reforzaría el antibolchevismo en toda Europa y pondría en peligro los esfuerzos de la diplomacia soviética en firmar acuerdos con los Estados hostiles a la Alemania nazi y al expansionismo japonés. Un portavoz del Kremlin le había confirmado al encargado de negocios que los dirigentes soviéticos estaban desconcertados y muy molestos por los acontecimientos en España y que bajo ninguna circunstancia se entrometerían en los asuntos internos de la Península, donde tenían todo que perder y nada que ganar. En definitiva, según el representante italiano, al Gobierno soviético no le interesaba abandonar una política oficial de prudente neutralidad<sup>170</sup>.

Afirmaciones similares se filtraron por canales diplomáticos hacia la delegación norteamericana. Un alto cargo del Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores (NKID) le comunicó privadamente al encargado de negocios norteamericano el 31 de julio que el Gobierno soviético se había abstenido de hacer cualquier cosa que pudiera interpretarse como una injerencia en la cuestión española<sup>171</sup>. Aunque es posible pensar que el diplomático soviético le comunicara la postura oficial soviética “sin autorización previa” para alcanzar un fin particular, probablemente

---

<sup>168</sup> LEWIN, Moshe, *El siglo soviético: ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética?*, Crítica, Barcelona, 2006, p. 64.

<sup>169</sup> VIÑAS, Ángel, “La decisión de Stalin de ayudar a la República...”, p. 7.

<sup>170</sup> VIÑAS, Ángel, *La soledad de la República...*, pp. 140-141.

<sup>171</sup> *Ibíd.*, p. 141.

tranquilizar a los norteamericanos -las relaciones con ellos habían sufrido altibajos desde su establecimiento en 1933-, lo cierto es que la declaración del funcionario soviético era esencialmente exacta.

El desconcierto que reinaba en Moscú en referencia a los asuntos españoles empezó a superarse, no obstante, a medida que pasaba el tiempo y la defensa republicana iba quedando en desventaja respecto al avance de los rebeldes. Una de las señales del cambio paulatino en la postura soviética se hizo evidente el 1 de agosto en *Izvestia* cuando, con motivo del aniversario de la declaración de guerra del imperio alemán al imperio ruso en 1914, el periodista Karl Radek escribió que “la guerra se aproximaba y lo que ocurría en España exigía una respuesta inmediata. Era deber de las potencias occidentales forzar al Tercer Reich a elegir entre el aislamiento o la participación en la paz colectiva”<sup>172</sup>. Pronto se organizaron concentraciones en Moscú en protesta por la cooperación de las potencias fascistas con los sublevados. El 2 de agosto se celebraron mítines de solidaridad con la España republicana en numerosas empresas moscovitas. En una resolución aprobada por los obreros de una fábrica electromecánica, se decía: “Enviamos nuestro saludo fraternal a los trabajadores de España, que luchan heroicamente bajo la dirección de su Gobierno por la libertad, por la República democrática, contra el fascismo, contra los sublevados, contra los traidores a la patria. ¡Muera el fascismo! ¡Viva la victoria del pueblo español!”<sup>173</sup>.

Al día siguiente, la Plaza Roja de Moscú y las calles contiguas se abarrotaron con una multitud de aproximadamente 120.000 personas<sup>174</sup>. El motivo de la concentración, “la solidaridad del pueblo soviético con la justa lucha de la República española contra los facciosos”<sup>175</sup>, fue expresado convincentemente por la obrera E. Bystrova, de la fábrica Aurora Roja:

“Nuestros corazones están con los que en este momento sacrifican sus vidas en las montañas y calles de España, defendiendo la libertad de su pueblo. Mandamos nuestro saludo de fraternal solidaridad, nuestro saludo proletario a los obreros y obreras de España, a las esposas y las madres españolas, a todo el pueblo español. Y os decimos: recordad que no estáis solos, que estamos con vosotros”<sup>176</sup>.

El mitin tenía como finalidad, además, exhortar a los trabajadores soviéticos a recaudar dinero, ropa y víveres para ser enviados a la España republicana. En la gran manifestación de la Plaza Roja no intervino ningún alto cargo del PCUS o de la Comintern<sup>177</sup>, pero, aunque el periodista

---

<sup>172</sup> *Ibíd.*, p. 143.

<sup>173</sup> Pravda, 3 de agosto de 1936, (tomado de ACADEMIA DE CIENCIAS DE LA URSS, Instituto del Movimiento Obrero Internacional, Comité soviético de veteranos de guerra, *La Solidaridad de los pueblos con la República española: 1936-1939*, Progreso, Moscú, 1974, p. 337).

<sup>174</sup> También se celebró aquel día otro mitin de solidaridad con la España republicana en la Plaza de Palacio de Leningrado al cual asistieron aproximadamente 100.000 personas.

<sup>175</sup> ACADEMIA DE CIENCIAS DE LA URSS, *La Solidaridad de los pueblos...*, p. 338.

<sup>176</sup> KOLTSOV, Mijail, *Diario de la guerra española*, Akal, Madrid, 1978, pp. 7-8, (tomado de SMITH, Denis, “Estamos con vosotros: solidaridad y egoísmo en la política soviética hacia la España republicana” en PRESTON, Paul (ed.), *La República asediada: hostilidad internacional y conflictos internos durante la guerra civil*, Península, Barcelona, 1999, p. 155).

<sup>177</sup> Sólo intervinieron el Secretario del Consejo Central de los Sindicatos de la URSS, Nikolái Shvérník, dos obreros (P. Makárov y E. Bystrova), el escritor A. Fadéiev y el académico A. Fersman, en: ACADEMIA DE CIENCIAS DE LA

de *Pravda* Mijail Koltsov aseguró que la concentración moscovita no se había planeado con anticipación, sino que había sido organizada sobre la marcha, los diplomáticos occidentales estaban seguros de que dichos actos reflejaban la postura oficial soviética frente a la Guerra Civil española<sup>178</sup>. De hecho, el embajador de la República española en la Unión Soviética, Marcelino Pascua, manifestó a su Gobierno en varias ocasiones, durante su estancia en Moscú a partir de octubre de 1936, que la opinión pública en la URSS estaba tan controlada y dirigida que era posible percibir en ella una fiel muestra de las inclinaciones y pretensiones del Gobierno soviético<sup>179</sup>.

Las manifestaciones de solidaridad celebradas por todo el territorio soviético, así como la colecta de fondos para la España republicana, se hicieron con el fin de demostrar el descontento que causaba al Estado comunista la evidente intervención de las potencias fascistas en el suelo español. Aún así, la postura soviética siguió siendo cautelosa. A pesar de que algunos dirigentes cominternianos abogaban por un abierto apoyo soviético a los republicanos, un agregado militar francés que se encontraba en Moscú informó a París de la existencia de un grupo moderado, del que formaba parte Stalin, que quería evitar cualquier intervención en la guerra española “para no provocar una reacción de Alemania e Italia”<sup>180</sup>. En efecto, cuando el Gobierno francés planteó la posibilidad de que la Unión Soviética se uniera al proyecto anglofrancés de No Intervención, el Comisario adjunto de Asuntos Exteriores soviético Krestinsky respondió rápidamente al encargado de negocios francés, Jean Payart, que la propuesta le parecía correcta, ya que la Unión Soviética no estaba interesada en inmiscuirse en los asuntos españoles. Para adherirse a dicho acuerdo, el Gobierno soviético sólo pedía dos condiciones: 1) que Portugal se adhiriera también obligatoriamente al acuerdo; 2) que cesara inmediatamente la ayuda que prestaban a los rebeldes ciertos Estados. Los líderes soviéticos pensaron que, si la URSS participaba en la No Intervención, impediría a las potencias fascistas seguir utilizando el pretexto de una intervención soviética a favor de la República para apoyar a los sublevados. Por otro lado, consideraron que una intervención a favor de la República provocaría una reacción poco favorable en la opinión internacional, en particular, en el Reino Unido. En consecuencia, la esencia de la política de seguridad colectiva defendida por Litvinov se vendría abajo. De ahí el comentario del encargado de negocios italiano en Moscú, Berardis, de que “la iniciativa francesa había sido recibida con gran alivio, ya que eximía a Moscú de tener que elegir entre abandonar a la izquierda española o contribuir a precipitar una guerra europea”<sup>181</sup>.

---

URSS, *La Solidaridad de los pueblos...*, p. 338.

<sup>178</sup> SMITH, Denis, “Estamos con vosotros...”, p. 156.

<sup>179</sup> VIÑAS, Ángel, *El oro de Moscú: Alfa y omega de un mito franquista*, Grijalbo, Barcelona, 1979, p. 320.

<sup>180</sup> Ministère des Affaires Étrangères, *Documents diplomatiques Français 1932-1939*, serie 2, vol. 3, 19 de julio-19 de noviembre 1936, Imprimerie Nationale, París, 1966, p. 208, (tomado de SMITH, Denis, “Estamos con vosotros...”, p. 162).

<sup>181</sup> Ministero degli affari Esteri, *I documenti diplomatici italiani*, Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato, Roma, 1993, p. 761, (tomado de SMITH, Denis, “Estamos con vosotros...”, p. 162).

Una valoración interna soviética respecto a la Guerra Civil española se encuentra en un informe realizado por Pyotr A. Chubin, Director adjunto del Departamento de Información del Secretariado de la Comintern, que fue enviado a Dimitrov el 7 de agosto. Dicho informe es significativo por cuanto subrayaba que la injerencia de las dos potencias fascistas en España no se limitaba al envío de armamento y aviones a los sublevados, sino que incluía una participación directa en las operaciones militares. Para Chubin, sin el apoyo de Alemania e Italia los rebeldes no hubieran podido sostenerse. Por tanto, recomendó que la ayuda que el mundo democrático estaba dispuesto a otorgar a la España republicana se sustanciara lo más pronto posible, porque el fascismo no esperaba, sino que actuaba con una fuerza avasalladora. Cabe recordar que, en aquel entonces, la Unión Soviética estaba dispuesta a adherirse a la No Intervención con el fin de que los países más involucrados también lo hicieran. Aunque Chubin no clamaba por una intervención soviética, sabía que a través de la Comintern podía hacerse algo más. Tras el visto bueno de Dimitrov, se cursaron órdenes desde el seno de la Comintern a los partidos comunistas nacionales para que ejercieran presión sobre sus Gobiernos con el fin de que éstos cedieran en su rígida postura respecto a la República<sup>182</sup>.

Frank Schauff ofrece en su investigación un episodio, soportado documentalmente, respecto a las primeras muestras operativas de la decisión soviética de ayudar a la República. Según este historiador, la dirección soviética reaccionó a los acontecimientos españoles con mucha mayor rapidez de lo que se supone en la historiografía<sup>183</sup>. Teniendo en cuenta las declaraciones de Kliment Voroshilov, Comisario del Pueblo para la Defensa en la segunda mitad de los años treinta, la decisión de apoyar a la República española con personal pudo haberse adoptado a finales de julio o principios de agosto, puesto que las listas de la Administración Política del Ejército Rojo revelan que algunos oficiales iniciaron su labor de asesores en España el 17 de agosto de 1936<sup>184</sup>. Los documentos indican que el 9 de agosto, Voroshilov, presentó ante Stalin a dos asesores militares para que fueran enviados a España. Pocos días antes, el Director del Servicio de Inteligencia Militar (GRU) del Estado Mayor del Ejército Rojo (RKKA), Semyon P. Uritsky, había enviado al Comisario para la Defensa un documento breve en el cual enumeraba las características de dichos oficiales y, paralelamente, informaba a Stalin:

“Como asesor militar para los amigos propongo nombrar al comandante de brigada camarada Vladimir Efimovich Gorev-Vysokogórets. Me parece adecuado, para establecer una conexión de los amigos con nosotros, enviarle junto con el camarada Bruno Bundt, un instructor de radio del Departamento de Información”<sup>185</sup>.

---

<sup>182</sup> VIÑAS, Ángel, “La decisión de Stalin de ayudar a la República...”, pp. 7-8.

<sup>183</sup> SCHAUFF, Frank, *La victoria frustrada...*, p. 202.

<sup>184</sup> Archivo Militar Estatal Ruso (RGVA), fondo 9, registro 29, expediente, 315, pp. 17-19, listas de personal, s. f. (otoño de 1937), en: SCHAUFF, Frank, *La victoria frustrada...*, p. 202.

<sup>185</sup> RGVA, fondo 4, registro 19, expediente, 18, p. 60, carta de acompañamiento de Voroshilov a Stalin, 9 de agosto de 1936, (tomado de SCHAUFF, Frank, *La victoria frustrada...*, pp. 201-202).

Además, después de que José Giral enviara el famoso telegrama del 25 de julio al embajador soviético en París, el Comisario adjunto de Asuntos Exteriores Nikolai Krestinsky envió una carta el 9 de agosto a Stalin<sup>186</sup> informándole de que el Gobierno republicano había solicitado, a través de la embajada en París, ayuda para la compra de armas en Gran Bretaña. Aunque el Comisario desaconsejó al líder soviético poner en marcha un mecanismo de ayuda dados los riesgos políticos y diplomáticos que ello implicaba, sí le propuso ayudar de alguna otra manera<sup>187</sup>. Krestinsky consideró una alternativa: se podría adquirir material bélico para la República a través de terceros países, mencionando particularmente a México, aunque éste ya había adelantado gestiones de forma autónoma en Londres y en París, pero sin obtener grandes resultados. En cualquier caso, el Comisario propuso finalmente no enviar suministros directos soviéticos a los republicanos sino ordenar a Simon Bentsov (agregado aéreo en París) que iniciara negociaciones con los representantes republicanos que se encontraban en la capital francesa para ayudarles en el proceso de adquisición de armas, pero sin comprometer en modo alguno al Gobierno soviético.

La ayuda soviética abordó paralelamente otro aspecto no menos importante. En el camino de la toma de decisión ocurrieron ciertas cosas que le hicieron abrir los ojos a Stalin hasta adoptar una postura favorable a la República. El primer movimiento hallado en la documentación primaria a la que han tenido acceso algunos investigadores, revela que a los cinco días de haber estallado la Guerra Civil, el tema español se discutió por primera vez en el Politburó. El contenido de la discusión debió ser relevante por cuanto se deliberó a las alturas del Politburó, para entonces, sus miembros eran la autoridad central en materia de política exterior y en él las opiniones de Stalin eran absolutamente básicas<sup>188</sup>. Yuri Rybalkin fue el primero en desvelar la decisión que se tomó en dicha reunión<sup>189</sup>. Se convino informalmente ordenar al Comisariado del Pueblo para el Comercio Exterior que enviara combustible a España en buenas condiciones, a bajo precio y en las cantidades necesarias<sup>190</sup>. Lo que llama la atención es que dicha decisión se tomó al siguiente día de que el Gobierno republicano hubiera dirigido a Londres una petición de abastecimiento de la flota en Gibraltar y un día antes de que el Consejo de Ministros británico se negara a hacerlo. Aún se desconoce cómo llegó a Moscú tan pronto la noticia de la necesidad republicana, así como el proceso de toma de decisión. La ausencia de documentos que aclaren dicho proceso conlleva que los investigadores se sigan planteando interrogantes acerca de la reacción veloz e “inesperada” de los dirigentes soviéticos. Probablemente, la decisión pudo ser el resultado del simple seguimiento

---

<sup>186</sup> Krestinsky también remitió dicha carta a Voroshilov, Kaganovich (Comisario de Ferrocarriles), Ordjonikize (Comisario para la Industria Pesada) y Chubar (Comisario para el Comercio Exterior).

<sup>187</sup> AVP RE, fondo 010, registro 11, carpeta 71, expediente 53, pp. 29-30, carta de Krestinsky a Stalin, 9 de agosto de 1936, en: SCHAUFF, Frank, *La victoria frustrada...*, p. 203.

<sup>188</sup> VIÑAS, Ángel, *La soledad de la República...*, p. 87.

<sup>189</sup> RYBALKIN, Yuri, *Operatsia “X”: Sovetskaya voennaya pomosh respublikanskoi Ispanii (1936-1939)*, “AIRO-XX”, Moscú, 2000, p. 37.

<sup>190</sup> Archivo Presidencial de la Federación Rusa, fondo 3, inventario 74, legajo 20, p. 51, en: RYBALKIN, Yuri, *Operatsia “X”...*, p. 37.

de los acontecimientos de España. Como se ha señalado, la Comintern los seguía muy de cerca.

No es posible afirmar con certeza que la gestión realizada por el Gobierno de José Giral para adquirir armamento y municiones dirigida el 25 de julio de 1936, es decir, tres días después de la señalada decisión soviética, haya respondido a esa primera muestra de interés por parte de los líderes soviéticos. Viñas plantea que dicha gestión pudo ser un globo sonda: fue una más de las realizadas por Giral dentro del establecimiento de contactos con el exterior para adquirir el material de guerra que requería la República para su defensa<sup>191</sup>. El telegrama, reproducido en la obra del historiador norteamericano Ronald Radosh, no especificaba el volumen exacto del material requerido. Sólo señalaba que “el Gobierno de la República necesitaba abastecer su ejército con armamento moderno en cantidades significativas” debido a que se había iniciado una guerra civil y que los sublevados estaban obteniendo abundantes armas y municiones desde el exterior<sup>192</sup>.

Ésta no fue la única gestión republicana ante la embajada soviética en París. El Gobierno de Madrid insistió en sus peticiones de armas a través de Fernando de los Ríos, quien se mostró dispuesto a viajar a Moscú para firmar los acuerdos pertinentes para que la Unión Soviética abasteciera de material bélico a la República en las cantidades que ésta considerara convenientes. El 6 de agosto, el hijo de Giral también adelantó una gestión en París. Aprovechando la llegada del periodista de *Pravda*, Mijail Koltsov, a la capital francesa, lo abordó para comunicarle que la República “necesitaba personal de mando, en especial pilotos, y bombas aéreas”<sup>193</sup>. Los dirigentes soviéticos, que sin duda estaban al tanto de las peticiones republicanas, no se mostraron muy dispuestos a atender tales demandas. Una cosa era enviar combustible y otra, muy distinta, armamento. En este sentido, la postura de Moscú evolucionó de forma asimétrica a la de las potencias fascistas, quienes para entonces ya prestaban ayuda sin reserva al líder de los sublevados<sup>194</sup>.

La primera línea de actuación, referida al suministro de petróleo a la República, siguió siendo el centro de atención de Stalin. El líder soviético era consciente de que, sin el combustible, la República difícilmente podría hacer resistencia a la rebelión. Por tal motivo, el 14 de agosto, justo antes de marcharse de vacaciones a su dacha de Sochi, a orillas del Mar Negro, habló con Krestinsky a fin de impulsar el envío de petróleo a la República, movilizando al efecto a los representantes soviéticos en París. La formalización de sus instrucciones sobre lo que se debía hacer respecto a España la hizo cuatro días más tarde mediante el siguiente telegrama dirigido a Kaganovich y a Chubar:

---

<sup>191</sup> VIÑAS, Ángel, *La soledad de la República...*, p. 85 y “La decisión de Stalin de ayudar a la República...”, p. 3.

<sup>192</sup> RGVA, colección 33987, inventario 3, documento 991, pp. 56-59, en: RADOSH, Ronald y HABECK, Mary, *España traicionada...*, p. 56.

<sup>193</sup> RYBALKIN, Yuri, *Stalin y España...*, p. 50.

<sup>194</sup> Esto permite desestimar la tesis franquista de que los soviéticos habían empezado a desembarcar armamento en Sevilla y Algeciras en fecha tan temprana como junio de 1936. Así se afirma en: BOLÍN, Luis, *España. Los años vitales*, Espasa-Calpe, Madrid, 1967, p. 151.

“Considero necesario vender inmediatamente petróleo a los españoles en las mejores condiciones posibles y, caso de ser preciso, a un precio de amigos. Si les hicieran falta cereales y alimentos en general también deberíamos vendérselos en condiciones favorables. Dime urgentemente cuánto petróleo ya hemos suministrado. El Comisariado para el Comercio Exterior debe actuar con rapidez y exactitud”<sup>195</sup>.

Los líderes soviéticos no tardaron en responder desde Moscú. El mismo día Kaganovich, Chubar y Ordjonikize enviaron un telegrama a Stalin informándole de la venta ya cerrada de 6.000 toneladas de combustible a partir de una resolución dictada por el Politburó el día anterior<sup>196</sup>. También le informaron que se habían dado instrucciones para identificar las necesidades de productos alimenticios en España. El primer envío de petróleo, cabe mencionarlo, se hizo en un buque de la CAMPSA, el *Remedios*, que se encontraba en el puerto rumano de Constanza listo para cargar un suministro de 6.000 toneladas de gasoil negociado con la empresa belga Petrofina. No obstante, antes de cumplir su encargo, el buque recibió una comunicación desde Madrid con órdenes de dirigirse a Batum, un puerto georgiano, y cargar en él el combustible soviético.

Otra decisión tomada por el Politburó en la reunión del 17 de agosto puso de manifiesto los contactos y las gestiones que probablemente efectuaba la embajada republicana con la soviética en París. Aunque no se ha encontrado mucha información sobre este episodio en los archivos, se sabe que la dirección soviética autorizó la visita a la URSS de un grupo de cincuenta personas, compuesto por oficiales y suboficiales republicanos, para que conocieran instalaciones militares. El Comisariado del Pueblo para la Defensa sería el encargado de llevar adelante tal labor<sup>197</sup>. Pero fue otro movimiento en Moscú, relacionado con la Comintern, el que hizo que en el PCE y tal vez en el Gobierno republicano se alimentara la impresión de un cambio favorable en la actitud soviética. Se trató de un mensaje enviado el 21 de agosto desde Moscú a Madrid en el que se anunciaba el envío de expertos militares con el fin de asesorar al Estado Mayor. Finalmente sólo llegó a España uno, a quien se había encomendado la tarea de organizar las milicias.

En la capital soviética, no obstante, se empezó a considerar una intervención más activa. Durante una reunión extraordinaria del Politburó, celebrada el 28 de agosto, se discutió con Dimitrov la cuestión española y se suscitó por primera vez la posibilidad de ayudar a la República mediante la organización “de un cuerpo internacional”<sup>198</sup>. Aunque se sabe poco de aquella reunión, se le puede considerar el germen, según apunta Viñas, de la idea de las Brigadas Internacionales. El tema, en cualquier caso, quedó pendiente de una mayor reflexión. Debido a que la organización de

<sup>195</sup> DAVIES, R. W., *et al.*, *The Stalin-Kaganovich Correspondence, 1931-1936*, Yale University Press, New Haven, 2003, p. 327.

<sup>196</sup> El Politburó había decidido el 17 de agosto que el Comisariado para el Comercio Exterior vendiera a los republicanos combustible en las cantidades necesarias a precio reducido y en las condiciones más favorables. RGASPI, fondo 17, inventario 162, legajo 20, número de expediente 244, en: VIÑAS, Ángel, *La soledad de la República...*, p. 171.

<sup>197</sup> RGASPI, fondo 17, inventario 16, asunto 21, número de expediente 240, en: VIÑAS, Ángel, *La soledad de la República...*, pp. 167-168.

<sup>198</sup> SCHAUFF, Frank, *La victoria frustrada...*, p. 203.

dicho cuerpo de voluntarios podía implicar en gran medida al Gobierno soviético en la guerra, se decidió encargar tal misión a la Comintern. Ésta a su vez lo hizo a los partidos comunistas nacionales. De este modo, la Unión Soviética se mantendría en un discreto segundo plano.

Lo que es claro es que la información política y social que los agentes de la Comintern enviaban desde Madrid, en especial los informes procedentes de Codovilla, eran insuficientes para que la dirección soviética pudiera hacer un juicio fiable sobre la situación en España y la evolución de las operaciones<sup>199</sup>. Para los analistas militares y políticos en Moscú resultaba imprescindible conocer mejor lo que ocurría en el suelo español. En tales circunstancias, el Sovnarkom recurrió al GRU para que empezara a redactar una valoración sobre la evolución de los acontecimientos en España. A lo largo de los meses de agosto y septiembre de 1936 el servicio de inteligencia elaboró varios informes, utilizando, como cabe suponer, a sus agentes tanto en la Unión Soviética como en el extranjero, España incluida. El primero de ellos data del 7 de agosto<sup>200</sup>, el mismo día en que Chubin presentó el suyo a la Comintern, y es importante porque cubrió los acontecimientos sucedidos en España desde el día de la sublevación hasta el 5 de agosto. En términos generales, el análisis del GRU coincidía con el de la Comintern. A pesar de que el primero consideraba que el Gobierno republicano tenía posibilidades de victoria, la ayuda que recibían los rebeldes de las potencias fascistas deterioraba las perspectivas republicanas. De acuerdo a esto, los autores observaban que la suerte del Gobierno frentepopulista dependía en gran medida del elemento exterior<sup>201</sup>.

El establecimiento de una presencia soviética más formal en España se hacía cada vez pues más necesaria. Pero los dirigentes soviéticos requerían valoraciones políticas y estratégicas más rigurosas acerca de la situación en la Península. Para ello consideraron conveniente poner en marcha una embajada en Madrid. Aunque se desconoce la fecha precisa en que el Politburó tomó la decisión de enviar un embajador, es probable que se hubiera tomado en paralelo, o incluso antes, a la selección de los agentes Gorev y Bundt, puesto que el 16 de agosto se aceptó la propuesta de Krestinsky de que la solicitud de placet se hiciera a través de las correspondientes embajadas en París en lugar de hacerla directamente a Madrid<sup>202</sup>. Se sabe que el 21 de agosto, dos días antes de que la Unión Soviética se adhiriera al Tratado de No Intervención, el Politburó se reunió para hacer los nombramientos pertinentes para el envío de los representantes. Marcel Rosenberg, uno de los colaboradores de Litvinov que llevaba veinte años en el cuerpo diplomático soviético y había sido Secretario General adjunto de la Sociedad de Naciones, recibió el visto bueno como embajador. Además del personal referente a ayudantes e intérpretes, en la misma ocasión el Politburó nombró a

<sup>199</sup> ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas...*, p. 306.

<sup>200</sup> Los autores inmediatos del informe fueron Nikonov, adjunto de Uritsky, y el agente Volk.

<sup>201</sup> RGVA, fondo 33987, inventario 3, legajo 845, en: VIÑAS, Ángel, *La soledad de la República...*, pp. 148-153.

<sup>202</sup> La documentación de las reuniones del Politburó que reflejan tal decisión se encuentra en RGASPI, fondo 17, inventario 162, asunto 20, en: VIÑAS, Ángel, *La soledad de la República...*, p. 155.

Jacob Gaikis como consejero político, a I. Winzer como agregado comercial, a Vladimir Gorev como agregado militar y a Nikolai Kuznetsov como agregado naval<sup>203</sup>. Una vez hechos estos nombramientos, las delegaciones fueron enviadas a sus respectivos destinos. Rosenberg llegó a Madrid casi en completo secreto el 27 de agosto, acompañado de dos expertos militares. A los dos días de su llegada tuvo lugar la presentación de credenciales.

El envío de la misión diplomática a la capital española se hizo, probablemente, con una doble intención, ya que junto al personal diplomático se camuflaron agentes del GRU. Entre ellos figuraban el agregado militar Gorev, así como Winzer, quien no era precisamente un agregado comercial, sino un agente camuflado del servicio de inteligencia. Así mismo, tras la llegada de Rosenberg arribó el agregado naval, Kuznetsov, quien junto al equipo militar, dirigido por un antiguo jefe del GRU, hizo visitas diarias a los frentes de batalla. En efecto, la función de los agentes era: “1) influir en el comportamiento del PCE; 2) obtener información de primera mano sobre lo que realmente ocurría en la trastienda española y, sobre todo, 3) ayudar al Gobierno republicano, aunque de forma no comprometida todavía”<sup>204</sup>.

El nombramiento con urgencia de una misión diplomática soviética en la República española, el gran número de asesores militares y el rápido envío de dicho personal a Madrid supusieron un cambio apreciable en la actitud de Stalin respecto a los acontecimientos en la Península Ibérica. Hasta el 21 de agosto el interés de la dirección soviética por la contienda española se había limitado a explorar los acontecimientos para poner en marcha una campaña de solidaridad dentro del gran territorio soviético y entre los partidos comunistas de los demás países. Para tal fin, el Politburó ya había enviado al corresponsal Mikhail Koltsov -fue el primer soviético en llegar a España el 8 de agosto-, al periodista Ilya Ehrenburg -llegó a mediados del mismo mes- y a los cineastas Roman Karmen y Boris Makaseev, que llegaron a Madrid el 23 de agosto. Aparte de los agentes de la Comintern que se encontraban ya establecidos en España cuando estalló la contienda, fueron los cuatro primeros representantes oficiales de la Unión Soviética en España. Su tarea principal era brindar apoyo a las campañas nacionales e internacionales de solidaridad, suministrando al Gobierno material escrito y visual para que circulara en los medios de comunicación<sup>205</sup>. Parece ser que el establecimiento de la misión diplomática en España<sup>206</sup> abrió el

---

<sup>203</sup> RGASPI, fondo 17, op. 3, del. 980, l. 308 y del. 981, l. 213, de la reunión del 21 de agosto de 1936, en: KOWALSKY, Daniel, *La Unión Soviética...*, pp. 28-29.

<sup>204</sup> VIÑAS, Ángel, *La soledad de la República...*, p. 154.

<sup>205</sup> KOWALSKY, Daniel, *La Unión Soviética...*, p. 29.

<sup>206</sup> Conviene mencionar que ante la ausencia de un representante soviético oficial en Barcelona, el Politburó nombró el 21 de septiembre de 1936 a Vladimir Antonov-Ovseenko como cónsul general en la Ciudad Condal. En cuanto presentó sus credenciales, a finales de ese mismo mes, Krestinsky le informó que tendría a su disposición un agregado militar y un ayudante bajo la tapadera de vicecónsul y segundo secretario, sin embargo, ambos dependerían funcionalmente de Gorev y su misión sería informar sobre cuestiones militares. AVP RF, fondo 097, inventario 1, legajo 102, expediente 14, p. 19, en: VIÑAS, Ángel, “La decisión de Stalin de ayudar a la República...”, p. 9.

El tercer despliegue diplomático soviético en España se hizo en el País Vasco, un poco más tarde, aunque en

camino para una nueva etapa de la intervención soviética determinada por una colaboración militar con el Gobierno republicano.

Aunque el cambio en la actitud de Moscú se hizo lenta y cautelosamente a lo largo del mes de agosto, los republicanos vieron indicios de interés de los soviéticos. El Gobierno de Giral aprovechó la llegada de Rosenberg para insistir en la necesidad de adquirir armamento y recibir ayuda soviética. Pero el 4 de septiembre Litvinov envió una carta al embajador en Madrid en la que daba respuesta a las peticiones republicanas, que Rosenberg a su vez había hecho llegar a Moscú:

“Antes de que usted partiera discutimos varias veces la cuestión de la ayuda para el Gobierno español, pero llegamos a la conclusión de que es imposible enviar algo desde aquí. Es ineludible explicar a los amigos que nuestras posibilidades son bastante limitadas a causa de la larga distancia, de la falta de los calibres de fusiles y cartuchos que se necesitan en España, y del peligro de que los rebeldes intercepten los transportes. Además, nuestra ayuda ofrecería a Alemania e Italia un pretexto para una intervención completamente abierta y se produciría un aprovisionamiento de los sublevados de dimensiones tales que ya no lo podríamos igualar ... Entendemos perfectamente que los sublevados ya están recibiendo ahora ayuda de sus amigos en el extranjero, pero todo esto tiene que pasar en secreto, y por eso las dimensiones son indudablemente pequeñas. No obstante, si se constatará y demostrara que, contrariamente a las declaraciones de no intervención, se presta ayuda a los sublevados, podemos modificar nuestra decisión, pero también presionar al gobierno francés, que naturalmente tiene más posibilidades de ayudar que todo el resto de los Estados europeos juntos”<sup>207</sup>.

Este documento pone de manifiesto la disyuntiva en la que se encontraban los miembros de la dirección soviética. Por una parte, habían aceptado colaborar con la propuesta del Gobierno francés de no intervenir en los asuntos españoles, y por otra veían la necesidad de contener la intervención de las potencias fascistas, ya fuera con ayuda militar directa para la República o con medios diplomáticos frente a la frialdad de las potencias democráticas, dando así vida al principio de seguridad colectiva diseñado por ellos mismos. Si bien los problemas logísticos existían, eran cuestiones que se podían superar. Aunque los dirigentes soviéticos guardaban la esperanza de que, a través de la declaración de No Intervención, cesaría la intervención del Reich alemán y de la Italia fascista en favor de Franco, las declaraciones de Litvinov manifestaban un cambio suave y progresivo hacia una actitud favorable a intervenir en España cuando se presentara la ocasión.

La evolución de la actitud soviética dependía fundamentalmente de Stalin. Mientras se encontraba en su retiro veraniego, el Kremlin lo mantuvo enterado por vía telefónica y telegráfica. Con base en ello, el máximo dirigente soviético hizo sus propios análisis respecto a la cuestión española. Para determinar si cabía intervenir activamente a favor de la República, hubo de tener en cuenta principalmente dos factores estratégicos: lo que ocurriese en España sobre el terreno y cómo evolucionaría la No Intervención, partiendo de la hipótesis de que las potencias fascistas

---

circunstancias que aún son desconocidas en la historiografía. A principios de noviembre de 1936 el gobierno vasco dio a conocer que la embajada soviética había acreditado como cónsul a Josef Tumanov.

<sup>207</sup> AVP RF, fondo 010, registro 11, carpeta 71, expediente 53, p. 58, carta de Litvinov a Rosenberg, 4 de septiembre de 1936, en: SCHAUFF, Frank, *La victoria frustrada...*, p. 204 y en ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas...*, p. 460.

continuarían eludiendo tal acuerdo<sup>208</sup>. La estancia de Stalin en Sochi fue importante, pues tuvo tiempo para reflexionar sobre los acontecimientos españoles y tras eso decidió dar un empujón al cambio que ya se estaba produciendo.

Parece ser que la decisión definitiva se vio impulsada por dos acontecimientos externos coincidentes con los factores analizados por Stalin. En primer lugar, el creciente deterioro de la situación militar republicana puso en evidencia que la sublevación militar estaba lejos de ser aplastada. Los alarmantes análisis preparados por el GRU y la prensa de la época daban cuenta de ello. El segundo acontecimiento sería precisamente la causa principal de dicha evolución, es decir, el apoyo militar continuado que Hitler y Mussolini prestaban a Franco. Los dictadores fascistas no sólo burlaron el acuerdo de No Intervención puesto en vigor pocos días atrás, sino que reforzaron la ayuda a medida que la prensa fascista enfatizaba la presunta injerencia soviética a favor de la República. Tal vez la intervención italiana no le preocupase en demasía a Stalin, pero la de la Alemania nazi era diferente. Por aquel entonces, Hitler suponía la amenaza más significativa a la seguridad del Estado soviético y su intervención en favor de los sublevados españoles fue entendida por algunos líderes soviéticos como el inicio de la más agresiva campaña expansionista.

El 3 de septiembre, la Comintern declaró que la situación en España se estaba tornando cada día más crítica y señaló la urgente necesidad de enviar a algún agente para que ayudara al Partido Comunista Francés a comprar armas y aviones para luego ser transportados a la España republicana<sup>209</sup>. La evolución española se estudió entonces con más interés. El viraje hacia una actitud favorable se hizo evidente tres días más tarde cuando Stalin decidió brindar un apoyo activo a la República. Antes de la medianoche del 6 de septiembre el líder soviético telegrafió desde Sochi a Kaganovich el siguiente mensaje:

“Estaría bien vender a México 50 bombarderos de gran velocidad y que México los revenda inmediatamente a España. También podríamos escoger a una veintena de nuestros mejores pilotos para que participen en combate y al tiempo puedan entrenar a sus colegas en el manejo de esos aparatos. Piensa sobre este asunto pero con rapidez. Igualmente podríamos vender de la misma forma 20.000 fusiles, 1.000 ametralladoras y unos 20 millones de cartuchos. Lo que necesitamos es vender los calibres”<sup>210</sup>.

De este telegrama se puede extraer la conclusión de que las sugerencias hechas por Krestinsky en la carta enviada a Stalin el 9 de agosto seguían influyendo en el pensamiento del máximo dirigente soviético. Pero sería un nuevo informe del GRU el que reforzaría la necesidad de intervenir a favor de la República. Éste señalaba que la falta de disciplina, la carencia de un mando único y la pobre preparación del ejército estaban deteriorando la posición republicana. Aunque el

<sup>208</sup> VIÑAS, Ángel, *La soledad de la República...*, p. 175.

<sup>209</sup> *Ibíd.*, p. 213.

<sup>210</sup> DAVIES, R. W., *et al.*, *The Stalin-Kaganovich Correspondence, 1931-1936*, Yale University Press, New Haven, 2003, p. 351, (tomado de VIÑAS, Ángel, *La soledad de la República...*, p. 214, también de SCHAUFF, Frank, *La victoria frustrada...*, p. 205).

autor del informe no lo afirmaba, del análisis se podía inferir que la coyuntura era apropiada para intervenir porque, de lo contrario, todo parecía indicar que la República estaba abocada a una derrota inminente<sup>211</sup>. Como cabe imaginar, el estudio de las instrucciones de Stalin se produjo con toda celeridad y, según se desprende de los documentos de archivo, se pusieron en marcha inmediatamente. El Profesor Viñas identifica en su investigación cuatro fórmulas, contempladas más o menos en el mismo intervalo de tiempo, a las que se sujetó el inicial apoyo soviético<sup>212</sup>. La primera de ellas fue la orden de Stalin a Kaganovich que se acaba de mencionar. La venta de bombarderos a través del país azteca parecía una sugerencia no muy meditada: México estaba desprovisto de aviación moderna, por lo cual se haría muy evidente la mano soviética detrás de dichas transacciones. Lo que si resultó de fácil cumplimiento fue el envío de pilotos. En el mes de septiembre de 1936 partieron para España tres pilotos de caza, nueve pilotos y observadores de la aviación de bombardeo y dos ingenieros<sup>213</sup>. También llegaron algunos oficiales del Ejército de tierra.

La segunda fórmula fue el anuncio de la decisión de Stalin el 14 de septiembre en una reunión celebrada en el Kremlin, presidida por Molotov, y a la cual asistieron Andrei Adreev (su número dos en el Sovnarkom), Dimitrov, Kaganovich, Yagoda (Comisario del Pueblo de Asuntos Internos NKVD), Uritsky, Slutsky (jefe del Departamento de Extranjero del NKVD) y Moskvín (miembro del Comité Ejecutivo de la Comintern). Según anotó Dimitrov en su diario, en esta reunión se discutió la “Prestación de ayuda a los españoles (a través de contrabando)”<sup>214</sup>. Lo más probable es que en ella se decidiera dar la orden de organizar operaciones encubiertas para adquirir armamento en terceros países. Se conoce por un informe enviado por Vorochilov a Stalin el 13 de diciembre de 1936 que las adquisiciones extranjeras se hicieron en Checoslovaquia, Francia y Suiza. Todo el armamento adquirido y enviado a España era material liviano, es decir, armas y municiones, y todo de segunda mano<sup>215</sup>. Por otro lado, se enviaron también suministros desde la Unión Soviética procedentes del vaciado de sus arsenales.

La tercera fórmula tuvo como escenario la Comintern y se trató de un tema ya abordado en la reunión extraordinaria del Politburó del 28 de agosto, ya referida en este apartado, pero que no llegó a ninguna conclusión definitiva. Ésta fue la decisión de crear las Brigadas Internacionales. Durante los días 16 y 17 de septiembre se reunió primero el Presidium y luego los días 18 y 19 del mismo mes el Comité Ejecutivo de la Comintern para discutir sobre la situación en España e impulsar diversas medidas de apoyo a la República<sup>216</sup>. Fue en la reunión del día 18 cuando el

---

<sup>211</sup> VIÑAS, Ángel, “La decisión de Stalin de ayudar a la República...”, pp. 13-14.

<sup>212</sup> VIÑAS, Ángel, *La soledad de la República...*, p. 216.

<sup>213</sup> ACADEMIA DE CIENCIAS DE LA URSS, *La Solidaridad de los pueblos...*, p. 351.

<sup>214</sup> DIMITROV, Georgi, *Dnevnik*, Sofía, 1997, p. 114, (tomado de SCHAUFF, Frank, *La victoria frustrada...*, p. 205).

<sup>215</sup> HOWSON, Gerald, *Armas para España: la historia no contada de la Guerra Civil española*, Península, Barcelona, 2000, p. 159.

<sup>216</sup> SCHAUFF, Frank, *La victoria frustrada...*, p. 125.

Secretariado de la Comintern fijó las resoluciones sobre la campaña de solidaridad, apuntando que: “Es preciso reclutar voluntarios de todos los países con experiencia militar para ir a España”<sup>217</sup>. Serían los partidos comunistas nacionales quienes se pondrían al servicio de reclutar, organizar y enviar el cuerpo de voluntarios a la España republicana. La cuarta y última fórmula se desarrolló probablemente en la embajada soviética en Madrid a finales del mes de septiembre, donde a través de gestiones por parte del Gobierno de Largo Caballero se logró conseguir la compra directa de camiones soviéticos que, aunque no eran de guerra, podían ser utilizados para el combate. La primera operación se formalizó el 5 de octubre de 1936<sup>218</sup>.

Mientras tanto, el panorama en la República empeoraba día a día. Nuevos informes del GRU<sup>219</sup> llegaron a los despachos de los líderes soviéticos en Moscú y, muy probablemente, al de Stalin en Sochi, mostrando una imagen sombría de la situación en la Península. Otro informe enviado a Moscú el 22 de septiembre a cargo del ya aludido agente cominterniano en España Victorio Codovilla daba cuenta de que, si la ayuda de Hitler y Mussolini continuaba como hasta entonces, el conflicto podría durar mucho tiempo, pero si tal apoyo cesaba y si el orden y la unidad de mando se establecían en la tropa republicana, se hacía posible destruir al fascismo<sup>220</sup>.

Es verosímil, como apunta el Profesor Viñas, que la lectura y el análisis de cada uno de estos informes enviados a Moscú hayan influido en la postura de Stalin hacia la República y en el minúsculo círculo de líderes que lo rodeaban. Si bien intervenir directamente en España representaba un riesgo, básicamente por las implicaciones políticas, diplomáticas y estratégicas que esta acción pudiera generar, la amenaza que representaba Hitler para la supervivencia del régimen soviético impulsó al máximo dirigente soviético a cambiar la postura inicial y a intervenir. En cualquier caso, en Moscú ya no se esperaba que el Comité de No Intervención hiciera su trabajo, pues Stalin, desde Sochi, no tardó en dar el visto bueno a la ayuda que había ido planteándose a lo largo del mes de septiembre.

El historiador ruso Yuri Rybalkin fue quien desveló la sugerencia cursada por Stalin al mariscal Vorochilov vía telefónica desde Sochi, el 26 de septiembre de 1936 a las 15:45 horas, de considerar la posibilidad de vender a los republicanos entre 80 y 100 carros de combate T-26 (sin que tuvieran señales de haber sido fabricados en la Unión Soviética), con el envío del personal de mantenimiento, y de vender vía México entre 50 y 60 bombarderos de gran velocidad SB equipados con ametralladoras extranjeras<sup>221</sup>. En Moscú, no obstante, ya se habían puesto en marcha los

---

<sup>217</sup> Centro Ruso de Conservación y Estudio de la Documentación de Historia Contemporánea (CRCEDHC), 495-20-262, “Resolution of the Secretariat of the ECCI of the 18<sup>th</sup> September 1936, on the Campaign of Support of the Struggle of the Spanish People”, en: ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas...*, p. 461.

<sup>218</sup> VIÑAS, Ángel, “La decisión de Stalin de ayudar a la República...”, p. 16.

<sup>219</sup> El primero data del 15 de septiembre, el segundo del 19 y el tercero del 27 del mismo mes.

<sup>220</sup> VIÑAS, Ángel, *La soledad de la República...*, pp. 229-236.

<sup>221</sup> Para entonces “México” era un término en clave para referirse a España. RGVA, colección 33987, inventario 3, documento 852, pp. 138-141, (tomado de RYBALKIN, Yuri, *Stalin y España...*, p. 51-52).

preparativos antes de que Stalin telefonara a Vorochilov. Al siguiente día, es decir, el 27 de septiembre, el Comisario del Pueblo para la Defensa confirmó a Stalin que se encontraban listos para el envío 100 carros de combate, 387 especialistas, 30 aviones sin ametralladoras y la tripulación completa de 15 aviones<sup>222</sup>. Para entonces, iba rumbo a España otra línea de ayuda de la que se tiene poca información y que no hacía parte de la orden de Stalin ya mencionada. Se trató del primer envío de armas a la República por parte de la Unión Soviética. El cargamento se envió en el carguero español *Campeche*, que zarpó de Feodosia (Crimea) el 26 de septiembre y llegó a Cartagena el 4 de octubre<sup>223</sup>. Debido a que todos los asuntos de importancia acababan formando parte de la agenda del Politburó, el 29 de septiembre se aprobó formalmente la “Operación X” (en que X era España), que consistía en brindar apoyo militar activo a la España republicana<sup>224</sup>.

Establecida la secuencia temporal de los acontecimientos, el contexto en que se desarrollaron y la dinámica que llevó a perfilar la definitiva política soviética respecto a la Guerra Civil española, se hace posible analizar las razones y los motivos que pudieron haber animado a Stalin a aventurarse en la contienda española. Según sostiene el Profesor Viñas, el problema de desentrañar los motivos es que hay que aproximarse a ellos de forma indirecta, pues fue una decisión personal a pesar de que el Politburó debía dar su autorización<sup>225</sup>. Aunque el estudio del Archivo de la Presidencia de la Federación Rusa que alberga los expedientes y las notas personales de Stalin todavía está vetado a los investigadores, no es difícil interpretar los factores que influyeron en el máximo dirigente soviético para que adoptara una actitud favorable hacia la República al cabo de dos meses de iniciada de la Guerra Civil.

La postura inicial de neutralidad frente a la contienda española sugiere que Stalin no se sintió muy tranquilo al constatar la magnitud que estaban alcanzando los acontecimientos en la Península Ibérica, cuando la posición internacional de la Unión Soviética era de algún modo incierta. Las razones que podrían explicar dicha neutralidad durante los primeros meses de la guerra, eran probablemente muchas: primero, la naturaleza esencial de la política exterior estalinista era la construcción del socialismo en un sólo país, por tanto, el fomento de la revolución en el extranjero, España incluida, se había postergado en su estrategia internacional. A Stalin le convenía la paz en Europa para reconstruir su defensa contra la creciente amenaza nazi y poco podía permitirse una aventura en el otro lado del continente, teniendo en cuenta la débil situación de su poderío militar. Segundo, estratégicamente, la distancia entre la URSS y España hacía que este último país tuviera más bien poco valor para la protección de sus fronteras. Tercero, la dirección

---

<sup>222</sup> Archivo Central del Ministerio de Defensa de la Federación de Rusia (TsAMO), fondo 132, inventario 2642, asunto 83, p. 52, (tomado de RYBALKIN, Yuri, *Stalin y España...*, p. 52).

<sup>223</sup> Eran armas viejas del vaciado de los arsenales soviéticos. Así se afirma en: VIÑAS, Ángel, *La soledad de la República...*, p. 294 y en SCHAUFF, Frank, *La victoria frustrada...*, p. 205.

<sup>224</sup> RYBALKIN, Yuri, *Stalin y España...*, p. 51.

<sup>225</sup> VIÑAS, Ángel, “La decisión de Stalin de ayudar a la República...”, p. 26.

soviética confió en que el acuerdo de No Intervención haría una labor eficaz a corto plazo para detener el envío de armamento a los sublevados desde Alemania, Italia y Portugal. Al líder soviético le pareció una buena medida de seguridad colectiva.

Stalin se disponía a asegurar la estabilización del régimen soviético por todos los medios posibles. Este era el factor que condicionaba cualquier maniobra de política exterior. Por eso, cuando estalló la guerra en España, en Moscú se consideró que ayudar a la República era para la Unión Soviética un tema lleno de consecuencias y dificultades, ya que ello supondría incidir sobre su política exterior y no era fácil divisar el resultado. Stalin contempló la idea de que no era apropiado para la seguridad del joven régimen aventurarse en una guerra con las potencias fascistas, cuando éstas, probablemente, la superarían en capacidad militar. Por otro lado, en Moscú no se tenía información precisa sobre lo que estaba sucediendo en España. Los agentes de la Comintern que se encontraban en la Península y los líderes del PCE comunicaron en los primeros días de la guerra a los líderes cominternianos que los republicanos podrían aplastar la rebelión con los medios que disponía el Gobierno. La dirección soviética se convenció y confió entonces en que los defensores de la República podían derrotar el avance de los sublevados con sus propias fuerzas, lo cual era tranquilizante.

Fue la acumulación creciente de pruebas sobre el hecho de que Hitler y Mussolini estaban enviando apoyo bélico ininterrumpidamente a los sublevados lo que llevó a Stalin a reconsiderar su postura. El orden cronológico de los acontecimientos permite contemplar esta idea. Poco a poco el líder soviético fue sentando las bases para una eventual intervención. De hecho, alentó el debate en el Politburó dejando que las ideas volaran para definir cuál era la mejor forma de hacer frente a la agresividad de las potencias nazi-fascistas, y en especial, frente al caso español. Es verosímil que entre las reflexiones que hizo Stalin en su retiro veraniego haya pesado la idea de que si en España se instauraba un régimen fascista, ello representaría un peligro para Francia y para su proyecto político de la seguridad colectiva. Probablemente esto alimentaría las ansias expansionistas de Hitler y tarde o temprano dirigiría una campaña hacia la URSS.

Los últimos informes que llegaron al despacho de Stalin en septiembre de 1936, fueron esenciales para que éste finalmente se decantara por una intervención directa. La República no tenía del todo perdida la guerra y una eventual victoria sólo sería posible si se igualaban los envíos de suministros y material de guerra, ya que para entonces era evidente que la No Intervención no había impedido que Alemania e Italia prosiguieran con su asistencia a los sublevados. Además, el apoyo que Hitler prestaba a los rebeldes sólo podía entenderse en la Unión Soviética como un acto de agresión, por lo cual, Stalin contempló la Guerra Civil española como una oportunidad para evitar que el régimen nazi se expandiera y se estableciera en la Península Ibérica.

Aunque a los dirigentes soviéticos les preocupaba estropear sus esfuerzos en la búsqueda de un entendimiento con las democracias occidentales para establecer una eficaz alianza antifascista debido a su injerencia en los asuntos españoles, Stalin y su Politburó decidieron intervenir en España. Los diplomáticos soviéticos eran conscientes de que una eventual ayuda a los republicanos sería contemplada por las democracias con desconfianza. También es posible contemplar que la dirección soviética temía que éstas vieran en su intervención una oportunidad que los soviéticos aprovecharían para expandir el comunismo y establecer en la Península Ibérica un satélite soviético. Ello, desde luego, alimentaría el antibolchevismo en el mundo y, la consecuencia más previsible, sería que las democracias occidentales consideraran al comunismo una amenaza mayor que el fascismo. Pero la protección de la seguridad soviética estaba por encima de todo. Fue así que Stalin consideró que la única forma de contrarrestar la agresividad de las potencias fascistas era no dejándose amedrentar. Los intentos diplomáticos que la dirección soviética había lanzado a las democracias occidentales para convencerlas de que era necesario prestarle ayuda al Gobierno republicano, habían fracasado. Así como también habían fracasado los intentos de establecer una alianza militar defensiva con Francia y Gran Bretaña, dentro del marco de la política de seguridad colectiva, que los protegiera en caso de una guerra expansionista nazi.

De todo ello cabe concluir que el elemento geopolítico y geoestratégico dominó la decisión de Stalin. La intervención en España fue vista por el líder soviético desde la perspectiva de la necesidad de contener las ansias expansionistas de Hitler y Mussolini. Sin duda, en la Unión Soviética se temía que estallara pronto una guerra en sus fronteras. Si se defendía a la República, se defendía también los intereses de seguridad del Estado soviético. Es probable, asimismo, que la dirección soviética quisiera demostrar el sentido y la aplicabilidad de la política de seguridad colectiva, defendiendo un régimen democrático sin fomentar la revolución social. De este modo, podría llamar la atención sobre la necesidad de una colaboración estrecha y convencer a las democracias occidentales de la importancia de establecer una alianza para evitar una guerra en Europa. En términos generales, Stalin quería presentarse como un socio fiable a quien le interesaba más la estabilidad de las relaciones internacionales que la promoción de la guerra para expandir el comunismo.

En el transcurso de la guerra los motivos de la dirección soviética fueron variando. No podía ser casual que, poco después de iniciadas las purgas en Moscú y anunciado el apoyo a la República española, se desatara una campaña contra los reales y supuestos trotskistas españoles, muy equiparable a los procesos que se adelantaban en Moscú contra los viejos bolcheviques. Pero eso ya es otra historia.

## 6. CONCLUSIONES.

Tras la muerte del general Francisco Franco en 1975 y el colapso de la URSS en 1991, se abrieron nuevas perspectivas y oportunidades para los investigadores interesados en el estudio de la política exterior soviética durante la etapa estalinista y de su relación con la Guerra Civil española. Las fuentes documentales hoy disponibles en los archivos de Moscú y Madrid, junto a la abundante literatura secundaria publicada sobre dicha cuestión, han permitido avanzar notablemente en la explicación de algunos de los momentos claves y hasta hace poco desconocidos sobre la decisión de Stalin de intervenir en septiembre de 1936 a favor de la República española.

Para entender correctamente la política soviética hacia España en la segunda mitad de los años treinta, he considerado necesario estudiar los principales lineamientos de la política exterior soviética desde la inicial etapa idealista y revolucionaria dirigida por el fundador del Estado soviético, Vladímir Lenin. Teniendo en cuenta que, desde la misma instauración del régimen bolchevique en 1917, éste significó para el mundo capitalista un verdadero desafío, la preocupación máxima del nuevo Estado fue navegar con suma cautela en el escenario internacional y sobrevivir a la hostilidad de las potencias aliadas, evidenciada en la ayuda que éstas prestaron a los “blancos” antibolcheviques en la guerra civil rusa de 1917 a 1922. El nuevo régimen respondería a las diferentes coyunturas del orden mundial de posguerra según sus necesidades y sus intereses. Los líderes bolcheviques actuaron prudentemente para preservar la supervivencia de la URSS, al mismo tiempo que, de acuerdo con Lenin, el principio básico de la política exterior era la destrucción de los Estados capitalistas a través de la revolución.

A pesar de los diferentes esfuerzos por propagar la revolución por el mundo, la tarea fue imposible de materializar. La política exterior soviética experimentaría múltiples modificaciones con base en sus intereses estratégicos. Cuando Stalin logró afianzar su poder en la Unión Soviética tras la muerte de Lenin en 1924, se convenció de que la construcción socialista en la URSS tenía prioridad sobre todo lo demás. Dejando en un segundo plano el dogma tradicional bolchevique de la revolución internacional, el nuevo líder soviético implementó la doctrina del “socialismo en un solo país”. A partir de entonces, prestó más atención al desarrollo económico y político de la Unión Soviética e hizo una política exterior muy poco activa que se prolongó durante la segunda mitad de los años veinte. El antifascismo se convirtió en el tema clave de la propaganda de la Internacional Comunista (Comintern). De acuerdo con sus directrices, los partidos comunistas de los demás países estaban autorizados a establecer alianzas con los partidos socialdemócratas siempre y cuando dejaran de lado a sus dirigentes, a quienes se les empezó a denominar “socialtraidores”, a raíz del aplastamiento de los intentos revolucionarios de los comunistas en Alemania en 1923 por un Gobierno formado por socialdemócratas.

En 1928, la política exterior soviética se decantó por una estrategia basada en el

ultraizquierdismo y en el énfasis en la actividad revolucionaria. La Comintern adoptó una nueva táctica -la llamada “clase contra clase”- que solo permitía acuerdos de coalición entre los partidos comunistas nacionales y otros partidos de izquierda y que incluía la identificación de la socialdemocracia como “socialfascismo”. Cuando la Gran Depresión empezó a golpear las economías capitalistas, los dirigentes soviéticos se convencieron de que aquel sistema estaba llegando a su fin y que la coyuntura internacional se hacía “objetivamente revolucionaria”. Los dirigentes cominternianos pusieron sus ojos principalmente en el KPD (Partido Comunista de Alemania) que, para entonces, se había convertido en el primer partido comunista de masas en Europa. La esperanza de iniciar una revolución en aquel país y propagarla por Europa occidental volvió nuevamente a Moscú. Lo que no tuvieron muy en cuenta los líderes soviéticos fue que el Partido Nacionalsocialista alemán también se estaba convirtiendo en un importante movimiento de masas. Por el contrario, pensaban que a través de alianzas entre los dos partidos -el KPD y el nazi- podrían hacer frente a los socialdemócratas alemanes y obtener el poder para destruir a la República democrática de Weimar. No obstante, las perspectivas revolucionarias soviéticas cambiaron cuando el Partido Nacionalsocialista se convirtió en la primera fuerza política de Alemania en las elecciones al Reichstag en noviembre de 1932. Si los comunistas y los socialdemócratas hubieran unido sus fuerzas tal vez hubieran evitado el ascenso de los nazis al poder, pero la inflexibilidad de la estrategia de “clase contra clase” lo impidió.

Por aquel momento Stalin no tenía un programa definido en política exterior diferente al objetivo de la supervivencia del régimen soviético. Pese a que mantenía abierta la posibilidad de establecer relaciones diplomáticas con las democracias occidentales, el máximo dirigente soviético permanecía aislado en el concierto internacional. Lo que intranquilizaba a Moscú era la sospecha de que tarde o temprano estallara una crisis en sus fronteras. En el lado oriental, el régimen militar japonés, hostil al sistema comunista, había invadido Manchuria e instaurado un Estado títere bajo el dominio de su ejército, y en el occidental, el poder alemán resurgía encabezado por el líder nazi Adolfo Hitler. Los líderes soviéticos temían una agresión por parte de los japoneses a través de Siberia y que la condena de los soviéticos hecha por Hitler en sus primeras declaraciones como canciller en 1933 -los consideró una amenaza política e ideológica para la estabilidad europea- se transformara en una amenaza real para el régimen soviético.

A Stalin no le convenía en aquellos momentos un conflicto en sus fronteras. Si bien el Primer Plan Quinquenal había culminado con éxito, la capacidad militar soviética estaba lejos de igualar a la de las potencias occidentales. La URSS era un país muy joven que necesitaba completar su transformación socioeconómica. Por tal motivo, los líderes soviéticos necesitaban una vida internacional tranquila. La paz y la seguridad eran requisitos necesarios para la construcción del socialismo en su país. Fue por ello que se convirtieron en los objetivos principales de su política

exterior.

El panorama internacional se hizo crítico para la dirección soviética a medida que se confirmó que la agresiva política del régimen nazi constituía una amenaza para la estabilidad y la supervivencia de la URSS. Desde que Hitler se asentó en el poder en 1933 no dejó de amenazar con destruir a la URSS. En consecuencia, el Politburó del PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética) ordenó a la Comintern evitar iniciativas revolucionarias arriesgadas e instó a que la producción de armamento bélico se situara en el primer punto de la agenda. La estrategia propuesta en 1933 por el Comisario para Asuntos Exteriores soviético, Maxim Litvinov, para la búsqueda de la paz y la seguridad, fue la creación de un sistema eficaz de seguridad colectiva que incluía la colaboración tanto de Estados capitalistas como socialistas para la defensa conjunta en caso de una agresión alemana así como la construcción de un orden internacional libre de amenazas. El principal enemigo del régimen soviético no era ya el capitalismo, sino el fascismo y el nazismo. La aparición y consolidación de los regímenes de Mussolini (1923) y Hitler (1933) llevó a los soviéticos a reconsiderar su actitud hacia el mundo capitalista. Las potencias democráticas se convirtieron, pues, en aliadas estratégicas y el objetivo de propagar la revolución en el mundo se dejó para otro momento.

La línea política de la Comintern exigió un cambio profundo de estrategia, puesto que la de “clase contra clase” se había mostrado ineficaz para los intereses de la política exterior soviética. Buscando un acercamiento con todos los partidos antifascistas europeos, incluyendo a los socialdemócratas, la Comintern aprobó en 1935 la política del Frente Popular, que tuvo éxito en Francia, España y Chile. Mientras tanto, los diplomáticos soviéticos intentaron, en la Sociedad de Naciones, convencer a sus homólogos occidentales de la necesidad de establecer una alianza militar defensiva que los protegiera de una guerra expansionista nazi. Pero las relaciones entre la Unión Soviética y las potencias democráticas siguieron invadidas por una honda desconfianza y por sospechas mutuas. Los llamamientos que hacía la dirección soviética propugnando la paz fueron recibidos con recelo por la mayoría de los países democráticos. Para estos últimos, la consigna soviética de defender la democracia y dejar en un segundo plano la instauración de la dictadura del proletariado no disfrutaba de credibilidad.

Aunque la Unión Soviética logró firmar acuerdos de ayuda mutua con Francia y Checoslovaquia en 1935, el pacto con Francia, por ejemplo, era un mecanismo netamente político diseñado para evitar un alineamiento franco-alemán. El Gobierno soviético se esforzó por consolidar sus relaciones especialmente con Francia y Gran Bretaña en materia militar, pero sin éxito. Cuando Hitler violó el Tratado de Versalles y anuló los acuerdos de Locarno (1936), y cuando Mussolini invadió Etiopía (1935) y las potencias democráticas no hicieron nada para contrarrestar las campañas agresivas y expansionistas de los dos dictadores de derechas, Stalin se dio cuenta de

que la búsqueda de un entendimiento con las potencias democráticas para hacer frente a la amenaza fascista había fracasado de algún modo.

El estallido de la Guerra Civil española fue una verdadera molestia para la Unión Soviética teniendo en cuenta la situación de su política exterior por aquel entonces. Una vez comprobado el carácter internacional que había tomado la contienda con el apoyo militar que Hitler y Mussolini estaban prestando a los sublevados, Stalin se vio en una disyuntiva. Por un lado, un triunfo de los rebeldes alteraría notablemente las relaciones en el concierto europeo. Un Gobierno de derechas simpatizante de los regímenes fascistas sería perjudicial para Francia y comprometería negativamente la política de Frentes Populares. Si bien la dirección soviética estaba decepcionada por la frialdad de las potencias democráticas hacia el proyecto antifascista, no se debe olvidar que Francia ocupaba un importante lugar estratégico para la URSS. Con el triunfo frentepopulista en el país galo, volvió la esperanza de que la actitud francesa cambiara con respecto a la Unión Soviética y a la política de seguridad colectiva. Por el otro, el problema de una intervención directa a favor de la República para hacer contrapeso a la ayuda nazi-fascista, era la lectura que hicieran sobre ello las democracias occidentales. Muchas veían en aquel acto que, siguiendo la línea oficial de su política exterior, es decir, la expansión del comunismo, Stalin aprovecharía la ocasión para sovietizar a España. El líder soviético temía con esto reforzar el antibolchevismo en el mundo y que, las potencias democráticas, consideraran al comunismo una amenaza mayor que el fascismo y como tal, el principal peligro para la estabilidad de las relaciones internacionales.

La neutralidad inicial soviética y su adhesión al acuerdo de No Intervención fue cambiada a favor de una intervención militar directa desde la constatación de que las potencias fascistas seguían ayudando activamente a los sublevados y el Comité de No Intervención no hacía nada por detenerlas. Las razones específicas de este cambio en la política soviética permanecen ocultas, pero no son difíciles de interpretar. Obedeció a la línea general seguida a partir de la misma instauración del régimen bolchevique. Fue acorde con los principales rasgos de la actuación de los líderes soviéticos en el escenario internacional: a saber, responder en función de las circunstancias de su entorno de acuerdo con sus intereses y necesidades inmediatas.

Dicho esto, las razones y los motivos que impulsaron a Stalin a intervenir a favor de la República pudieron haber respondido principalmente a dos factores estratégicos: en primer lugar, al temor a una guerra expansionista nazi, que se aceleraría en caso de una victoria por parte de los sublevados; en segundo lugar, es muy posible que el máximo dirigente soviético quisiera demostrar a las potencias occidentales que una actuación decidida en favor de la República era el único camino para contrarrestar la agresión de las potencias fascistas. En suma, parece verosímil pensar que la decisión de ayudar a la España republicana obedeció ante todo a razones de *Realpolitik*, dejando en un segundo plano los intereses ideológicos.

## 6. FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA.

### 1. FUENTES PRIMARIAS.

#### 1.1. ARCHIVOS.

Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHPCE), Madrid:

Fondo: *Documentos PCE*, Internacional Comunista, Congresos (film XIII apartado 163), Manuilsky (caja 137, carpeta 9), La IC y el PCE (caja 143, carpeta 3.15; film V apartado 77; film VI apartado 99), Georgi Dimitrov (caja 137, carpeta 3).

#### 1.2. FUENTES PRIMARIAS PUBLICADAS.

AZCÁRATE, Pablo de, *Mi embajada en Londres durante la guerra civil española*, Ariel, Esplugues de Llobregat, 1976, Apéndice documental.

DALLIN, Alexander y FIRSOV, F. I., (eds.), *Dimitrov and Stalin, 1934-1943, Letters from the Soviet archives*, Yale University Press, New Haven, 2000.

DAVIES, R. W., *et al.*, *The Stalin-Kaganovich Correspondence, 1931-1936*, Yale University Press, New Haven, 2003.

HOWSON, Gerald, *Armas para España: la historia no contada de la Guerra Civil española*, Península, Barcelona, 2000, Apéndice documental.

RADOSH, Ronald y HABECK, Mary, *España traicionada: Stalin y la guerra civil*, Planeta, Barcelona, 2002.

VIÑAS, Ángel, *La soledad de la República: el abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética*, Crítica, Barcelona, 2006, Apéndice documental.

-*El escudo de la República: el oro de España, la apuesta soviética y los hechos de mayo de 1937*, Crítica, Barcelona, 2007, Apéndice documental.

-*El honor de la República: entre el acoso fascista, la hostilidad británica y la política de Stalin*, Crítica, Barcelona, 2009, Apéndice documental.

### 2. BIBLIOGRAFÍA.

#### 2.1. MEMORIAS Y OBRAS TESTIMONIALES.

ARAQUISTÁIN, Luis, *La intervención de Rusia en el conflicto español. Revelaciones de un ex-embajador de la República española*, San José, Costa Rica, s.n., 1939.

-*El comunismo y la guerra de España*, San José, Costa Rica, s.n., 1939.

-*La intervención de Rusia en la guerra civil española, Cuadernos*, 1958.

AZAÑA, Manuel, *Obras Completas*, México, Ediciones Oasis, 1967.

-*Causas de la guerra de España*, Editorial Crítica, Barcelona, 1986.

AZCÁRATE, Pablo de, *Mi embajada en Londres durante la guerra civil española*, Ariel, Esplugues de Llobregat, 1976.

BOLÍN, Luis, *España. Los años vitales*, Espasa-Calpe, Madrid, 1967.

KRIVITSKY, Walter G., *In Stalin's Secret Service*, Harper & Brothers, Nueva York, 1939.

ORLOV, Alexander, *Historia secreta de los crímenes de Stalin*, Ediciones Destino, S. L., Barcelona, 1955.

PRIETO, Indalecio, *Convulsiones de España. Pequeños detalles de grandes sucesos*, Ediciones Oasis, México, 1968.

-*Cómo y Por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional: intrigas de los rusos en España*, Fundación Indalecio Prieto, Planeta, Barcelona, 1989.

SUDOPLATOV, Pavel y SUDOPLATOV, Anatoli, *Operaciones especiales: memorias de un maestro de espías soviético*, Plaza y Janés, Barcelona, 1994.

## 2.2. BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA.

ACADEMIA DE CIENCIAS DE LA URSS, Instituto del Movimiento Obrero Internacional, Comité soviético de veteranos de guerra, *La Solidaridad de los pueblos con la República española: 1936-1939*, Progreso, Moscú, 1974.

ALBA, Víctor, *El Marxismo en España: 1919-1939. Historia del BOC y del POUM*, Costa-Amic, Ciudad de México, 1973.

-*Historia del POUM*, Champ Libre, París, 1975.

ARRARÁS, Joaquín, *Historia de la cruzada española*, Madrid, Españolas, 1939-1943.

-*Historia de la Segunda República*, Editora Nacional, Madrid, 1956-1968.

AZNAR, Manuel, *Historia militar de la guerra de España (1936-1939)*, Editora Nacional, Madrid, 1940.

BEEVOR, Antony, *La Guerra Civil española*, Crítica, Barcelona, 2005.

BLANCO, Juan Andrés, "La historiografía de la guerra civil española", *Hispania Nova: Revista de historia contemporánea* (en línea), 2007, Número 7.

BOLLOTEN, Burnett, *La Guerra Civil española, revolución y contrarrevolución*, Alianza Editorial, Madrid, 1997.

CARR, Edward H., *La Comintern y la Guerra Civil española*, Alianza, D.L., Madrid, 1986.

CATTELL, David, *Communism and the Spanish Civil War*, University of California Press, Berkeley, 1955.

-*Soviet diplomacy and the Spanish civil war*, University of California, Berkeley, 1957.

- CIERVA, Ricardo de la, *Brigadas internacionales, 1936-1996: La verdadera historia, Mentira histórica y error de Estado*, Editorial Fénix, Madrid, 1997.
- CHUBAROV, Alexander, *Russia's bitter path to modernity: a history of the Soviet and post-Soviet eras*, Continuum, Nueva York, 2001.
- CONQUEST, Robert, *Stalin: Breaker of Nations*, Penguin, New York, 1991.
- ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas. La internacional comunista y España, 1919-1939*, Planeta, Barcelona, 1999.
- “Los archivos de Moscú y España”, *El País*, 7 de noviembre de 2000.
- GARCÍA-ALIX, Carlos, *Madrid-Moscú*, T. Ediciones, Madrid, 2003.
- GEOFFREY, Roberts, “Soviet Foreign Policy and the Spanish Civil War” en LEITZ, Christian y DUNTHORN, David (eds.), *Spain in an International Context, 1936-1959*, Berghahn Books, Nueva York, 1999.
- “Stalin and Soviet foreign policy”, en LEFFLER, Melvyn (ed.), *Origins of the cold war: an international history*, Routledge, New York, 2005.
- HASLAM, Jonathan, *Soviet Foreign Policy, 1930-33: the impact of the Depression*, MacMillan, London, 1983.
- The Soviet Union and the Struggle for Collective Security in Europe: 1933-1939*, St. Martin's, Nueva York, 1984.
- HOCHMAN, Jiri, *The Soviet Union and the Failure of Collective Security*, Ithaca, Cornell University Press, 1984.
- HOWSON, Gerald, *Armas para España: la historia no contada de la Guerra Civil española*, Península, Barcelona, 2000.
- IBÁRRURI, Dolores et alii, *Guerra y revolución en España, 1936-1939*, Progreso, Moscú, 1966.
- Historia del Partido Comunista de España*, Varsovia, 1969.
- IGLESIAS, Ignacio, *Un episodio de la revolución española: el proceso contra el POUM*, Ruedo Ibérico, París, 1974.
- León Trotski y España (1930-1939)*, Jucar, D.L., Madrid, 1979.
- Experiencias de la revolución: el POUM, Trotski y la intervención soviética*, (Madrid: Fundación Andreu Nin), Barcelona, 2003.
- KOWALSKY, Daniel, *La Unión Soviética y la Guerra Civil española: una revisión crítica*, Crítica, Barcelona, 2003.
- LANDA, Martín, *Aspectos de la política exterior de la Unión Soviética*, Revolución, Madrid, 1980.
- LEFFLER, Melvyn P., *La guerra después de la guerra: Estados Unidos, la Unión Soviética y la*

*Guerra Fría*, Crítica, Barcelona, 2008.

LEWIN, Moshe, *El siglo soviético: ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética?*, Crítica, Barcelona, 2006.

MALIA, Martin, *The Soviet tragedy: a history of socialism in Russia, 1917-1991*, Free Press, New York, 2004.

MARTÍNEZ de Pisón, Ignacio, *Enterrar a los muertos*, Seix Barral, Barcelona, 2006.

McCAULEY, Martin, *The origins of the cold war 1941-1949*, Longman, Londres, 1998.

McDERMOTT, Kevin y AGNEW, Jeremy, *The Comintern: A History of International Communism from Lenin to Stalin*, Londres, 1996.

MOA, Pío, *El derrumbe de la segunda República y la Guerra Civil*, Encuentro, Madrid, 2001.

MIRALLES Palencia, Ricardo, *Juan Negrín: la República en guerra*, Temas de Hoy, Madrid, 2003.

-“Los rusos en la guerra de España, 1936-1939”, Editorial Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 2009.

-“El duro forcejeo con Francia durante la Guerra Civil”, en VIÑAS, Ángel (dir.), *Al servicio de la República: diplomáticos y guerra civil*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2010.

-“La Guerra Civil española en el contexto de la crisis europea de preguerra”, en FORNER, Salvador (ed.), *Coyuntura internacional y política española: (1898-2004)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2010.

MORADIELLOS, Enrique, “Una misión casi imposible: la embajada de Pablo de Azcárate en Londres durante la Guerra Civil (1936-1939)”, *Historia Contemporánea*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1996, Número 15.

-“Un triángulo vital para la República: Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética ante la guerra civil española”, *Hispania Nova: Revista de historia contemporánea* (en línea), 1998-2000, Número 1.

-“La intervención extranjera en la Guerra Civil: un ejercicio de crítica historiográfica”, *Ayer*, Universidad de Extremadura, 2003.

-“El gobierno británico y la guerra de España: apaciguamiento y No Intervención”, *Historia del Presente*, Eneida, Madrid, 2006, Número, 7.

OLAYA Morales, Francisco, *La intervención extranjera en la Guerra Civil*, Ediciones Madre Tierra, Móstoles, 1990.

PADURA, Leonardo, *El hombre que amaba a los perros*, Tusquets, Barcelona, 2009.

PAYNE, Stanley, *Unión Soviética, comunismo y revolución en España (1931-1939)*, Plaza y Janés, Barcelona, 2003.

PEREIRA, Juan Carlos, *Los orígenes de la Guerra Fría*, Arco Libros, Madrid, 1997.

PIPES, Richard, *Historia del Comunismo*, Mondadori, Barcelona, 2002.

POWASKI, Ronald, *La guerra fría: Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*, Crítica, Barcelona, 2000.

PRESTON, Paul, *La Guerra Civil española*, Debate, Barcelona, 2006.

RADOSH, Ronald y HABECK, Mary, *España traicionada: Stalin y la guerra civil*, Planeta, Barcelona, 2002.

RYBALKIN, Yuri, *Stalin y España: la ayuda militar soviética a la República*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2007.

SCHAUFF, Frank, *La victoria frustrada: la Unión Soviética, la Internacional Comunista y la Guerra Civil española*, Debate, Barcelona, 2008.

SCHWARTZ, Fernando, *La internacionalización de la guerra civil española: julio de 1936-marzo de 1937*, Ariel, Barcelona, 1972.

SEBAG Montefiore, Simon, *La corte del zar rojo*, Crítica, Barcelona, 2004.

SERVICE, Robert, *Historia de Rusia en el siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2000.

-*Stalin: una biografía*, Siglo XXI de España, Madrid, 2006.

SMITH, Denis, “Estamos con vosotros: solidaridad y egoísmo en la política soviética hacia la España republicana” en PRESTON, Paul (ed.), *La República asediada: hostilidad internacional y conflictos internos durante la guerra civil*, Península, Barcelona, 1999.

SOUTHWORTH, Herbert, *El mito de la cruzada de Franco*, Ruedo Ibérico, 1963.

-“El gran camuflaje: Julián Gorkin, Burnett Bolloten y la Guerra Civil española”, en PRESTON, Paul (ed.), *La República asediada: hostilidad internacional y conflictos internos durante la guerra civil*, Península, Barcelona, 1999.

VIÑAS, Ángel, *El oro español en la guerra civil*, Instituto de Estudios Fiscales, Ministerio de Hacienda, Madrid, 1976.

-*El oro de Moscú: Alfa y omega de un mito franquista*, Grijalbo, Barcelona, 1979.

-“La decisión de Stalin de ayudar a la República: un aspecto controvertido en la historiografía de la guerra civil”, *Historia y política: ideas, procesos y movimientos sociales* (en línea), 2006, Número 16.

-*Una República abandonada por las Democracias*, Congreso Internacional de la Guerra Civil española, 1936-1939, Madrid, noviembre de 2006.

-*La soledad de la República: el abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética*, Crítica, Barcelona, 2006.

-*El escudo de la República: el oro de España, la apuesta soviética y los hechos de mayo de 1937*, Crítica, Barcelona, 2007.

-*El honor de la República: entre el acoso fascista, la hostilidad británica y la política de Stalin*, Crítica, Barcelona, 2009.

ZEMSKOV, I. N., e IVASHIN, I. F. (contribuyentes), *Soviet foreign policy: 1917-1945*, Progress Publishers, Moscú, 1981.

### 3. INTERNET.

Library of Congress, Researches, *A Country Study: Soviet Union (former)*, <http://lcweb2.loc.gov/frd/cs/sutoc.html>

Yale University Press, *Annals of communism*, <http://www.yale.edu/annals/index.htm>